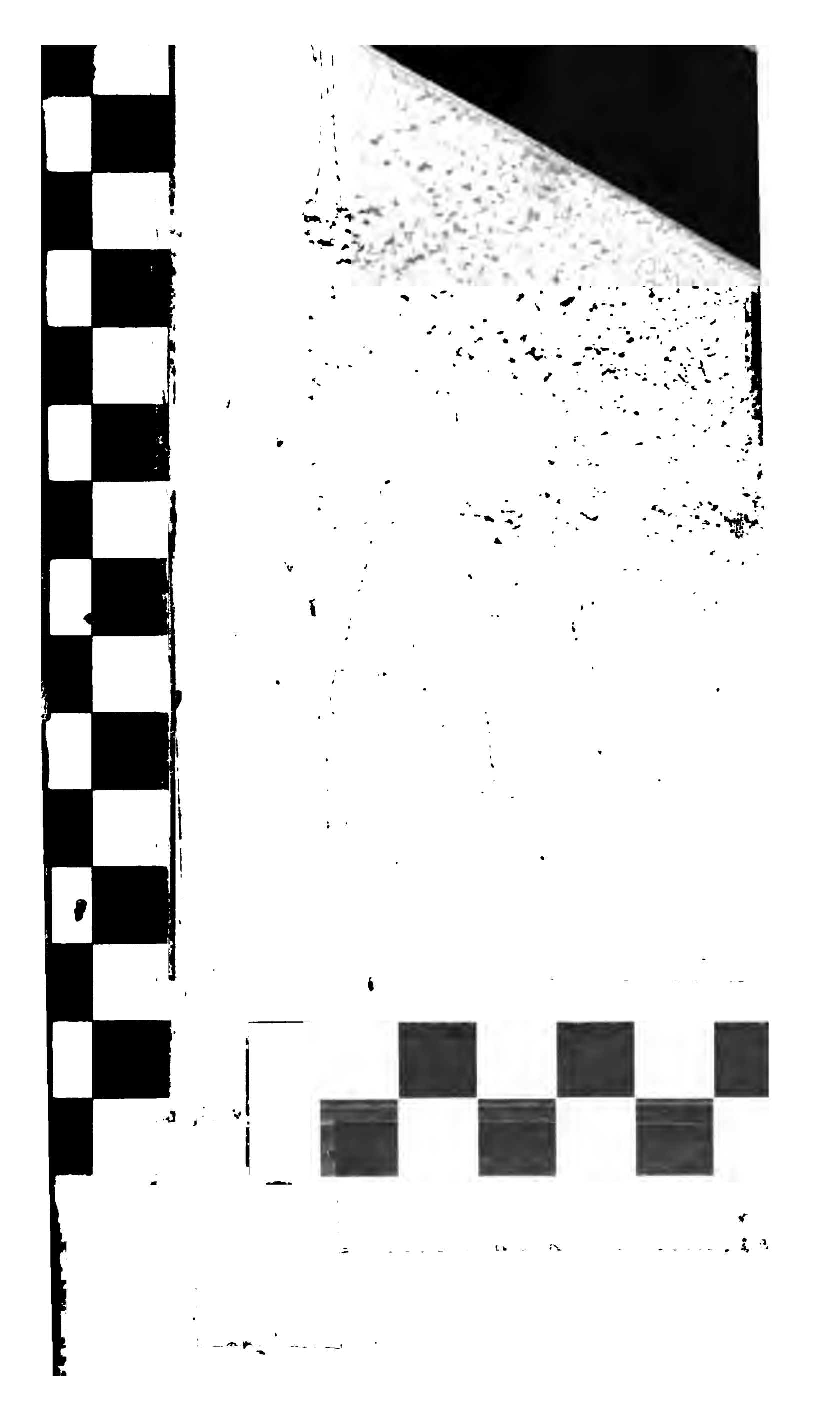
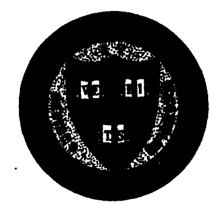
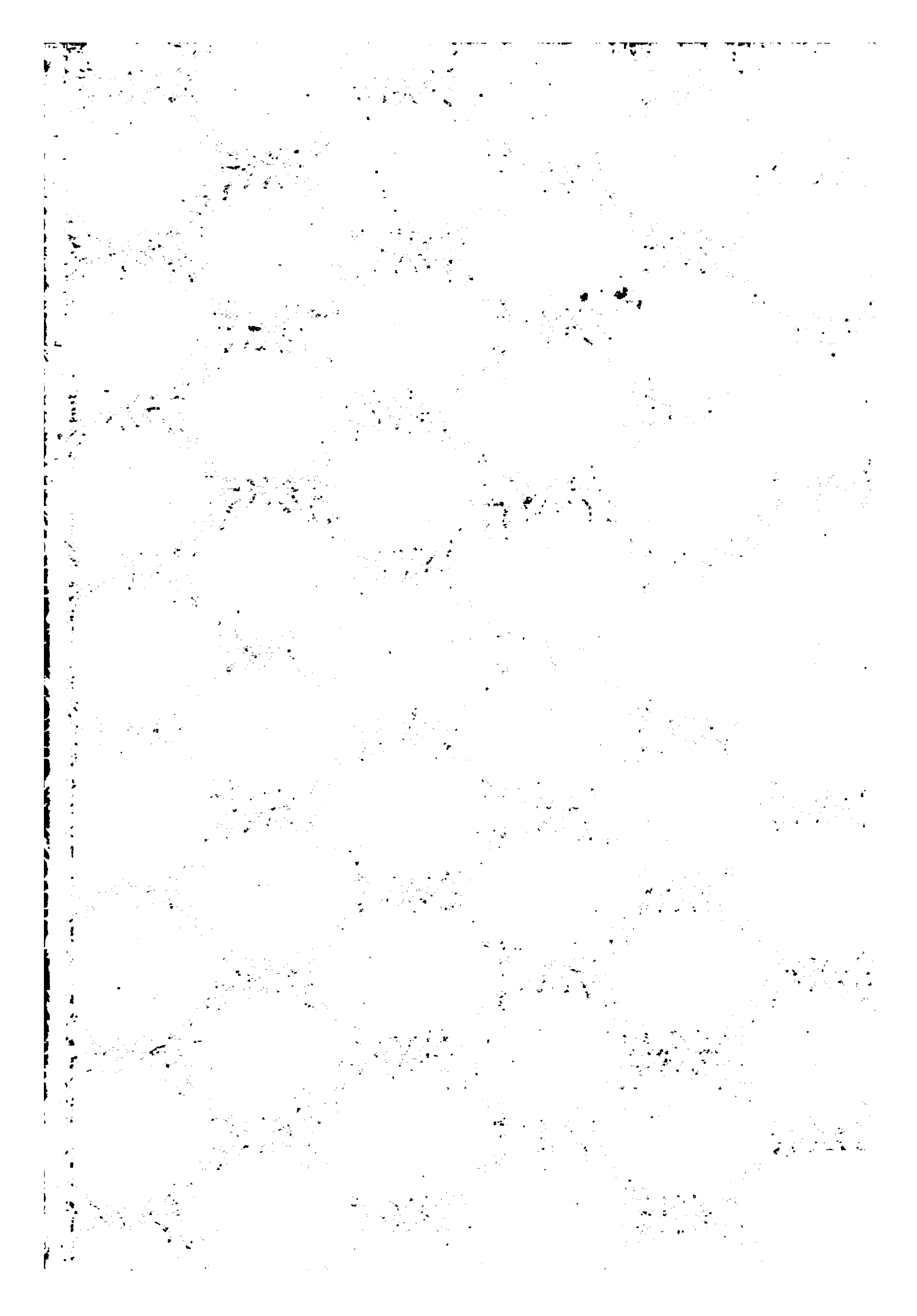










José M.ª Martínez y Ramón

Análisis de "Peñas Arriba"

Trabajo premiado en el Certamen
que organizó la
Academia de San Luis Gonzaga
(Universidad de Deusto)
en honor de Pereda



1908
Imp. y Lib. de A. Fernández
TORRELAVEGA

M.ª Martínez y Ramón

isis de

Peñas Arriba"

O PREMIADO EN EL CERTAMEN
Ó LA ACADEMIA DE SAN LUIS GONZAGA
NIVERSIDAD DE DEUSTO)
EN HONOR DE PEREDA

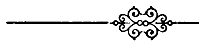


1908

LIB. Y ENC. DE ANTONINO FERNÁNDEZ
TORRELAVEGA

José M.ª Martínez y Ramón

Análisis de "Peñas Arriba"



TRABAJO PREMIADO EN EL CERTAMEN
QUE ORGANIZÓ LA ACADEMIA DE SAN LUIS GONZAGA
(UNIVERSIDAD DE DEUSTO)
EN HONOR DE PEREDA

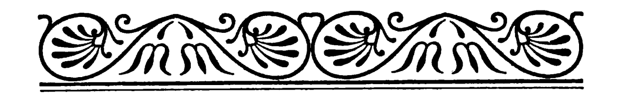


1908

IMP. LIB. Y ENC. DE ANTONINO FERNÁNDEZ
TORRELAVEGA

A las damas castizas, sesudas, que aroman con la dignidad de su llano señorío el vivir pintoresco y suave de las aldeas cántabras, ofrece respetuoso el himno que dedicó á sus virtudes, ardiente y sonoro en las inspiraciones del corazón; trémulo y desconcertado en las torpezas de la pluma

EL AUTOR.



Á MI VENERABLE Y QUERIDO AMIGO

D. CEFERINO CALDERÓN

Á GUISA DE PRÓLOGO



«Breves líneas solamente» me pide usted, para encabezar la impresión del meritísimo trabajo de nuestro esclarecido paisano don José María Martínez y Ramón sobre la obra clásica de Pereda «Peñas Arriba».

¡Breves líneas!...

¿Y cómo trazarlas, con brevedad no indigna de la obra que ellas preludian, una de cuyas dotes más recomendables y relevantes, es, á mi ver, la exuberante copia de conceptos y observaciones atinadísimas, que dentro de sus escasas páginas ha sabido condensar y ceñir su modesto cuanto

genial autor?... ¿Acaso á todos es dado trepar, atajando «Peñas Arriba», y ganar de dos saltos las enriscadas cumbres con la viril energía con que trepó Pereda, ó con el feliz empeño con que le fué siguiendo los pasos y contando las gigantescas huellas su brioso y privilegiado analizador?...

Pero en fin, soy hijo de *obediencia*, y á usted le debo directo acatamiento como superior mío que es en dignidad y en edad, é indirectamente también en *gobierno*, por cuanto el eximio párroco de Torrelavega, por su celo ardiente y desinteresado y por su incondicional y acendrado amor á la Compañía de Jesús, tiene ya desde muy atrás ganado el ánimo y propensa la voluntad de quienes pueden mandarme.

Por otro lado mi calidad de *jurado*, aunque indigno, en aquel memorable certamen en honor de Pereda, abierto por la Universidad de Deusto, y hábilmente dirigido por el elocuente letrado y profesor de aquel Centro docente P. Félix López del Vallado, no consiente que yo rehuya pronunciar *breves* frases en loor del entonces anónimo, pero siempre admirado concursante, que abiertos ritualmente los sobres, resultó ser un apreciadisimo *conterráneo*.

Y pues he pronunciado esta mágica palabra, de que no me arrepiento, bueno será notar que la razón de *paisanaje* me ha dado el tercero y definitivo impulso.

Dice Feijoo «ser apotegma de muchos sabios gentiles que para el varón fuerte todo el mundo es patria, y ser sentencia común de doctores católicos que para el *religioso* todo el mundo es destierro, y que lo

primero es propio de un ánimo excelso y lo segundo de un espíritu celestial.»

Yo por mi parte, sin regatear su verdad y propio sentido á una y otra sentencia, invoco para mi caso y en sentido no menos recto, la santa, la imperiosa voz del amor y del entusiasmo por nuestro suelo nativo, por nuestras cosas.

Y si por autoridades y testimonios va, no me faltarán á mí ni la sentencia oratoria de Cicerón gentil, que concede á la patria «derecho sobre las mejores y más ricas facultades de nuestra alma, de nuestro talento y de nuestra razón»; ni la frase *gnómica* del gran poeta religioso Saj, cuando exclama en una pulcra octavilla:

Que aun dentro de la sotana
Y en un religioso atrio,
Es virtud el amor patrio
Y el corazón corazón...

El mío palpita con sensible gozo y apasionamiento, cuando ve realzada y encumbrada la *patria chica* por el vuelo de águila del gran Pereda, que, desde las enriscadas cimas, llama y convida á las nidadas todas de los *contornos* á hacer lo mismo. Y acelera de nuevo mi pecho sus gozosos latidos, cuando ve que respondiendo al llamamiento un alto ingenio, comienza ya por elevarse «Peñas Arriba» y sorprender en la cumbrera el nido del gran Montañés y sigue después de hito en hito su eminente vuelo y el misterioso batidero de aquellas alas de relámpago.

***

Aunque sólo concediéramos al Maestro las dotes altísimas de un gran *paisajista regional*, predominando en su museo la interpretación de la naturaleza, más que urbana, agreste, montaraz y campesina, sin que intervinieran para nada las figuras humanas, sino á lo más como accesorios que diesen una nota en el conjunto, ó suministrasen una escala comparativa de dimensiones: todavía entonces serían muy de admirar los arrestos de nuestro analizador, cuando pugna por arrebatar la vigorosa pluma-pincel de la mano del sublime artista, ó á lo menos trata de aproximar sus dedos á ella, para sorprender el secreto de su maravillosa ejecución y sentir por inducción y hacernos sentir á nosotros algo de la inspirada electrización de aquella pluma divina, mientras describe, matiza y pinta el sublime cuadro de la naturaleza.

¡Cualquiera puede contar y aquilatar el tesoro de sensaciones y de imágenes que la creación física despierta en el ánimo del gran poeta novelador, y los altos pensamientos que le inspira y los vislumbres del Creador que ve por este gran reflector de las cosas criadas!

En esta novela en particular, donde el pintor ha hecho gala de recargar la pasta y los colores grises de las inminentes, tajadas y eternas cordilleras y de dibujar con franqueza los intraducibles «matices del caos;» es mérito grande de su aventajado crítico, haber sabido juzgar y razonar este arte maravilloso.

Martínez y Ramón lo ha conseguido.

Si Pereda, al trazar sus líneas y contor-

nos con sabia y habilidosa factura, se revela «un vidente profundo de la naturaleza, penetrante lector de todas sus páginas, avisado fiscal de los mínimos detalles, perceptor seguro de todas las notas esparcidas y genial compositor que recoge y aduna los motivos dispersos:» del crítico que le va tan á los alcances y con su varita mágica, uno por uno va señalando en el lienzo los secretos del exclusivo arte del maestro; habremos de juzgar por semejante manera que «nada se le escapa (en el cuadro) de cuanto los ojos no ejercitados encuentran borroso y anodino» y que si el artista hace vibrar «las cuerdas de la lira incógnita de la naturaleza,» el crítico sagaz halla, numera y fija el culto movimiento de sus trémulas vibraciones.

Arte sobre arte se llama esto; arte reflejo sobre el directo y espontáneo.

Este último nos familiariza «con las adustas lomas y despeñaderos,» aquel nos introduce á la secreta recámara donde elabora el artista toda la fuerza plástica y toda la seducción y hechizo de la belleza descriptiva.



Pero es poca tela para Pereda y menguado papel el oficio de paisajista.

Donde en presencia de la naturaleza, los más abyectos sensualistas no pueden contenerse sin descubrir y pintar, para profanarlas acaso, las relaciones de lo creado con su rey, sus misteriosas armonías con el alma humana; Pereda, espiritualista profundo y convencido, no se sirve de la natu-

raleza física sino como de plataforma del *hombre*, monarca del mundo, príncipe y cabeza de los seres sensibles, abreviación y resumen de todos los reinos inferiores.

«Un paisaje, dice Bernardino de Saint-Pierre, es el fondo de un cuadro de la vida humana.»

Sólo por excepción, transitoriamente durante la sofocación y agobio que nos causa la refinada civilización ó la intrigante malicia de los hombres, buscamos de arribada un oscuro rincón del mundo, la pavorosa soledad de alguna rada solitaria con su natural resguardo peñascoso y su puertecillo de salvamento.

La naturaleza en general, como morada del hombre, sostén de su vida, término de su explotación, es grata y simpática al corazón. Así también, es grato y simpático, ver en las obras de arte el conjunto proporcionado y armónico que forma el hombre con la naturaleza; las situaciones del uno con la varia disposición de la otra.

Sorprender esta armonía y reproducirla en su vívida expresión es la victoria de los grandes artistas y un gran índice de su talento comprensivo.

A *nuestro* Pereda ¿quién le ganará el subido valor y mérito que supone, haber tenido en su mano la llave y la clave de esa arcana armonía *preexistente* entre los personajes de su completa acción dramática y la *parte sensible del globo* en que dichas escenas se desarrollan?

Pintor regional por naturaleza, observador sagacísimo de las virtudes y tachas humanas, excursionista infatigable y presen-

cial testigo de sus panoramas, ha fundido al calor de su nativa inspiración los diversos materiales acá y allá recogidos en la vida inerte y animada, y amasando en admirable proporción los efectos, relieves y colores de la región y del carácter, ha formado en cada una de sus producciones más salientes la obra de un verdadero genio.

Ciertamente, como dice bien el señor Roca de Togores en su trabajo también premiado bajo el tema «Polanco,» «es preciso poseer la fuerza mágica del *genio* para pintar cuadros, escenas y tipos propios de una región desconocida para muchos de sus lectores; y que lleguen á conmover lo más íntimo de sus almas, haciéndoles envidiar á los nacidos en esa comarca, sólo para que esas bellezas sublimes de cuadros, escenas y tipos fueran las saboreadas por ellos en el pueblo donde vieron la luz primera, donde corrieron venturosas las horas de su infancia y donde ya hombres las sintieran tantas veces derramarse sobre su espíritu.»

Y si este valor y este mérito, en su doble aspecto armónico, se derrama casi por igual en todas las obras *peredinas*, y muy singularmente en las de tipo y contextura y tendencia regional, que son la mayor parte; ¿cómo olvidar que en *Peñas Arriba*, el artista se ha excedido singularmente á sí mismo, dando lugar á más *laborioso análisis* y á más subido deleite?

En *esta obra*, la trabazón y armonía entre la región y los personajes entre los fenómenos físicos de la tierra y los morales que suscitan en el alma, no parecen estar

en la misma proporción y similitud que otras veces.

No se acomoda aquí *á primera vista* el mundo físico á las impresiones personales que parece ha de producir; dándose el caso de que en gargantas áridas y escabrosas, en imponentes desfiladeros y barrancos, vivan vida de paz y de venturosa calma seres humanos de raras condiciones morales y psicológicas que honrarían el comercio y trato humano de la sociedad más selecta y concurrida.

Y lo que es más, allí encuentran ellos el ápice de su gloria, donde tienen el suyo las más enhiestas cumbres, repartiendo donosa y religiosamente sus horas entre el trabajo y la oración, la refección y el descanso moderado, el inocente juego familiar y los paseos y cacerías por las montunas enramadas y los petrosos puertos.

Y el patriarca de la vida rústica, el árbol viviente de la tradición, el gran don Celso, añoso y triste bajo el peso de su incurable dolencia, y queriendo suscitar un talludo vástago en que retoñezcan y revivan la dicha y glorias seculares, no duda en irlo á buscar á la corte en la persona de su elegante sobrino Marcelo, de aquel joven á la moderna, si no exento de regular sentido práctico, no libre tampoco de las naturales aficiones y gustos inherentes á su educación ciudadana y opuestos de todo en todo al ambiente sutil y campesino de las ásperas montañas.

Y es lo más curioso y sorprendente que un protagonista como Marcelo, cortado por semejante patrón correcto y cortesano,

es el escogido por Pereda para enamorado huésped de aquellas regiones condorinas donde se forja el rayo; y que se introduce en escena y vive largo tiempo en ella, presentando rostro á las ceñudas tenebreces y fosquedades de aquella naturaleza bravía, y haciendo coro y *rallentando* con los cantos épicos que en loor de sus peñas entonan aquellos heróicos moradores, y lidiando bravamente con lo dificultoso de su rutinario vivir y arriscándose de cuando en vez á los mismos peligros que ellos, con gran coraje y temeridad, y empeñándose del todo en el modo de ser de aquellos campesinos, en sus costumbres, en su ruda, nativa idiosincracia.

Sólo el poderoso genio de Pereda pudo bien idear esta aparente paradoja, tan natural y equilibrada en el fondo. Su crítico torrelavegano pudo concebirla en toda su gigantesca dificultad y señalarnos las ocultas vías por donde el ingenio de Pereda pudo hacérnosla natural, plausible, maravillosa.

Natural, sí; porque estas paradojas y juegos encontrados guardan adecuada proporción, armonía y consonancia en todo el conjunto, contribuyen poderosamente al desarrollo de *la tesis,* ya dando lugar al vivo contraste entre la tétrica impresión primera de hórridos paisajes y la diáfana y abierta perspectiva de infinitos horizontes que luego se han de ofrecer á la mirada atónita; ya haciendo resaltar la aparente sombría sequedad de parajes tan remotos y poco viables con la realidad confortante de la paz refrigeradora y del amor húmedo

y tierno de sus patriarcales moradores; ya sobre todo desengañando á los ilusos ciudadanos y haciéndoles ver, que no precisamente en el tráfago atronador, ni en las simétricas *villas* arracimadas, ni en los balnearios sensualistas, ni siquiera en los encantos rebuscados de algún foco de *turismo* á la moderna, se oculta el tesoro de la vida, la intimidad, la socialidad, la bienandanza mutua: si no todo al contrario, *puede* ser que se halle y en efecto, se *hallará*, si se le busca con noble desinterés, en alguna aldea recóndita, en algún lugarejo malamente menospreciado á causa de su insignificancia por las generaciones enfermizas, pero que sería el indicado sanatorio fisioterápico para sus fiebres *éticas*; en algún pueblo virgen de las alturas, allá entre las regias moradas solariegas de un patriarcado secular, los blancos apriscos de la dichosa grey agrupada en torno de ellas, y las severas magnificencias de una franca naturaleza que la asídua contemplación hará parecer menos salvaje y el subjetivismo del bienestar moral colocará con vivas y sonrosadas tintas.

En cuanto al arte decorativo con que hace resaltar Pereda, desde los primeros trazos, los colores espantables de la sierra (bien que atenuados con las oportunas amenidades de Chisco, de los Campoes, de la Ermita, todo para que estos principios tan penosos hagan buenos los progresos de la vida rústica que aguarda en las cumbres; nuestro crítico hace de todo ello un estudio detenido y ameno que condensa en estas palabras:

«El *maestro* de Polanco se afana por añadir nuevos grados á la *sombra*, y abofetea el termómetro con aire de los desfiladeros buscando una temperatura boreal que ofrezca dignamente su casa *al viento* y sus catarrales servicios al Ruíz de Bejos pulcro, receloso y egoísta. Sí; el gran pintor de la *tierruca* natal complácese en aglomerar nube sobre nube, con el fin de que luego parezcan más admirables los resplandores de la luz; y *permite* que baje el termómetro, para que después se reciba con mayor alegría del cuerpo y del espíritu, el halago del calor vivificante.»

En cuanto á la manera cómo va desanublándose magistralmente, merced á primorosos artificios, la espantable primera impresión de los ánimos, á la vista de aquellos parajes y de aquellas gentes, para dar luego su lugar al disfrute sosegado de los placeres rústicos y á la plena absorción de los aires vitales de la montaña y á la convivencia feliz con la escasa y aislada tribu patriarcal, cuya dicha no ofrece ya extrañeza ni novedad alguna, desde el punto que se la conoce bien y se la trata y penetra; el crítico no hace de todo esto un punto aparte, porque precisamente en desentrañar este dulce misterio y en desovillar esta enmarañada preocupación, estriba el blanco de nuestra novela y lo más *negro* de su dificultad, de que sólo nuestro preclaro ingenio puede salir airoso y sacar á otros, por los medios que él sabe y el hábil crítico pondera y dilucida.

Leed esta obra atentamente, y veréis á la par la concertada trama que urdió el

Maestro en prosecución de esta *tesis* y lo bien que le ha entendido su aprovechado discípulo.

Lo que en ameno y esmaltado dialogismo propuso en síntesis el simpático Neluco á Marcelo durante la visita de este al bien equilibrado galeno; lo que andando los días en forma de tema sociológico, con más donosura de frases y elevación de conceptos propuso á Marcelo el señor de la torre de Provedaño; lo que años hacía iba buscando Pereda en forma de realidad excelsa, sin dar con ello ese nuevo Diógenes cristiano á pesar de los reverberos de su linterna mágica: *un pueblo virgen y no malamente modernizado,* siquiera se asentase su nido en los aéreos voladizos de las águilas, un vivero de patriarcas pasados y futuros y una tribu creyente, fiel y feliz en los oásis del gran desierto, sin la vergonzosa desbandada de impróvidos *absentistas,* sin los hipos de la moda rural por imitar y copiar la moda ciudadana, cortesana ó parisina, sin las penosas exportaciones del espíritu regional á cambio de las miserables importaciones de hábitos y costumbres exóticas inarraigables, sin éxodos tramposos de veraneantes, sin ansias de *encarrerar* en la corte, sin ninguno de esos alifaces endémicos de la época, roña y suerte de la sana y vigorosa vegetación moral campesina; todo eso, en resumen, es lo que hambrea descubrir y resucitar este gran novelador y patricio montañés, y para eso camina y vuela, sirviéndole de noble espolique ó page agregado su cronista y paisano, «con la mirada fija en las altas

cúspides que se le muestran á lo lejos como anfiteatro colosal, dispuesto para las fieras luchas de los gigantes legendarios.»

Oh! qué bien enfoca el discípulo los codiciosos derroteros del Maestro, cuando al columbrar el término de su penoso viaje artístico, marcándolo con su índice, exclama: «Allí debe estar el término de la peregrinación; allí donde quizá los aires no contaminados respetan la virginidad de las costumbres seculares; donde el corazón humano se santifica, y el entendimiento no vive del flaco elucubrar, sino de las inspiraciones grandiosas; allí donde la Naturaleza canta el Evangelio de las magnificencias de Dios; allí donde ponen su nido las ágilas y viste la nieve con su manto de pureza las cumbres de las montañas y la pobrísima choza del hombre!...

Luego despues, la fortuna le acompaña, sin dejarle de la mano, en toda la prolongada excursión que emprende en compañía del animoso autor y en prosecución de su tema, por Tablanca y sus contornos, donde dice él que encontró la Covadonga de una nueva reconquista; y va notando en cada jornada y haciendo apreciar en su justo valor el mérito de los varios procedimientos y táctica del Maestro.



Y cierto; esta táctica y sublime artificio ¡cuán admirable se manifiesta en nuestra obra! ¡Cuán bién formados y combinados los personajes y varias situaciones que intervienen en ella! ¡Qué bién tramada y ejecutada la conquista ideal de una *tesis*

tan cuesta arriba, y colocada por esta vez en un terreno casi inexpugnable!

Por lo tanto ¡qué mérito tan subido el del crítico también pintor, que ha logrado enfocar esa empresa caballeresca y reproducirla en todo su vigor marcial, al modo que trasladaron al lienzo con valentía, Velázquez su Rendición de Breda, Huchtenburg el sitio de Namur, y Van-de-Velde sus célebres combates navales!...

«El régimen patriarcal de las aldeas cántabras» es á menudo la *tesis* obsesionante de Pereda, el pensamiento más hondo que informa sus obras.

En ninguna empero de sus producciones anteriores ni posteriores, se tiende á ella con tendencia tan marcada y con más desesperado y amoroso esfuerzo. No parece sino que este *patriarca de Polanco* quería otorgar, antes de caducar y morir, el supremo testamento y jurada fé en favor de su idea favorita, mejorando como es natural en el tercio remanente del quinto á su hijuela y madre querida la patriarcal Montaña.

Amante de la verdad y del bien, siempre se propuso á lo menos volver por sus fueros más hollados con las nobles armas del arte literario.

Mas á través de este móvil general que resplandece en sus obras sin excepción, colúmbrase casi siempre el otro propósito noble y levantado que había de constituir su carácter artístico, y con el tiempo había de ir adquiriendo forma, impulso y vida: el odio anticentralista, la saneadora tendencia regional.

No que Pereda diese por bueno y aceptable á la primera de cambio cuanto bulle y respira en esos resguardados territorios de las gloriosas y católicas tradiciones patrias, sino que buscaba y deseaba el mejorar lo desmedrado en ellos por culpa mayormente de la invasora peste contemporánea, expeliendo y arrojando de su apenas contaminado seno las concreciones advenedizas y reasumiendo en cambio los gérmenes sanos y regionales desaprovechados ó ausentes, para que sirvan de poderoso antiséptico contra las costumbres viciadas y las ideas disolventes esparcidas por ese bendito suelo.

En sus primorosos cuadros, titulados *Escenas Montañesas,* se respira casi siempre la placidez de la vida feliz y sosegada de la aldea.

Dentro de esa vida nadan y se solazan, como en un mar de leche, los venturosos mortales que saben y pueden atenerse á ella; por ella suspiran los salitrosos pechos del pobre pescador obligado á surcar las otras movedizas y traidoras llanuras del océano, país de líquidos é improvisados volcanes; de ella se aleja con dolor el iluso muchachuelo que navega á las Indias; por restituirla á su pureza y alegría prístina darían su desengañada existencia los Pelegrines que lamentan con *añoranza* eterna su pasado, y los Tremontorios que extraen del corazón, ora dulcísimos acentos para consolar á los desgraciados huérfanos del mar, ora tremendas increpaciones y maldiciones para aquellos sentimientos, costumbres y hombres que, más odiosos que

la galerna, precipitan en honda sima las generaciones antes firmes y sanas y perpetran el homicidio moral de una *raza*.

Segunda parte de este libro viene á ser el de *Tipos y Paisajes* é idéntico el espíritu que le informa.

Aléjase algo del mar, pero no para sumirse en el encharcado lago del centralismo, sino para orearse con el ambiente incontaminado de la sierra ó para evocar los genios protectores de las antiguas ruas; y allí al aire libre, desterrando los abusos y preocupaciones vulgares y conjurando extraños modernismos, darnos á todos las lecciones *exotéricas* emanadas de la pura naturaleza y de los candorosos usos y costumbres rústicos ó urbanos.

Los Tipos trashumantes, ¿qué son también en su mayoría sino el estigma de personajes frívolos ó mundanos, labrado á vivo fuego por el punzón de hierro de nuestro cántabro?

El gran amigo de las almas sencillas, el propugnador de los campesinos y mareantes de cepa y de ley, muchas veces al trazar sus siluetas, sólo ha pretendido borrajear ridículamente los tipos ó caracteres vitandos, recargando acaso el sombreado de los perfiles y las manchas negras del contorno, para que resalte más su disonante y rara expresión sobre el fondo claro del lienzo.

Satirizar y fustigar las mentiras y miserias sociales, proscribirlas del bendito suelo que indebidamente conquistaron y abominar de la sociedad falseada que neciamente las acata, he ahí también el fin

y blanco de la original colección bautizada con el título de *Esbozos y Rasguños*. Si alguna vez en ella se acentúan y se reproducen los detalles con toques algo violentos y vivos, achéquese esto al recrudecimiento de la indignación producida en el ánimo del noble *impresionista,* y á su afán de recalcar lo postizo y violento inoculado en las preocupaciones y en las costumbres.

Apuntadas así las primeras tendencias del arte *peredino* y conocida por otro lado su educación sólida y su consecuencia de principios, la cual desalentó varias veces al intruso catequizador y foráneo amigo Galdós; huelga recorrer la progresiva serie de sus novelas amplias, que parecen todas ideadas en contra de este dañoso y maligno autor y de otros congéneres á lo Varela, esto es, parecen encaminadas á eliminar el espíritu moderno á la vez absorbente y secularizador y á mantener en los pueblos la añosa fé y la verdadera cultura, fruto espontáneo de la eterna virtualidad del catolicismo.

La Mujer del César, así como también *Oros son triunfos,* son bellas piezas alegatorias de los derechos y deberes de la familia, en particular del oficio de la mujer en ella; y su compañera *Los Hombres de pro,* un satírico informe de las campañas político-electorales con su trama cómico-trágica y su galería de muñidores y muñidos.

Aun dando por excluída y fuera del cuadro general la titulada *El Buey suelto...* y supuesto que Pereda, como afirma en el prólogo, no se hubiera propuesto filosofar

en ella sino fantasear sobre el tema del «edificante» solterón, (cosa que no le creyera Balzac ni le perdonara, si viviera) pronto viene *Don Gonzalo González de la Gonzalera* á testificar ante el patriarca Pérez de la Llosía que la revolución de Septiembre y las conquistas afianzadas del nuevo derecho y los *idem* individuales, intangibles, inalienables, sagrados, nada tienen que hacer en Coteruco, sino barrenar la paz octaviana de que gozaba, hacer *chispear* al pueblo con amagos de incendio devorador, y entregarnos al festín de negros, como la «becerra en salsa» que solemnizó sus triunfos.

Esta prodigiosa novela, la primera que leímos de Pereda en nuestra infancia, es hermana mayor de «Peñas Arriba,» aunque en definitiva menos medrada que ella. Coteruco parécenos la primera estación del accidentado camino de Tablanca.

En el lindo bosquejo que hace Martínez y Ramón de las *Casonas* de la Montaña, nos hace ver de una manera acabada el edificio de ésta en la novela de que hablamos, como símbolo y refugio del régimen patriarcal. Y páginas adelante, cuando se dispone á subir «Peñas arriba» en el análisis directo de las escenas de Tablanca, vuelve otra vez sus ojos á Coteruco, tristemente impresionado por la desolación de este pueblo y el forzoso destierro del último de sus patriarcas.

Pasando luego por la intencionadísima obra que á «Don Gonzalo» se siguió, la que brotó de la pluma del Polanquino, al contraste de los desplantes tendenciosos de

Galdós, que con su *Gloria* había escandalizado á la piedad, al arte y al buen sentido, logrando que Pereda en su *De tal palo tal astilla* volviera por los fueros del intachable é inconmovible amor de la dama cristiana; nos encontramos enseguida en medio del campo con el vergel más artístico y florecido que plantó Pereda, con el sabroso *Sabor de la tierruca,* fresquísimo idilio de variadísimos colores y de campestres aromas, que nos arrastra, seduce y rinde, no á poder de racionamientos utópicos ó de aparato científico, mas á fuerza de penetrar y transcender con su vivísimo deleite hasta la médula misma de la razón y del sentido.

¡Lástima grande que por falta de sus prohombres no se consumara en el pueblo de Cumbrales la conquista del bien y de la paz!

Pero así fué que ni don Pedro Mortera, ni el atrabiliario Prezanes supieron ó pudieron impedir que «la casona de Cumbrales se rindiese á la piqueta» y el pueblo todo sucumbiese, consumando la bárbara política «el público descuartizamiento.»

Así sucumbió también al ímpetu de su ambición y anhelo de novedad y de gloria, *Pedro Sánchez,* el héroe de la siguiente novela, sacado á viva fuerza de su aldea por las malas artes del pérfido Valenzuela y envuelto después en el borrascoso huracán de las luchas políticas de la corte, para brillar efímeramente y acabar por precipitarse en la sima de la desgracia.

¡Hasta tan lejos iba Pereda á buscar las ovejas descarriadas que en mal hora huye-

ron de los resguardados apriscos de la Montaña!

Pero su filiación cántabra y su residencia costeña siempre, en el lato sentido de la palabra, aunque turnando entre la sierra y la mar, le llamaban hacia la preciosa extremidad de la península, donde anidaba. Por eso en *La Puchera* y en su afortunada improvisación *Al primer vuelo,* puede decirse que turnó su pluma con alternación *amebea,* entre los tostados hijos de la Montaña y los pacientes y vigilantes héroes del mar.

Ambas son interesantes y también intencionadas, canonizando en la primera de las dos los honrados esfuerzos del pobre por procurarse «la puchera», esto es, el pan de cada día, y siendo la segunda un idílico *costumbrero* marítimo y terrestre, en algunos de cuyos personajes parece haber calcado varios de los suyos un eminente novelista que va adquiriendo fama en Andalucía y en toda España.

Todavía hizo Pereda una expedición literaria á Madrid, ruidosa por cierto, con su obra *La Montálvez;* y no diré si fausta ó si desgraciada como pretensa pintura de salón y novela cortesana. Pero el pensamiento que le guió, sin concederle «ribetes de *ibsenismo,* ni propósito deliberado de sermonear sobre los pecados de los padres;» no puede ser más sano y benéfico, como lo es el de «Pequeñeces,» logrando señalar, aunque menos acertadamente que Coloma, las mezquindades de una sociedad, la cual se tiene por grande relativamente á otras pequeñas sociedades, que

son en realidad mucho más grandes que ella.

En *Nubes de Estío,* en *Pachín González* y singularmente en *Sotileza,* que es el idilio de la costa, como el *Sabor de la tierruca* lo es del interior, honró sobremanera á la capital de nuestra Montaña y erigió un grandioso monumento de amor y de doctrina, al par que reconvino con entera y santa libertad los defectos patrios, harto leves en verdad en comparación de otras regiones y ciudades, dañadas del que llamó Pereda por boca del Señor de Provedaño, *mal nuevo,* que no es otro que el desatinado y falso progreso y las consecuencias del aborrecible *liberalismo* afectando al cuerpo social y degenerándole y corrompiéndole por completo.



Pero, hay que volver á confesarlo, nunca voló tan alto su pluma en pos del ideal que su mente concebía é idolatraba su corazón, como en la obra *Peñas Arriba* realzada por nuestro Crítico.

Allí fué la reconstitución completa del acariciado cuadro de la vida común, pura y sin tacha. Allí el contraponer sin atenuaciones ni pleguerías vergonzantes el imperio de las católicas tradiciones patrias contra la obra nefasta de la revolución y del modernismo liberal, allí la perfecta socialización del hombre, y el gobierno patriarcal fraternalmente unido al cetro espiritual del representante de Cristo, y la *paz* en líquida y avasalladora corriente derra-

mándose de las alturas al valle, aunque sin llegar á besar los muros de la ciudad; que eso por lo visto se queda para las sulfúreas y precipitadas corrientes de lava que bajan de los volcanes de corrupción, á convertir en inmensa necrópolis moral una población entera, como pudiera el Vesubio hacerlo materialmente con la graciosa Parténope de Campania.

Por algo nuestro Martínez y Ramón en su bellísima poesía *á la Paz*, premiada en los *Florales* de Albacete, nos convidaba á verla bajar de las alturas, con aquellas inspiradas estrofas:

¡Oíd cual la pregonan los ángeles del cielo
Ante un aprisco mísero la noche de Belén;
Y vedla *fugitiva* del solitario duelo
Y del montón de escombros que fué *Jerusalén!*
¡Miradla entre guiñapos, lozana y sonriente,
Bañándose en pobreza, ungiéndose en amor,
Sellando del obrero la sudorosa frente
Y convirtiendo en iris los chorros de sudor!



Perdóneme empero mi respetable amigo, si le digo que la no abreviada mano del Señor aún puede reclamar y restituir á *los pueblos* (por grandes que sean y picados del mal de la época) *esa paz*, que es *histórico delirio* del poeta, y restaurar ese llorado orden social, que le parece á él *perdida lontananza de un sueño*.

Y yo quiero suponer que allá en la clásica Andalucia, y en aquél Bailén, señalado con los triunfos de Escipión sobre el

pérfido Cartaginés y de Alfonso VIII sobre Aben Jucet y posteriormente de Reding y de Castaños sobre Dupont y el poder revolucionario que iba á su retaguardia, se halla siempre nuestro caballero cristiano en perpetuo consejo de guerra y plan de ataque contra los modernismos invasores, que frustran el trabajo y malogran la sangre de nuestros invictos y católicos ascendientes.

Mas con todo eso, me atrevería á suplicarle que, pues tanto pesa en su ánimo la querencia de la Montaña y en la *Torre de la Vega* suspiran por otro caudillo más, señor de sí mismo por la victoria del alma que engendra el orden interior y señor de los demás por el prestigio y valer que inspiran la sumisión, la unidad, el orden externo y el presagio del triunfo de las fuerzas unidas; otorgue de buen grado eso que de tan buena fe le piden los buenos congraciadores y paisanos que allá tiene, y *haga prolijo asiento entre ellos:* no «para oscurecerse allí, (como el de la torre de Provedaño) entre el rico bagaje de sus obras, ni para momificarse entre las paredes de la *torre* señorial, esperando hallar sepulcro junto á su blasón partido bajo el montón de los escombros venerables, «sino para brillar sobre el celemín, ante todo con los rojos destellos de su acerada pluma, para revivir y reanimar los restos dispersos de Israel, y para ennoblecer el escudo familiar, enlazando con él la divisa sagrada A. M. D. G. en que se inspiran y se empapan los que *á la voz de su gran Párroco* vienen trabajando allí por la completa re -

conquista del rico baluarte de la *Vega* entera.

¿Quién como él, que de mano tan maestra nos describe aquí la calamitosa centralización política y administrativa y el *despepitante* prurito que á tantos aqueja de dejar el principado provincial «por una plaza en la gran comedia de Madrid ó en la gran sardana barcelonesa,» podrá trabajar con más ardor en contra de la escandalosa emigración de energías y voluntades?...

¿A quién le toca presentar sus respetos y admiración á las *Damas Montañesas* (á quienes va dedicado este libro) porque saben compasarse entre los límites de su aldea, de su villa, ó ciudad nativa y lucir allí su noble y digna condición de grandes señoras, sino á él, que con tanta donosura reconviene á las que ligeramente abandonan su solar y «convierten la casona venerable en monumento fúnebre de la paz que tras su huella rutilante dejan perdido,» todo por ir á buscar en los grandes centros el *chic* de las modas exóticas y de los afeites más abominables?

Su pluma autorizada podría dar buena cuenta, á juzgar por este ensayo, de la invasión *estival* trashumante que del centro se descuelga todos los años hacia la periferia. El, descartando lo bueno y útil que importen, denunciaría «esa balumba de sibaritismo y frivolidad» en que nos anegan los espúreos, «causando en nuestros pueblos su cosmopolitismo ambiente los mismos efectos que en las costumbres individuales la ambiente democracia.»

Nadie como él, que ha disecado en partes como cadáver despreciable, el *silencio* calculado que guardar suelen los rotativos é... intelectuales de pega, ante las letras provincianas y los literatos de ultrapuertos y más si son ultramontanos; nadie como él, que ha vuelto por la sana y mal entendida *independencia* de los pueblos en frente de la absorción gravosa de las grandes urbes; y por las modestas disciplinas aprendidas acá, preferibles mil veces á los cursos y á las grandes *carreras* urbanas y oficiales; y por la vuelta de ciertas abolidas vinculaciones y *mayorazgos* en pro del prestigio aristocrático y la perpetuidad del solar originario; nadie, repito como él, para vibrar su pluma y su voz en vindicación y reparación de todo ese tesoro de recuerdos y régimen antiguo, sin miedo á la crítica y reconcomios de los ilusos, ni al silencio, peor que la crítica, de la *gran prensa*, monopolizadora de la fama nacional que disfruta y explota, y baratera en la gran timba internacional de elogios mutuos y descarados.

Y aquí, aunque de paso, fuerza será decirlo.

Hoy día, no basta el soberano desprecio hacia semejante prensa de perdición ni el desdén irónico ni la mofa olímpica que cabalgue sobre esos escarnecedores de la opinión pública, á quienes cada día más la gente sensata va conociendo, asqueando y escupiendo.

Es preciso también, aun sólo como cristiano y buen patricio, odiar, execrar, maldecir, perseguir y sepultar á esa broza de

papeles en que vienen envueltos los *vicios nuevos* y la peste que acaba con nuestra raza.

Y pues de escritos hablamos, á los cuales hemos de oponer los nuestros, terminemos asentando como deducción del trabajo de nuestro amigo que, con más ó menos arte, hay que *moralizar* como moralizó Pereda.

No que tendamos contínuamente á educar las almas y los pueblos por la *predicación directa* del bien y que cada rasgo de nuestra pluma y cada palabra de nuestra boca sea una declamatoria impulsación al bien y á la virtud.

No tampoco que siempre y en todas partes tendamos á obrar en los espíritus por medio de verdades veladas y enseñanzas generales que resulten del conjunto de nuestros trabajos, y constituyan verdaderas *tesis*; aunque á decir verdad, difícil es que escriba ó hable para la multitud un ingenio recto y convencido, y sin que se deduzca de sus palabras ó escritos alguna buena conclusión lógica de provecho común.

Pero á lo menos suceda que, si cogemos la pluma, como católicos que somos, que si abrimos nuestros labios, sea para dejar en la fantasía y en la sensibilidad, la dulce *impresión* aquietadora y serena que insensiblemente se desprende de las obras trabajadas con criterio moral y espíritu sano; ese hálito vago que flota en toda pura atmósfera literaria, pasto de lectores sensatos y la menor ventaja civilizadora que de su arte puede sacar un cristiano artista.

Más allá quisiera yo que tendieran nuestros esfuerzos.

Por la peculiar necesidad de los tiempos, no nos dedignemos de subir á las cumbres mismas de las *tesis* desmoralizadoras, siquiera vayan envueltas en un sano *realismo,* en la pintura misma de las costumbres sociales y de los caracteres diversos á que tanto se presta la plasticidad de la vida humana en sus diversas manifestaciones y variados aspectos.

Ese será también un modo aventajado de contrarrestar el intolerable *naturalismo* galicano, que amplía casi fotográficamente las costumbres más depravadas y hediondas, solicitando el aplauso.

Y en cuanto que *moralizamos* deleitando, así contrarrestaremos también, en la novela sobre todo, ese nuevo género híbrido y pretencioso de novelones falseados, con tendencias á proponer y resolver transcendentales problemas filosóficos ó religiosos (siempre claro está, resueltos en contra de la religión y de la razón) y de los cuales por consiguiente siempre salen triunfantes el error y la mentira para daño y perversión de la sociedad.

Ese fruto por decirlo así reflejo podemos sacar también de este valioso trabajo de nuestro respetable amigo, de quien osamos esperar otros bellos y fructuosos trabajos en ese sentido dentro del campo de las letras. A tales esperanzas nos da derecho la lectura del presente análisis de tan amena, instructiva y jugosa lectura.

***

Leedle atentamente y os convenceréis de la verdad de nuestras palabras.

Leedle y andad tras la idea y el concepto, sin que embarace algún que otro neologismo y audacia de lenguaje, ni la nimia distensión de la frase, ni otro cualquier reparo que por ventura os salga al camino.

Defectos serán, por la mayor parte, que acusan exceso de virtualidad creadora, y están más que suficientemente compensados.

Neutralizada queda la sobreabundante madeja del período con la mina riquísima de incisos que va explotando en su camino. La relumbrante proyección de *trópicas* lentejuelas, algo inesperadas á veces, se compensa bien con el temple finísimo del metálico concepto que cada una de aquellas figuras entraña. Lo tropezoso de la frase que á veces no tanto embaraza cuanto retarda un tanto su lectura, cargádselo en cuenta de honor al bravo y férreo estilista.

No pidáis un avance y un andar adamado y minúsculo al caballero de palestra que sale calzado y revestido de greba rodillera y cota de malla.

Martínez y Ramón es, en efecto, todo un guerrillero de la pluma, fornido mantenedor en los torneos literarios tributados al gran Pereda; pensador potente *de proprio Marte*, sin otro casco sobrepuesto que el de su amplia y bizarra capacidad y su brillante fantasía.

Dentro de su *peto*, acorazado contra todo juicio malévolo y fallo inapelable de Zoilos impertinentes, late briosamente un corazón de campeón. Escribe con la visera

levantada y el brazal puesto. El puede cantar de sí mismo con Calderón:

Hijo de la guerra soy,
Ved vos si tendré nobleza
Siendo la madre que más
Ilustres hijos engendra.

Hasta en los puntos de su pluma parece oírse el chasquido de la rótula de un valiente, y cada frase parece repetir el «desperta ferro!» que según él necesitan escuchar *los pueblos mortecinos*. A todos quisiera él apostarnos de centinelas vigilantes contra *la invasión del dia,* máxime á los nobles varones típicos del solar montañés y á vosotras, damas dignísimas *de legitima veta cántabra*, que sois las llamadas á cubrir la brecha, que artilleros muertos ó desfallecidos dejan, por nuestro mal, indefensa.

Con el *delirio centralizador* en auge y la cerrazón tormentosa de ideas que cada día se condensa y extiende más, es hasta heróico mantener siquiera la esperanza de total regeneración.

Pero vayamos por partes. «No todo está muerto, no todo hiede á podre en Dinamarca...» Escoja cada cual su Tablanca, é infunda en aquel rincón el soplo de su aliento, regenérela.»

Si la sombra negra del «Capitán del siglo» que ha tomado cuerpo de legión infernal, avanza irresistible y penetra en las ciudades y «las anchas fortalezas se rinden al imperio del número brutal,» pugnando en vano el nervio *atávico* por sacudir la fiereza patriótica que queda inerme en mu-

chas partes por falta de fé, de esperanza, de amor á Dios; no así sea en nuestra Montaña; no así, á lo menos, en la *sede* que cada cual ha escogido por *fortaleza*.

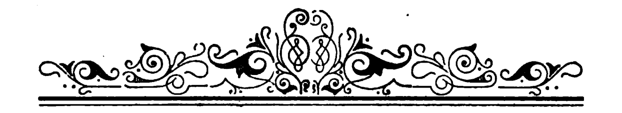
De esa nueva Tablanca pueda decirse lo que Martínez y Ramón cantó de Manresa, en su poesía premiada «Credo y Fibra,» conmemorando la irrupción y ataque francés de hace un siglo:

Aprietan jadeantes hasta ganar la *Plaza*
mezclando en sus blasfemias la rabia y el pavor...
¡No en balde, que atrás viene la historia de una raza
blandiendo el santo látigo del Credo y del valor.
¡Un siglo ya!... Vivimos en tiempos *bonancibles*...
Las aguas corren mudas por su tranquilo caz:
y evocas ¡oh Tablanca! tu lauro inmarcesible
y tus excelsos manes en medio de la paz.
A sombra del escudo que timbra tus hazañas,
progresa en el trabajo que es luz, belleza y bien...
trabaja, sin quitarte la ropa de campaña.
¡por si la Patria y Cristo pidieran somatén!

CONSTANCIO EGUÍA RUIZ, S. J.



ANÁLISIS DE "PEÑAS ARRIBA"



INTRODUCCIÓN

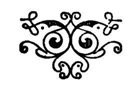
Me acerco al Concurso humildemente para rendir homenaje al maestro montañés de las letras españolas. He creido inexcusable obligación de todo el que haya mamado leche cántabra, (1) bajo el nebuloso cielo del Norte, y entre los aterciopelados valles y los ceñudos montes de aquella pensativa Naturaleza, ofrecer al insigne *polanquino* una flor para la corona augusta que teje á su memoria la Universidad de Deusto. Si la mía no es de selectos matices y transciende á selvático su aroma, cuéntese que en la Montaña fué nacida y á sus brisas de salud abandonada... Bien puede *Lituca* prendérsela al rubio cabello; bien puede *el señorito de la*

(1) .... y tenga, claro está, un poco de afición á la Literatura.

Corte aspirar su perfume sin escándalo grave de sus ínclitas narices.

Lo que tengo, doy, jurando que en los adentros no queda ni migaja de aquella *borona* intelectual que tasadamente recibí... Quizá en el corazón permanece obscuro, algo intraducible al vulgar léxico mío, pero de la misma casta que lo alumbrado y exhibido: pues de ese linaje, arcanas en el verbo, y sólo entre lineas comprensibles, son las honduras de los grandes entusiasmos.

He querido (*¿risum teneatis?*) penetrar en el alma de Pereda, y, en el esfuerzo de inquisición, tal vez saltó á estas páginas el alma interrogante, subsistiendo en tenebrosidad adusta el espíritu interrogado..; mas, sea lo que fuere, mi premio ya le tengo en la bizarría de arrostrar el ridículo por *montañesismo* neto... El amor desde la cuna y hasta el morir, la nostalgia perenne de la *patria chica,* por mí aboguen, y mi libre absolución consigan, invocando la eximente de *fuerza* moral *irresistible,* cuando se abra juicio sobre este mi crímen de sacrilegio analítico y lesa Literatura.





LA TESIS

Cuantos alguna vez recorrieron la Montaña, guardarán memoria de aquellos caserones, con sus tejados á cuatro vertientes, de gran planta y altura modesta, como si quisieran pregonar anchuras de corazón y cristiana humildad del pensamiento. Sobre la puerta de entrada á lo que pudiera llamarse *patio de honor*, desnuda cruz de piedra se yergue, cual signo de la Fe candorosa, que no admite adobos, ni desvanecimientos, ni grietas. Y en uno de los mensulones de la fachada pardusca, los encajes del blasón destacan, como emblema del culto que la vida sencilla rinde á la muerte santa y á la gloria sin nubes de los que insignes fueron y allí moraron. En las rejas labradas, que las ventanas del piso bajo defienden, cruces de hierro mohoso la misma confesión formulan que su hermana de piedra; y arriba, sobre lo culminante, sirve de *pararrayos* otra cruz, airoso remate de

la tradicional veleta. Historia muda de las generaciones que tuvieron.

alto, muy alto, el blasón;
pero más alta la cruz;

esos edificios vetustos, castigados, en su indefensión, por el azote de los temporales, y profanados muchas veces por la ignorancia ó por la sordidez, que convierten sus estrados antiguos en sucios desvanes...; no son ya más que el recuerdo de una institución, no escrita en las leyes; pero incrustada, con bronces imborrables, en la conciencia y en la nostalgia de los pobres viejos que antaño la gozaron; de una institución, bajo cuyo dosel resguardaba el *señor* los prestigios incólumes de su patriciado; y en cuyas gradas recostáronse los *pequeños,* confiados, sumisos, á la manera de la reverencia filial ante la autoridad paterna; ó como el hermano menor ante el consejo y la guarda del primogénito; nunca según la degradante condición del siervo, que acaricia el pronto látigo del magnate déspota; ni siquiera cual el romano *cliente*, asido á la toga del orgulloso *cives*, en aquel fárrago de instituciones, sustraídas á los clamores de la naturaleza por la áspera mano de un Derecho frío, meramente calculador, que ahogaba la eternal justicia con el peso de las mudables *conveniencias* y de la pasajera *utilidad.*

¡La casona!.. En cada pueblo montañés, vense, por lo menos, las ruinas de un edificio que así se llamaba. Subsisten actualmente, en el antiquísimo solar cántabro, muchas *casas grandes*; pero muy pocas son

ya las *casonas*, por antonomasia. Quizá la de Tablanca es la última de ese linaje.. No tanto las daba el nombre la magnitud y firmeza del edificio, como la prosapia y la solidez moral de los que adentro vivían. Por virtud de una sinécdoque muy común, hablar de la casona era referirse á sus moradores, y no solamente á los vivos, sino también á los muertos: la casona *son todos*, y su historia es la historia de ellos... Su contenido es semejante al de la idea de Patria, concepto abarcativo de lo pasado y de lo presente; de la realidad viva y de la grandeza del almo *ayer*, revivida en sus memorias solemnes; y, por eso, la principal condición de la casona montañesa no parecía radicar en el amplio fundo, por diez progenies hollado, ni en la maciza arquitectura de abolengo, sino en aquella pátina de los mohosos paredones, y en aquella costra de la cocina humosa, que diríanse vahos concentrados de las miserias, de los duelos, de las rencillas aldeanas; del rústico latir y del primitivo alentar, que ante la sentencia del omniscio hidalgo, *señor* y patrono, allí se estrellaron y redujeron. Sí; esas vejeces son el archivo de las crónicas, que no pueden saborearse letra á letra, porque no están escritas; pero se compendian en la intuición de un minuto, que abarca siglos, cuando los conocedores del alma montañesa contemplan el albergue, que fué solariego, cerca de la iglesia rural, como si bajo el amparo del Tabernáculo quisiera poner la castiza filiación de la cruz de su portada, y de las cruces de sus rejas y de la cruz de su cumbre, para impetrar la ecuanimi-

dad juzgadora y la misericordia paternal con que debía ser encarrilado el humilde vivir de aquellos otros hogares, de aquellas *casucas* desparramadas por el contorno, cual ovejas que dentro del aprisco separan sus cuerpos yacentes, para que sin esfuerzo las distinga el pastor.

Ese era el régimen patriarcal de las aldeas cántabras; y esa es la *tesis* de Pereda, el pensamiento más hondo que informa sus obras, la idea capital de *Peñas arriba.* Si examinamos las producciones anteriores del egregio literato, ya tenemos en *Don Gonzalo González de la Gonzalera* (1878) muy apreciables materiales. Allí está la *casona*, y su dueño, el caballero don Román Pérez de la Llosía, nos franquea la puerta, para que miremos á nuestro sabor y aprendamos. No importa que sus fachadas no respondan al tipo secular y mohoso que á grandes rasgos describí, puesto que la pátina esencial de las tradiciones está en las almas, y la del avisado infanzón de Coteruco no era de las revocadas con los amasijos modernistas. Patrono de su pueblo, supo unir el prestigio á la llaneza, y vió sus rectos dictámenes acatados por las gentes del lugar, consiguiendo subir á la madurez y á las canas, sin que la paternal aureola palideciese un solo día, ni por los actos propios, ni por falta del respeto ajeno. Llega *su hora*, no obstante, y el noble don Román sufre las angustias del vencimiento. Un cojo endiablado (que así tuviese la cojera en la malignidad, como la tuvo en la pierna) explota la hinchazón y los resquemores del grotesco don Gonzalo, brindándole con el

nimbo de gloria, á cuyo resplandor podrían contemplar los siglos el lustre de aquel su resonante pseudónimo (tras el cual asomaba la oreja suciota el hijo de Antón Bragas, que con tan estruendosa *ristra* se disfrazó) y juntas la soberbia del uno y la infamia del otro, é impregnada con la explosiva mezcla de ambos elementos la cerril epidermis de Coteruco, prodújose, al contacto del fósforo que encendió la *Septembrina*, una de *pópulo bárbaro*, verdaderamente bárbaro, en latín y en español. Dominó el salvajismo, con indumentaria de la *Milicia Nacional*; y el de la Llosía tuvo que salir de su patria *chica*, minúscula, pero endemoniada. Vemos, pues, en *Don Gonzalo* á la casona benéfica, á la casona tutelar y predominante; es decir, á la casona de la *tesis*, vencida por un cojo del pie *derecho* y por un ciego de entendederas, apoyados en aquel lazarillo y báculo trapisondista, Patricio Rigüelta, que al fin las pagó todas juntas. La *institución* muere, y muere vendida principalmente por Lucas del Robledal, que en casa hidalga naciera; y sobre vendida, acoceada; pues el coterucano modernismo, en su horror á las armas antiguas, pecho á pecho, aceptó para uso del hombre, como una filigrana del nuevo arte dematar, ese género de vil *ofensiva*. Y no se me tache de violencia en el lenguaje... ¿A qué otro instrumento de daño y de muerte podemos comparar el golpe alevoso de la ingratitud, si no es á la coz? Y son ingratos aquellos zulús, que del señor de la Llosía recibieron tan insignes beneficios; y como inmediato castigo de su ingratitud, á

medida que la casona va perdiendo su antiguo esplendor, huyen de las *casucas* aquella su placidez y el pan cotidiano (que antes disfrutaban) corroídas por polillas de ambición y de petulancia, desde que las instituciones flamantes, desde que la *ley* de Lucas y la Gonzalera transformó á los rústicos, de creyentes, parsimoniosos y trabajadores, en rebeldes, borrachines y vagos.

Tal vez la aldea se aquiete, una vez pasado el arrechucho; pero los malos gérmenes allí están, y suelen profundizar tanto en poco tiempo, que no hay sistema de roturación adecuado para exterminar ese linaje de parásita invasora en tierras como aquéllas, una vez que volvieron á la condición de eriales.

Pasan algunos años (1881) y aparece en *El sabor de la tierruca* la casona de don Pedro Mortera, «donde los pobres (de Cumbrales) van á llorar sus cuitas, los atropellados á pedir consejos... y más de una vecina á remendar la saya... ó á que le escriban una carta para el hijo ausente. Además, los unos son colonos de la casa; otros han servido en ella, y todos se codean en la iglesia, en la calle ó en el concejo. De esta mancomunidad de intereses y de afectos nace la cohesión algo patriarcal que existe entre todas las jerarquías de un mismo pueblo, cohesión que, no por ser fecunda en ingratitudes, rencillas y disgustos, deja de existir en lo principal, afirmada en el inquebrantable respeto de los de abajo á los de arriba y en la cordial estimación de éstos á los de abajo» (1)

(1) *El sabor de la tierruca,* páginas 96 y 97.

Mas, á pesar de su notorio prestigio, no quiso ó no supo don Pedro Mortera, en Cumbrales, hacer de su casona murallón donde se estrellaran las *oleadas maleantes*; (1) ni es presumible que su hijo Pablo, modelado en la misma escuela pacífica, y más amante de lo puramente bucólico que de luchar, como el viejo hidalgo de *Peñas arriba*, contra la política invasora, pueda contener los descarríos del susceptible y atrabiliario don Juan de Prezanes, el cual, pretextando quisquillas é imaginativos ultrajes, hacia el predominio iba gateando, sin dársele una higa de subir la pendiente á la zaga del malévolo *Asaduras*, (2) ó junto al mismísimo demonio, si de ello había ocasión. El temple, ó, mejor dicho, el destemple de aquel hombre, á quien el más fino raso desollaba, y el más suave bálsamo escocía; con la fuerza impulsiva del rápido batir de la bilis, que allá, en la entraña, nunca descansó; ese raro temple impedíale ser el mediador sereno, el prudente guía de la ignorancia, y alcanzar más alta prez que la de blandir sobre Cumbrales el látigo del jurado rival de la *casona*: el caciquismo. Por eso, don Pedro Mortera, relegando los negocios públicos al daño indudable de los trampantojos *de campanario*, sólo cumplía á medias su misión patriarcal, concretándose á la beneficencia en el orden privado.—Y cuando el propio don Juan de Prezanes, arrepentido ya de sus devaneos caciquiles, busca otra *pos-*

(1) La misma obra, capítulo V.

(2) *Ibid.* páginas 196 y siguientes.

tura, no es ciertamente para redimir á Cumbrales del yugo, en paz y armonía con su compatricio don Pedro Mortera, sino para entumecerse y arrinconarse como él, dejando á la víctima, casi asfixiada, en manos de quien la acabe de estrangular... «Ahí le queda el campo para que le explote á su gusto»—dice, refiriéndose al Marqués de la Cuérniga—y aunque después formula una amenaza, en ella no envuelve, ni á cien leguas, el *¡desperta, ferro!* que necesita oir aquel patriarcado mortecino. (1)

En síntesis: la casona de Coteruco sucumbe al estallido de la bomba; *la casona*, en Cumbrales, se rinde á la piqueta... Mas hoy viene el *maestro* á entonar, *peñas arriba*, el ¡hosanna! vibrante y consolatorio. La obra *septembrina* y la piqueta del caciquismo fueron terriblemente demoledoras; pero *algo* se libró... Sobrevive el patriarcado; aun ejerce la casona su alta misión social. Es reducido el círculo, pero existe; y sobre todo, le basta una grandeza: la grandeza del ejemplo que, pregonada por el mágico estilo de un Pereda, es alta cátedra, desde la cual puede el rebaño tablanqués enseñar mucho á nuestra civilización engreída, que, parodiando la frase de un *docto*, (vocero poco humilde y menos feliz intérprete de su copiosa lectura) cree haberse asomado á todas las ventanas del saber humano, sin que la altura del mirador y el vértigo subsiguiente hayan vencido la serenidad de su firme cabeza.

—

(1) *Ibid*, página 326.

El círculo es reducido, sí... ¿Por qué no es mayor?... ¿Por qué no tiene cada pueblecillo montañés su casona?.. La casta de don Celso, el viejo patriarca, ¿feneció aquende las cumbres que á Tablanca cercan?... Esa casta puede, y lo digo con toda la amargura de mi corazón, darse por fenecida. Las aldeas viven hoy huérfanas de sus antiguos protectores... ¿Qué digo *viven*?... Malamente vegetan, sometidas á patronos mercenarios. De ellas se apoderó la garra de Lucas del Robledal; campan por sus respetos Asaduras, Patricio Rigüelta y *los Garcías* en los *concejos*; (1) y, sobre el pavés de una carroza tirada por hombres *libres*, con soberbias guarniciones de cuero de pazguatos y bruñido similor de los colosales embustes modernos, pasea, por toda Cantabria, su oronda vaciedad y su bolsillo flamante el *rey* de Coteruco; el que lleva en sus doblones la razón de su *monarquía*; el que halaga en mitad de la calle á los mendigos, para después reirse interiormente de ellos; y, en fin, el que en nuestra democrática progenie, se hispe sobre todos los *intelectuales* y sobre todos los patricios; no por honrado, por pensador y por benemérito, sino por cínico, por finchado y por comodín: ¡el señor don Gonzalo González de la Gonzalera!... Nuestra provincia se ve, como toda España, presa de la inrompible trama que fabricó el caciquismo, ese hijo que el Parlamento engendrara en la centralización, actual gerente de la razón social *Caco, Vanidad y Compañía*, que desde la sombra de

(1) *Pedro Sánchez*, página 6.

sus conciliábulos, ó en pleno escándalo de sus depredaciones, rige los destinos de la Patria. Más crudo que yo, lo dijo el poeta:

El tirón que da el presidio
se siente en el Ministerio;

preciso juicio de ese monstruo que tiene la cabeza en Madrid, y una cola en cada pueblo, y un tentáculo sobre el bolsillo, la paz y la honra de todo ciudadano.

Muchas casonas se transformaron en meras *casas grandes*, y, en sus hogares, ya se aventó cuanto llevaba en sí *el perfume á templo* de las tradiciones. Consérvanse los escudos señoriales, para hacer prosperar el injerto del advenedizo en el venerando roble de la proscripta hidalguía; pero se picó la vetusta fachada, quitándole el matiz simbólico; y las negruras ya no están en los muros de la cocina secular, sino en las intenciones del nuevo dueño. La humareda incómoda no se esparce por aquellos ámbitos, donde los pobres aducían sus demandas y el *señor* pronunciaba sus rectas sentencias. Más á estilo moderno todo, los *humos* que la familia no traga para doblar *el repuesto*, suben como agua de surtidor, y se espacían cerca de las nubes, donde á placer los contemple la admiración aldeana.

De aquellos que fabricaban los sepulcros en Israel parece hijuela esta generación de albañiles... Y, á la moderna ó á la antigua, transformado ó perenne lo vetusto del edificio, siempre resultará que allí suenan á exótico los pasos nuevos que borran las huellas de lo que fué; y, ante la profana-

ción, tornará el vate á repetir su lamento fúnebre de las ruinas grandes, de las ruinas hondas:

> La casa para el César fabricada,
> hoy yace del *lagarto* vil morada.

Y el profeta inmenso de los inmensos dolores, el sublime cantor de la hecatombe jerosolimitana, reproducirá también su treno estremecedor:

Hœreditas nostra versa est ad alienos; domus nostra ad extraneos.

—

Por ser causa notoriamente descontada, no es ya necesario hablar con latitud de nuestra centralización política y administrativa, como una de las que influyen más en el desamparo de nuestros municipios rurales. El solo hecho de que, por razón del sistema, lleguen tardos y desvanecidos al *centro* los clamores de la *extremidad*; y de que á ésta vengan, cuando vienen, todavía más tardas y más borrosas, la misericordia y la justicia del centro, como si para los latidos sociales hubiera en la atmósfera las mismas energías de resistencia, y en la distancia, la misma virtud paliativa y esfumadora que para los fenómenos del orden físico...; ese solo hecho, justificaría la maldición nacional sobre tal sistema de hipertrofia, sobre tal manía congestiva, que lleva todos los humores á la cabeza y agolpa toda la sangre en el corazón.—Por ello, animan la perpetua contradanza de altos patronos y bajos compadres, los *desacordes* del órgano español, para burla del mundo. El monterilla de aldea toca el fue-

lle *cacique máximo*; y, así que oye los amagos de trueno, que en el fuelle zumban, pulsa las teclas el Diputado, y suelta el Ministerio lo más recio y estridente de la trompetería. He aquí los grandes *conciertos* que paga España con la triple ofrenda de la sangre, el sudor y el bolsillo; he aquí cómo el *círculo* ya no es tal círculo de centro fijo, radios iguales y circunferencia bien delineada; porque el centro se ha convertido en fondo de vorágine, adonde los radios, trocados en innúmeras patas de araña, vertiginosamente movidas, vuelcan, á turno, *los puntos límites* de sus largos brazos, que antes formaban el contorno circular... Así, lo que era tradición, salud, fuerza resistente en los pueblos, ha cedido á esa ley de empujes súbitos y vuelco inevitable, quitándoles personalidad, otorgándoles, en trueque, la gracia de un *número* (como en los hospitales y en los presidios) para que sirvan de coristas, y nutran el inmenso zumbido de la colmena política y la colosal grillera pseudo-administrativo-nacional.

—

Pletórico el centro, flacas las extremidades, sentimos el imán de la sangre *que llama sangre*, y hacia ella vamos, á ingerir los glóbulos nuestros en lo que ya está henchido, para que estalle; á desterrar, con nosotros, el último *hierro* que circulaba por las venas de los pueblos montañeses. Ya no es únicamente la centralización política quien nos arrastra, desde el monte arisco ó desde el valle plácido, en requerimiento de la chica ó grande *capital*, no:

es la fuerza *centrípeta*, es el vértigo novísimo, que parece dejarnos ir sobre nuestros pies, y, en realidad, nos zambulle de cabeza en las fauces del insaciable sumidero. En el mismo tren donde viaja hacia *la villa* el señor alcalde de Cuevucas ó de Pradines, que va á tratar de *pulítica* con el cacique del distrito, *huye* tal ó cual familia, que *ya no puede vivir* en el aburrimiento de la aldea...; y en el propio *expreso* que conduce á los *usías* provinciales de anticuado *chisterón*, á concertar, en los despachos ministeriales, la más expedita manera de trasladar á un *Delegado* que estorba, ó de hundir á un *Juez* que no tiene el espinazo dúctil, ó de jugar á la pelota con un *Gobernador* que no se aviene á éste ó á otros *juegos*, ni estima decente confeccionar *la crema* para un famoso pastel electoral, contando, por supuesto, con la blanda *masa* del feudo de Panurgo...; en el propio tren que esos públicos y tolerados malhechores, ruedan hacia Madrid: el eterno niño gótico que busca la *fatiga* de cobrar la nómina; el literato que aspira á la cédula, *sine qua non*, de *vecindad* en la Corte; (1) el médico (unico perdonable) que, harto de la salud aldeana, quiere ser *victimario* en la creciente matanza del raquitismo, del escrofulismo, de la anemia y de la tisis, que son las etiquetas pregoneras del refinamiento ambiente en las grandes ciudades;

(1) La misma novela, páginas 297 y 298, y el notable diálogo en *Nubes de estío.*, que dió origen á la polémica del *maestro* con la señora Pardo Bazán en *Los lunes* de *El Imparcial*.

y por último, vuelan en ese convoy hacia la obscuridad que les aguarda, nuestros ricos de aldea, los solariegos, los *príncipes de Israel*, que dejan su principado, por una plaza de comparsa en la gran comedia de Madrid ó en la gran sardana barcelonesa.

—

Estos movimientos sociales de la periferia al punto central han ido graduándose poco á poco, y después *mucho á mucho*, según el uso de los nuevos medios de comunicación fuese generalizando, y éstos se hicieron, por consiguiente, más accesibles. No quiero buscar parangones entre los tiempos actuales y el año en que *Pedro Sánchez* viajaba hacia Madrid (1), sufriendo el martirio de una de aquellas diligencias, hermanas, un poco más presentables, de las *galeras aceleradas* y otros armatostes por el estilo. Prefiero ceñirme á narrar los cambios de que fuí testigo presencial. Un cuarto de siglo hace que los viajes á la Corte, desde nuestras aldeas, y aun desde nuestras villas cruzadas por el ferrocarril, eran poco frecuentes. Ir á la capital de la provincia, como no fuese para negocios de gran monta, por extraordinario se tenía; conque ya podemos figurarnos los solemnes preludios, y la compungida iniciación del éxodo, cuando un montañés castizo veíase en la necesidad de emprenderle hacia los desiertos que circundan, y hasta los jaulones que *decoraban*, y todavía en buena parte decoran, la villa *del oso* y *del madroño*.

(1) *Pedro Sánchez*, cap. VIII.

Así es que los mayores avances de los pudientes aldeanos, luego que comenzaron á encontrar tediosa la calma de sus lares, no llegaban más allá de la villa próxima, donde tenían un ojo en las grandezas (!) presentes, y el otro, un poco nostálgico á ratos, en la *pobreza* que dejaban atrás. Los tiempos andando, ya *la Villa*, como todo lo que se nos figuraba nuevo y grande, y con el uso llega á parecernos viejo, estrecho y resobado, fué, para aquellos inmigrantes descontentadizos, escenario de tercera clase, y buscaron uno *de segunda*, yéndose á *la Ciudad*. El primer año la encontraron superfina y varia; al segundo, perdieron grados la finura y la variedad; al tercero, resultó nada más que soportable; llega el cuarto, y baja rápidamente hasta mediana; y, cuando suena la última hora del quinto, halláronla tan aburrida y tan cursi como *la Villa* y como su aldea... ¡A Madrid, que hace falta gente, ó á Barcelona, ó á Sevilla; pero, sobre todo, á Madrid...! Así fueron *subiendo*, de primeros actores *á todo turno*, que eran en su pueblo, á *suplentes* en el escenario de *la Villa*; de aquí pasaron á *la Ciudad*, con el oficio sin lustre de *coristas*; y desde esta bruma dieron en lo más obscuro, allá entre bastidores del magnífico teatro madrileño, asomando contadas veces á las candilejas la punta de la nariz.

—

Existe sobre el mundo una potencia destructora cuyo influjo sintiéronle todas las edades; pero no tomó carta de naturaleza en el Olimpo, hasta que el paganismo de nuestros días consagró su *divinidad*: la Mo-

da. Gentes conozco, y en gran número, que jamás preguntan: ¿es *esto* bueno, ó es malo? sino ¿está ó no está de moda?... Y si no estuviese de moda, rehusarían el salvavidas en el horror mismo del naufragio; y en trueque, si lo mandan sus volubles cánones, beberán la cicuta... Las mujeres de hoy, sobre todo, esclavas son de la Moda, y particularmente, de la moda en el vestir. Al observarlas ¿quién no recuerda á aquellas venerables damas, con sus dos tocados eternos *de solemnidad*, para invierno y estío respectivamente?... ¿Quién no las *ve* todavía salir de su pueblo *tan señoras* y presentarse en la *ciudad*, sin que los canes las corrieran, ni las silbaran los chiquillos?... Y la misma juventud mujeril, algo más variada, naturalmente, en su indumentaria de alegres matices ¡cuán gaya lucía sus atavíos *á uso del país*, como la monísima *Lituca* de *Peñas arriba*..!; ¡cuánto más gentil que estas *señoritucas* de ahora, obcecadas en que las *haga* elegantes, con uno de sus misteriosos conjuros, el *genio* inspirador de los *figurines*!...

Todas las señoritas *de pueblo* tenían, años atrás, sus ribetes de modistas...; de modistas... modestas, es verdad; pero, en fin, con su arte y el concurso de alguna del *oficio* (que en la aldea ó en el poblachín lindero nunca faltaba) para las grandes urgencias, salían adelante. Pero vino la época de la *evolución* y las señoritas de *la ciudad* acudieron á los famosos talleres de *la Corte*, y el señorío de las villas á *la ciudad*, y el cogollito aldeano á *la villa*... Más tarde, *la Corte* enseñó á *la ciudad* el camino de Pa-

rís, y *la ciudad* á *la villa* el de *la Corte*, y *la villa* á los *pueblucos* el de *la ciudad*... Por tales rumbos avante, ya no hay *lugar* en la Montaña que no se haya quedado bizco ó, por lo menos, nerviosamente parpadeando ante los abrigos de veinticinco francos, prendas de uniforme que, por miles de miles, fabrica la habilidad engañacursis del *Printemps*.

Empeñada la rural en imitar á la ciudadana, y ésta á la madrileña, y todas, aunque muy de lejos, á la parisina, ¿qué de extraño tiene si unas y otras, por irresistible comezón, han querido internarse en los grandes centros para estudiar, *en la carne vestida*, la elegancia *semoviente*, que la fría inmovilidad de los *figurines iluminados* no puede reproducir?... Si cualquiera exquisita Duquesa, poco acostumbrada á soportar la espera de un minuto, aguantó, no obstante, las antesalas del gran tirano *Worth*, el rey de los modistos, durante tres meses de cada año, para lucir, en los salones madrileños, la prestada elegancia por espacio de otros tres; ¿cómo no admitir, dentro de lo real, ese prurito que tienen de invernar en Madrid nuestras provincianas, para que las vista, con el figurín ó el figurón de su cuerpo delante, no en maniquí, sino *in ánima vili*, la célebre *Mad. Fulard* ó el insigne *Mr. de la Camame*?

El imán centrípeto de la diosa Moda es indiscutible; y cuando el alma femenina, de simple y humildísima lega, que á distancia observó y sin emulaciones, se convierte en sacerdotisa de tan liviana deidad; ¡qué largos se harán los días, qué fúnebre deben

ser para ella los ámbitos de la casona, donde ¡oh terror! la *Fulard* y *Camame* se despegan, ó, mejor dicho, los azota y los barre hacia el *centro* (su propio solio) la austeridad cántabra, el viejo espíritu sencillo, con el látigo de su justa ira, ó con el ingente puntapié de su desprecio...!

Y, además, en la pobre aldea de cuatro *chozucas*; ¿dónde hay público que contemple y admire el gran espectáculo de una señora empavesada?.. ¡Oh!... tienen *razón*...: *para ver*... ¡á Madrid!..; *para brillar*... ¡en la Corte!... Y, efectivamente, allá van, arrastrando á sus pacíficos editores (los padres chochos y los maridos cómplices); y van... á no saber lo que han visto en fuerza de mirar; á obscurecerse y anularse en aquel certamen inmenso, donde, amén del contingente indígena, se exhiben *la flora* y *la fauna* de las cuarenta y nueve provincias españolas. Para eso abandonan el *solar*; para eso convierten la casona venerable en monumento fúnebre de la paz que, tras su huella rutilante, dejan perdida.

Cuando aun menudeaban su tierra montañesa jóvenes del temple de Román Pérez de la Llosía (que fué, como se ha dicho, el último patriarca de Coteruco, andando los años,) y señoritas educadas para todos los menesteres que en el hogar doméstico, reclaman la dirección inteligente del ama de la casa, era menos aburrido el círculo estrecho de la aldea. Los varones pudientes al cuidado de este *cierro* ó de aquella *tierruca*, de los colonos y de los aparceros, del repleto desván ó del lucido establo;

mostrándose, á la vez, no menos curadores del bienestar común...; y *ellas* humildes, serenas y misericordiosas con todas las pobrezas y ruindades que la circuian, y siempre afanadas porque luciera, en los menores detalles, aquel sello del cotidiano aseo en que cifraban su blasón, para que todo respirase orden, parsimonia, delicadeza (bien así como la mujer *fuerte* de la Escritura, que deja su lecho antes del alba, y señala su lugar á todas las cosas, y á cada uno de sus criados la obra de *aquel* día; reputándose pagada y satisfecha con que sus hijos *la prediquen beatísima* (1) y su marido *se complazca en ella*...;) tal fué la vida antigua; no la de todas, pero sí la de mnchas casas ilustres de legítima veta cántabra.

Hoy, *el afán de novedades* (2) que, en todos los órdenes de la actividad humana, nos seduce y esclaviza, dislócase y enloquece dentro de los pequeños límites del aldeano vivir. Arrastrados en plenas corrientes de imitación, parecemos justificar la teoría darwinista, mostrando, en ese desvarío emulador, risibles atavismos que harían palpitar de orgullo á las monas de Tetuán, si nos *trataran* de cerca. Y es que, en los *pueblos*, obra el cosmopolitismo ambiente los mismos efectos que, en las costumbres individuales, la ambiente democracia. Pareció, en aquellos cándidos ensueños de *igualdad*, que se bajarían *los adarves*, que el movimiento sería descendente, equipa-

(1) *Los Proverbios*, cap. XXXI. vers. 28.

(2) Con esta sola frase retrató á nuestra Edad el Pontífice León XIII. (Enc. *Rerum novarum*.)

rándose al *estado llano* los de la cumbre, mediante la evolución de sus hábitos refinados hasta la sencillez popular.. Así lo demanda la lógica; pero ha sucedido al revés: la fregatriz parodia elegancias del señorío: y el artesano es hombre *de Casino ó de Club*; se ha familiarizado con *su* periódico, *su café, su* purito; y con el charol, las corbatas de moda... y la bicicleta *dominical*. Paralelo á ese blando subir, es el necio emular de los municipios rurales: el foco de las grandes urbes los deslumbra; la manía imitativa los persigue, los aturde; y no será extraño que, de la noche á la mañana, tengamos en Cumbrales *batalla* de escajos y helechos; ni sorprenderá á *Resquemín* que se anuncien *los lunes* del zapatero, *los martes* de *la Cotorrona, los miércoles* de *Juanguirle, los sábados* de *la Bruja* (nobleza obliga) y el cotillón periódico en casa de *Asaduras*. Ya nuestra *prensa* enana de villorrio tiene sus *notas de sociedad* y su *columna del sport*; adopta los botafumeiros de cliché; compra el incienso en la misma tienda proveedora de los grandes rotativos, y dice tan campante: *nuestra aristocracia, nuestra crème*; todo ello con el más amplio espíritu democrático, eso sí... ¿Qué hay en el fondo?... Pues sencillamente una futesa: que iguala nuestra estupidez de *importadores* á nuestra majadería de *exportadores*; y así como llevamos al *centro* nuestra sangre rica y nuestra sanidad moral, para que los hábiles químicos de las ciudades nos transformen la primera en *aguachirle* ó en algo peor; y hagan con la segunda, ingrediente sobre ingrediente postizo, un verda-

dero gazpacho con más vinagre que sazón..; así el centro exporta á la periferia su política, su sibaritismo y su frivolidad en la enorme balumba del *veraneo*. Ya lo dijo Pereda: «Las vírgenes comarcas sometiéronse al imperio del invasor trashumante que, sin imprimirles la cultura de que él alardea, les quitó, con la tranquilidad que era su mayor bien, cuanto de pintoresco y atractivo conservaban: *el amor á sus costumbres indígenas, el color de localidad, el sello de raza*» (1).

Guárdeme Dios de censurar á los pobres *éticos*, que peregrinan hasta nuestras cumbres, para saturarse de los perennes desinfectantes que les brinda la altura, y con las emanaciones del milagroso pinar; ni á las dolientes víctimas del catarro crónico, de la vieja gastralgia, de la *moderna* diabetes, del carcelero reuma y del costroso herpetismo, que lavan en el *jordán* de nuestros balnearios sus corporales máculas y lacerías; ni tampoco á los inapetentes y neurasténicos que buscan el yodo del aire marino ó el despertador equilibrista de las olas cantábricas. Censurarlos fuera inhumanidad, como fuera descortesía recibir adustamente á las numerosas familias que huyen del ciudadano freidero, para vivir dos meses de cada año con verdadera independencia; con toda la independencia posible y con la mayor sencillez; pero, junto á los unos y á los otros, ahogándolos, anulándolos, en medio del círculo, están los enfermos *de la Moda, el número infinito*,

(1) *Pedro Sánchez*, cap. I.

que se ha trasladado con su carga de preocupaciones, *teatralidades*, moños y cintajos, desde el *presidio* de la Corte á la *galera* de la playa, como presa eterna del eterno déspota y víctima inconsciente del perpetuo mal. De ese modo, hasta las playas que yo conocí patriarcales (y no soy muy viejo) se han trocado, por la fuerza de los invasores y el afán imitativo, en hijuelas de San Sebastián, de Biarritz, del Sardinero. En un mismo convoy, salen de Madrid los *comprimarios* zarzuelistas, encaramados á *primeros tenores* y *directores* de las compañías que actuarán en *Villalebrato* y en *Valdetarascas*, y estos otros *partiquinos* del alto mundo, erigidos, por su propio voto, en *assolutíssimos tenores* y *prima-donnas* de la gran ópera veraniega. Pronto asientan su dictadura en la sede que les brinda gustosa la provinciana simplicidad; y ya no se toca más pito que el suyo, ni se mueve ninguno de los que no quieran ser, con la nota de hurones, excomulgados, sin que ordene los movimientos colectivos, la batuta, la trompa ó el cuerno del nuevo feudal. Como la antigua *clan* escocesa, repartida en sus chozas, aguarda los ecos del *claimore*, para acudir al mandato de su jefe...; como viejos mesnaderos, guarecidos en las montañas, esperan el toque á rebato de la campana del castillo, furiosa pregonera del agravio que se ha de vengar...; así en las playas del Norte, por el modernismo invadidas, ha puesto la Moda en uso el alerta perpetuo en que viven, desde el barbilampiño hasta el grave anciano; desde la jovenzuela ru-

ral hasta la oronda matrona solariega, para que no los coja desprevenidos el clamor de la trompa (cónyuge ó hermana del famoso cuerno, (1) que Pereda inmortalizó) nuncio de cortesanas bellaquerías ó preludio de algún divertimiento relamido y exótico...

Se ha dicho muchas veces (y aunque lo muy sobado es *cursi,* yo quiero repetirlo, pues aquí encaja de perillas) que el verano, tal como nos le van acicalando las grandes estrellas y los partiquinos imitadores, con el auxilio de la sandez general, es ya insoportable. Muchos novatos, que vienen huyendo de la etiqueta cortesana, y de sus ministros el sastre *mister Mac-Ferland* y nuestros conocidos *madame Fulard y Mr. de la Camame;* abren los ojos espantados al comprender que son también esas ilustres tijeras las que cortan los patrones de la suelta, de la expansiva, de la vida libérrima estival. La *derniére,* con sus esbeltas apreturas, sus borceguíes... *del tormento,* sus cuellos *de presa* y sus emulaciones del transformista *Frégoli,* ejerce un dominio absoluto sobre los que ya vinieron hacia las costas maniatados por su grillete, y conquista el honor de que se levanten altares para su culto en la rota virginidad de la llaneza campesina. Esa es *la gran caza de esclavos,* y ese es el gran mal. Sí; tiene razón Pereda: los aires costeños se nutren del aroma exótico y avientan *el amor á las costumbres indígenas;* en las ondas contaminadas se destiñe *el color de localidad;* y en la

(1) *Nubes de estío*

playa modernista cavamos insensiblemen-
el hoyo, donde recibe impía sepultura *el sello de raza.*

Llévanse lo *nuestro* y nos dejan lo *suyo*... ¡Maravilloso cambio!... Contra Pereda no se atreven, porque le escuda la universal consagración de su grandeza; pero si estas mal hilvanadas páginas, escritas con la hiel misma que sintió el *maestro*, vieran la luz, y juzgáranse, por algunos, dignas de ser hojeadas... ¡qué de cosas oiríamos!... Hasta la mengua del antipatriotismo caería sobre mí, porque no alabo esa *fuente de riqueza* que obtiene la Montaña de los veraneantes. Me anticipo á la crítica, aunque prevea la obscuridad de estos pobres trazos, por redondear el tema.

Es verdad que los invasores trashumantes, como dice el *maestro*, llenan los bolsillos de fondistas, cocheros, etc., etc., y, por *difusión*, los de otras muchas gentes; pero.. ¿y lo que le cuestan á la *tierruca?*... Se ha hecho el apunte del *activo*, mas no hemos sentado el *pasivo*, y, claro está, con la cuenta *quebrada*, el negocio es *redondo*... ¿Existe alguien que pueda justipreciar lo que *desangran* esa torre de aspiraciones y ese prurito imitador, que son como la huella sombría de los apóstoles de la banalidad en el sentir montañés?... ¿Graduó alguno lo que importa el resumen de partidas que, en los presupuestos rurales, ha escrito la mano del simio zaguero, para seguir los dechados de elegancia, que nos dieran en la costa ó en el balneario, las señoras de A y de B y los señores de la M y de la Z?... ¿Quién ha logrado evaluar los gastos enormes del so-

lariego de *aquí*, del comerciante de *allá*, del industrial de *acullá*, y del pollo, *con aspiraciones*, de todas partes, llamados al *centro* por aquel himno de sus maravillas, canto de sirena que entonara el veraneante con lo gentil del pergeño y lo atractivo del hablar, sobre las arenas de la playa, en las galerías del balneario ó en las *camberas* y fragosidades de la aldea montuna?... Sólo Dios puede hacer el balance de ese dinero..., y contar los latidos de ese pulso que se desata..., y los grados que subió la calentura en esa cabeza que se pierde. Yo, por mi parte, anoto aquí los frutos de mi tarda penetración, juzgando á los veraneantes (con las excepciones indicadas) como el más grande anzuelo de las metrópolis pescadoras, que dejan en la Montaña parte de su piel ulcerosa, en guisa de cebo, para sustituirla con una flamante, sana, de que mi tierra les hace donación imbécil...; ¡imbécil, sí, porque adheridos á esa piel fuerte, van innúmeros músculos solariegos, y la mitad de la sangre que hizo ilustre en Cantabria el ejercicio de aquel viejo patriarcado, la hoy fenecida resistencia de aquellos lazos seculares de alta protección y jerárquico respeto, que manos indignas desatan ó cortan... Por eso, y nada más que por eso, los monos imitadores de mi terruño han abominado su alta misión en el *trono* de la aldea, y ya no son más que una centuria de torpes, enganchados para *in sécula*, por el higuí de la *créme* y de *l' élite* á la estrepitosa legión de coruscantes advenedizos.

Otro de los anzuelos, ó, por mejor decir, el arpón (ya que se trata de peces respetables), con que pesca la villa y Corte de las Españas (centro de centros y tubo aspirante de la gran bomba) es el monopolio de la fama nacional, que disfruta y explota. Se lo echó en cara el *maestro*, y, sin duda, viéronse en la diatriba comezones del amor propio ofendido, contra las cuales disparó la señora Pardo Bazán una que parecía *fraterna*, por la suavidad exterior, mas dejando vislumbrar contenida la iracundia catilinaria. *Los resquemores de Pereda*; tal era el título. El de Polanco replicó, sin disfrazar la filípica con envolturas de tela de cebolla, entre los aspavientos de algunos caballeros andantes, paladines del fuero secular que al sexo débil escuda, sin tener en cuenta que el tal privilegio solamente ampara á las señoras, mientras en lo *exclusivo* de su condición se mantienen; pero jamás en el terreno de la polémica literaria, ante cuyo dintel suelen abandonar la púdica soltura de las faldas y ceñirse á las estrecheces del pantalón hombruno (con el cual obvio es que no reza el antedicho canon); de suerte que la pelea Bazán-perediana lanzaba sus venablos recíprocos *de pantalón á pantalón*, fueros aparte. Salvando los indiscutibles méritos de la feliz autora de *San Francisco de Asís*, paréceme que anduvo poco justiciera, cual si fuese único motivo de su entrometimiento la gratitud á la *prensa* de Madrid, por los múltiples y resonantes *bombos* que la prodigara. No quiso parar mientes la señora Pardo Bazán en los graves funda-

mentos que, para lamentarse, tenía el ilustre montañés, caso de que existieran, en el fondo, los personales resquemores que se le achacaron; porque, sumadas las líneas y pesados los elogios que, durante su vida, le dedicó un *rotativo* cualquiera, no dan, por junto, la tercera parte de los que ha consagrado á la fama de éste ó el otro escribidor, siempre que resulte compadre inscrito en la asociación *del mutuo incienso*; pero, á mi juicio, no batallaba Pereda únicamente por su nombre, harto esclarecido ya con los elogios de varios literatos *de campanillas*, y singularmente con el del cien veces eximio Menéndez y Pelayo, que, á guisa de prólogo, en el tomo primero de sus *Obras completas* se insertó; ni peleaba por motivos *editoriales*, pues sobrábanle medios para vivir con la holgura que vivía... Más bien fué indirecto vocero de la fama y la hacienda de muchos, contra el silencio imperdonable del cortesano clarín. Le dolía que los escritores del *centro* pidiesen á los neófitos *la cédula de vecindad*, antes de resolverse á ponerlos sobre las nubes, ó á convertirlos en almuerzo de tiburones desde el alto cantil de su crítica; tal vez á guardar ese mutismo artificioso, que es el infanticidio, por innutrición, de los nombres que nacen, y el asesinato, por asfixia, de las famas creadas. Leyó mil veces Pereda columnas y columnas, hechas de mazacote, á la mayor honra y gloria de esta novela ó de aquel dramón; y parecióle crimen de leso Arte, que otra más castiza, más honda literatura, viviese con el mendrugo de cua-

tro líneas, por vía de saludo forzado, que el areópago matritense tenía la misericordia de consagrarle una vez entre ciento, como si el origen provinciano fuese mácula de bastardía que mereciera tamaña expiación.

Nadie duda que la *hoja* impresa debe ser como glosado catálogo, donde se registran las fuerzas vivas del País; y en su balanza comprobatoria sólo han de pesarse los méritos y los deméritos, sin que valga echar, en el un platillo, la *carta* de vecindad, ó en el otro, la denuncia de *extranjería*. No basta decir que el valer se justiprecia, y que á un Menéndez y Pelayo, por ejemplo, no se le escatiman elogios (¡bueno fuera!) pues tales citas, con las cuales se sobreentiende que no merece incienso lo que deja de alabarse, mucho se asemejan á las de ciertos periodicuchos clerófobos, los cuales, para dar más fuerza á sus diarias calumnias, de cuando en cuando publican el panegírico de algún Obispo notoriamente santo, ó de algún Cura.. blandengue y contemporizador...—¡Menéndez y Pelayo!... Con ser ya *de la Corte*, ¿le habrán consagrado en un *decenio* tantas líneas como á *Machaquito* en una semana?... Pero, señor, ¿tan lejos está el caso de Gabriel y Galán, cuya temprana muerte fué la primera noticia que, de su paso por la vida, tuvo el monopolio *arrendador de la fama*?... ¿Valdrán todos los versos de cuantos mangonean en *la exclusiva del fósforo* lo que una sola de aquellas composiciones místicas ó bucólicas del salmantino creyente y genial?...

Valeroso Pereda, tal vez jugó una par-

tida de gran riesgo, al decir tan claras verdades. Lo excelso de su fama, por el más grande sabio español ponderada y enaltecida, libróle del *in pace* vengativo; lo hidalgo de su franqueza será grata memoria en el corazón de muchos. Supo demostrar que ha de inscribirse entre los *socios de número*, quien deseare cumplido pregón, de eco sonoro, en los periódicos de la Corte. Y como para lucir ante el tribunal *supremo*, es necesario cambiar la ruda escuela nativa por un arte típico, de registros variados; precisa que allí, en la propia *Atenas*, truequen los bisoños su laringe de barítono rural por otra de goma elástica; y sus pulmones de *ábrego* y de *pleamar* por otros de merengue.

He aquí el dilema del *centro*: «ó conmigo ó en la obscuridad». Y como la obscuridad es tan amarga, tan difícilmente soportable, ¿qué ha de hacer un joven de ciudad provinciana, de villa ó de aldea, rico ó pobre, cuando todas sus tías, en representación de la abuela difunta; y el secretario del Ayuntamiento, y cualquier grave señor que aun guarda el barníz *mundano*, le dicen que tiene en el cerebro una mina riquísima; pero que los diamantes yacerán envueltos en su negra mortaja, si una voz de la Corte no repite el *¡levántate* y *anda!* de Cristo á Lázaro; y si una mano, también de Madrid, no los talla y pulimenta?... ¿Qué ha de hacer?... Ungir la voluntad con los alientos de la profecía; dejar sus lares como *Pedro Sánchez* iluso, (1) como *Peñascales* vanido-

(1) Novela de ese nombre pág. 82.

so y opulento, (1) y tomar el camino de la sima, para ofrecer, á semejanza del primero, el holocausto de sus ilusiones, ó para ver, como el segundo viera, en el aire su fortuna y en el calvario su vanidad.

—

«En las grandes poblaciones se vive con mucha independencia»—silbábame cierto pobre señor desdentado, que había perdido diente á diente, bofetón á bofetón de su mujer, quizá en prueba de su varonil autonomía.

¡Qué hermosa *debe ser* la independencia! Yo nunca la he gustado, ni he visto á mi alrededor un solo hombre que no *dependa* de muchas cosas, empezando por la muerte y acabando por lo más importante y lo más trivial de la vida. Indudablemente, el buen *Juan Lanas* que me encareciera el urbano albedrío, hablaba en relación. Y yo me di á pensar en esa autonomía relativa que hace tan felices á los integrantes de los grandes núcleos de vivientes. Acordábame, sin poderlo remediar, de aquella medicina clásica, de aquella sana fórmula:

¡Qué descansada vida
la del que huye el mundanal rüido!..

No será, por cierto, independencia del morbo, ésa que se disfruta en las populosas urbes. Aunque el hacinamiento de casi todos y la vergonzosa promiscuidad de muchos no fueran motivo para que ostenten las generaciones, cada vez más acentuadas, las señales de la decadencia física; el

(1) *Los hombres de pro*, cap. XIV.

vicio, en desenfreno total, inventando, de uno á otro instante, nuevos estímulos, acredita, en las crecientes victorias de la mortalidad, su bien conquistado título de proveedor de las necrópolis. Si todo refinamiento es civilización, como parece creer la muchedumbre indocta, y con ella, los doctos que también son *muchedumbre,* no cabe dudar que en los grandes centros es donde ha de buscarse el modelo del hombre civilizado...; pero su independencia, ¿dónde está?

¿La encontraremos acaso en la esfera de los negocios?... Nunca se han llamado con tanta propiedad *fiebre*... Y ¿son independientes los que padecen esa calentura?... Cierto que, en el limitado círculo de un *pueblo,* los negocios son menores; pero, en cambio, resultan más seguros. Calcúlanse mejor el daño posible y la ganancia probable; y casi siempre se camina por lo llano, y á paso regular, con sólo dos factores: medio adarme de inteligencia y una razonable sujeción. ¿Basta eso en las grandes poblaciones?... ¿No ha de aquilatarse algo más?... En el cerebro del industrial, del comerciante, del empresario, del bolsista; ¿cesará un segundo el bullir del agitado pensamiento?... ¡Cuán pocos hombres dominan, á costa de la tortura cerebral, del martirio de su vida, quizá de todo género de *corrientes* vilezas, ese inmenso tablero de ajedrez, donde juegan tantos peones, y tantas figuras se cruzan y entrelazan!... ¿Será esto la decantada independencia?

Pero tal vez se refieran los pregoneros de

las urbanas venturas, á la independencia de la vida íntima, á la independencia doméstica. En efecto, son tan independientes los unos de los otros en las ciudades, que se desploma un hombre moribundo sobre las piedras del *arroyo,* y al instante se forma un círculo de transeuntes, aguardando estoicos la gran escena final de aquel espectáculo gratuíto; y entre tantos corazones, entre tantos brazos ociosos, puede suceder, y sucede, que no hay un buen impulso, que no hay una lágrima, que no se improvisa la camilla más blanda para el hombre, *el pecho del hombre;* y se espera fríamente á que llegue, montado en su ridícula prosopopeya, un *municipal*, es decir, la estupidez humana con uniforme, á prevenir el traslado del pobre muriente, que tuvo espacio de sobra para *ascender* á difunto, sin que la *ciencia* le examinara, ni la *humanidad* le infundiese calor, ni la Iglesia le absolviera... El grupo de curiosos se disemina, luego de haber asimilado lo *novelable*, cuando lo hay... ¿Cómo extrañarlo, si la frecuencia del *caso* desvanece su aspecto lúgubre, blindando la compasión innata con doble peto de insensibilidad?... ¿Cómo asombrarse de ese despego, hijo quizá de la fatiga con que el hombre, harto de curiosear el multicolor panorama de la gran metrópoli, sin abarcarle, concreta todo el interés en sí mismo?... ¿Qué es el crimen para una ciudad populosa y avezada á la tragedia de la tasca y del palacio?... Un simple motivo de curiosidad... ¿Qué es la muerte?... Una obra dramática, de la cual se dan á diario en Madrid cincuenta representaciones, y qui-

nientas en Londres... A este propósito, viene á mi memoria un hecho, que no puede ser más elocuente. Hallábame en la Corte siguiendo mis estudios, y vivía, con varios paisanos, en una casa de huéspedes. Falleció en la misma *escalera* un señor anciano, y la presencia del carro fúnebre junto á la puerta principal, fué la primera noticia que tuvimos de su muerte. Estaba, por cierto, su dormitorio (convertido la noche anterior en capilla ardiente) debajo del mío; así es que mientras pasábamos la velada, bromeando en mi gabinete, algunos estudiantes, aquel hombre agonizaba y moría, tal vez oyendo nuestras carcajadas... ¿Será esto lo bueno, lo sublime, la enjundia que tiene esa independencia soberana de las grandes ciudades?...

«Los *pueblos* son terribles; no se puede dar un paso que no caiga en las horcas caudinas de la murmuración. En las ciudades, por el contrario, vive cada cual según le place, sin que nadie le censure.» He aquí la primera columna, el argumento *aquiles*, de la famosa independencia.—Verdad es que en los *pueblos* se murmura, como que no tienen otro solaz más grato las mujeres, ni cosa mayor en que emplear su ingenio los hombres. La casa de villa ó villorrio no es sino un vasto fanal, cuyo interior, queramos ó no queramos, está bajo las miradas de todos: por eso es más fácil la crítica ligera; por eso es más difícil y más inconsistente la calumnia honda. Pero ¿quién puede sostener que en las ciudades no se murmura y se calumnia, mientras haya *porteras*?... ¿Existe un foco de mentiras y vilipendio, que

despida miasmas tan pestilenciales como una portería de ciudad?... Más honras se descuartizan en ellas para satisfacer la voracidad difamatoria, que reses en el matadero para el consumo público...--Sea donde sea, ¿quién podrá evitar que le dañe la crítica en el círculo de sus relaciones? ¿Ha de permanecer el hombre aislado, por temor á lo que digan los demás?... Pues si no vive en el desierto... ¿cómo esquivará los tijeretazos de ese ministerio fiscal, á quien, si toga le falta, lengua le sobra?... Yo quisiera encontrar la ciudad santa de labios vírgenes, que no mancilló la ponzoña escupida contra la honra ajena; pero se me antoja que esa ciudad fénix, ni la fundaron hombres, ni sobre la haz de la tierra se levanta; ni me parece que nuestros amadores de la independencia podrán hallarla, por mucho que corran, suden y venteen...

¡Pobres solariegos desertores!... No será independiente *la cabeza de ratón* que dimitísteis; pero mal se me alcanza que logre mayor autonomía, la escondida vértebra que en *la cola del león* habéis ido á formar.

Desacreditado el argumento de la metropolitana independencia, dieron los pudientes rurales en la manía de buscar *plataformas*, como ahora se dice, que justificaran su emigración. Algo interno les arguye, condenando su desamor al terruño, y cual si este íntimo remoler fuera el aviso de la sanción pública, se apresuran á venir al juicio, que sobre sus actos suponen abierto, y pretenden cohonestar la huída con aparatosas razones. El asunto es cubrir,

con máscara de móviles honestos, esa calentura nueva que los aleja del solar nativo; y vestir, con severo ropaje de legítimos cuidados, el desnudo de su verdadero propósito: *echar una cana al aire.*

Es ya muy frecuente que las *familionas* de aldea cierren sus casas de abolengo y traspongan montes y crucen llanuras, silba que te silba y *runfla* que te *runfla* el tren veloz, para buscar alquilado, refugio cerca del *Conservatorio*, ó en las vecindades de la *Universidad*. Véase el móvil *honesto* del disparatado cambio: «Hay que perfilar la educación de las hijas; es necesario hacer *hombres* á los hijos. Si al lado de nuestra casona tuviéramos elementos para ello, no nos moveríamos de allí; pero no los hay... Preciso es que realicemos este sacrificio... Nuestra hija tiene aptitudes para la música, y sería *un crimen* que se malograsen; nuestro hijo cumplió ya los diez y seis años; hora es de que comience una *carrera*... ¿Cómo dejarle solo en edad tan peligrosa, expuesto á las insidias de camaradas perdidos y á los reclamos letales de indecentes mujerzuelas?...» He aquí, en substancia lo que dicen esos padres modelo, caminando hacia el propio martirio, para que no se agosten, á lo mejor de la primavera, los brotes artísticos de la hija filarmónica, ó con la mira de que el hijo no caiga en las garras del diablo cortesano.

Suelen invocar también el pretexto de la economía, generalmente desmenuzado por las señoras, con más pormenores y juegos de *las cuatro reglas*, que los enredijos de un ministro embaucador para explicar el

superávit ilusorio de un *perro chico,* frente al *déficit* real y palpable de cien millones. Y así resulta todo... Comienza la familia por alquilar un *piso* caro en Madrid, ó en la ciudad émula de los usos y remilgos cortesanos (que para el caso es idéntico) pues no parece ni medio decente (habla la señora financiera) que personas de ilustre cepa cántabra se metan en cualquier desván. (*Primer desequilibrio del presupuesto....*) Es necesario amueblar la casa, porque el transporte del mobiliario desde la aldea, cuesta un sentido... Por otra parte, aquellos trastos viejos... ¡son tan ridículos!... Y además, ¡cómo se ha de ir allá en el verano...! (*Sablazo hondo por algunos muebles pretenciosos de pino democrático y estilo miscelánea, bajo la careta de severo roble ó alegre limoncillo.*)—Comienza después lo más agrio, lo más pendiente, la cuesta de un calvario que anda el pater familias rozándose con todos los salientes, clavándose en todas las uñas, y derramando la sangre copiosa de este *Quevedo*, de aquel *Velázquez,* de esotro *Jovellanos*, que formaban un regular *libro*, del cual subsiste poco más que la *cubierta...* ¡Ah, montañés lelo, pobre zarandillo!... *Mister Mac-Ferland* dice que le *viste,* y, en realidad, le saca *los forros...* *Madame Fulard* abruma á *las damas* con montes de trapos y deja en cueros vivos la bolsa del *pagano*, del *editor*, del esposo desvaído, del padre mameluco... ¿Para qué más?... La criada, que *sisa;* los comestibles, que andan por las nubes; el carbonero, de cuyo tráfico lo menos negro es el carbón; y luego... el coche, el teatro, el

sport...; y, de contera, los *derechos* de portería, el *canon* del sereno, la baba molesta de mil y una bocas mendicantes, que parecen surgir de entre los adoquines del arroyo, y piden al dispendioso noviciado de los *paletos*, á la rústica bobería, el pago de un tributo hasta por estornudar... *Resumen de cuentas:* un aumento de gastos con el cual habría de más para costear al padre un cacumen servible, fabricado *ad hoc*, y dos carreras al joven universitario; y tal vez sobrarían *Jovellanos* y *Quevedos* para nutrir la dote de las hijas con mediana copia de tan reverendas estampas, y menos Conservatorio, es decir, *menos música.*

Padres he conocido que abandonaron la dulce calma de la vida montañesa por seguir á sus hijos hasta las aulas universitarias. Con ellos oían la explicación del profesor, entre la burla de los escolares y las sonrisas maliciosas de los bedeles. Amoscados y corridos los muchachos por el sambenito de la paterna vigilancia y por las mordaces cuchufletas de sus compañeros, antes rezongaban que aprendían, juzgando maltrecha la *dignidad* del bigote incipiente. Pronto los buenos señores, impuestos de lo ridículo de su papel, y del no muy airoso que sus hijos representaban, dieron fin á los paternos afanes, velando sus ojos de Argos con la cómoda pantalla de su apartamiento, y dejando al libre albedrío de la pollería el pararse á gustar los frutos de la Ciencia, ó el correr por billares, garitos y otros vericuetos de la moral ciudadana. Los mismos padres, aquejados de ese natural desequilibrio, secuela del paso rápido

desde la parsimonia del solar á las agitaciones de la urbe, no pocas veces llevaron sus ocios por tortuosas veredas; y si en los cascos ligeros del hijo mozalbete anidó la calentura de la juventud, en las entrañas del viejo roble lugareño se apresuró la carcoma. Ni el uno pudo librarse del naufragio, entre los vientos contrarios de la calle y el científico sumidero de la enseñanza oficial (cátedra versátil que sirve de asiento á todas las *escuelas*) ni el otro evitó que las salpicaduras del lodo urbano afrentaran sus canas... Y yo pregunto: ¿No podrían esos padres mantenerse tranquilos en el rincón de la casona familiar; y requerir, por otros medios, el provecho intelectual y la *disciplina* de sus hijos, ya que tanto les angustia el problema, sin temor á que malogren estos buenos propósitos los notorios inconvenientes de excepciones grotescas?... ¿No hallarán en España preclaros institutos que les brinden esas garantías?.. Pero ¡ah!.. entonces quitábase la disculpa, la *plataforma*; y los anhelos de *independencia*, de variedad, el culto á la Moda, tendrían que seguir ahogándose entre los recios muros pardos del vetusto caserón de aldea, con graves arrechuchos de la malcontenta *castellana*, y dengues y pujos de las *señoritas*, que han menester, para su dolencia, cataplasmas de afeites y vahos de multitud apiñada en el gran *sanatorio* de la *ciudad* corrupta.

¿Habrá tenido influencia en el decaimiento, en la casi anulación del régimen antiguo, la ley aquélla de 1820 aboliendo

los *mayorazgos?*... La circunstancia de ser uno de los tales nuestro don Celso, el patriarca de Tablanca, (1) me ha hecho meditar un poco sobre este punto.

Fueros de la naturaleza repugnan esa institución, que la conveniencia política y social de otros tiempos consagró en las leyes, y que todavía subsiste en algunas regiones, firmes baluartes del antiguo derecho foral. Parece que los hijos, respecto á los cuales no hay dos maneras de generación, deben ser equiparados, *en principio*, para el goce de todos los derechos familiares. Justificada, empero, la *primogenitura,* por la necesidad de mantener, en ya remotos días, el lustre de aquella columna histórica que se llamó feudalismo, y después, más blandamente, aristocracia, quizás hoy, ni aun por ese lado, encuentre fervorosos panegiristas...

Es de ciegos no reconocer que, en la actualidad, el movimiento indudable de los tiempos levanta, frente á los de la estirpe, otros prestigios, mejor fundados en el intrínseco valer de cada uno, en cabal armonía con los dictámenes de la razón. Por causa de una obra intelectual, más profusa, ciertamente, en folios y en discursos, que recta en su camino, mezclaron *filósofos* y hampones todo *lo viejo* en una pira, y con mecha de perversidad, inflamaron el petroleo de malas pasiones, de airada rebeldía, de *afán de subir*. Pero, en aquella pira gigantesca, hacinábanse juntos lo divino y lo humano; lo indestructible y lo

(1) Página 2.

pasajero; el aristócrata pervertido y las tradiciones venerandas; el faldero *abate* y nuestra sacrosanta Religión. La Providencia guardó bajo su manto *lo principal;* mas el fuego produjo gran mella en lo transitorio: por eso, las reliquias que de la aristocracia en pie subsisten, después de aquella catástrofe inmensa, como figura son y espectral *memento* de las grandezas que pasaron...

Hoy la raza nobiliaria desempeña, alrededor del Trono, el papel de sombra ilustre: no es más que eximio cortejo, heredada primacía, ocupando el sitial, que aun se juzga presurosa ingratitud dejar vacante; á la manera que existen en los *cabildos* esas dignidades de *Arcipreste, Arcediano,* etcétera, etcétera; testimonio de antiguos timbres; memoria piadosa; decoro de la *Mitra* en sus grandes *pontificales*; frente al ministerio luchador del Magistral y del Doctoral, y á la función docente del Lectoral, y á la gravísima carga del Penitenciario. Esa institución, como todas las de la Historia, y como los pueblos y los hombres, ha tenido los tres períodos que, con referencia á ella, puntualiza Chateaubriand (y era de *la clase*) en sus *Memorias:* el de méritos, el de esplendor y el decadente; ó lo que es lo mismo: la Edad de *hierro,* la edad de *oro* y la Edad de *barro.*

En las diamantinas páginas de *Pequeñeces,* medido hallamos cuanto de nuestros aristócratas podemos esperar, no obstante las Villasis, dignas de su alta cumbre, que pueden contarse con los dedos... ¿Para qué más, si actualmente ni la tercera parte de

la Nobleza rinde homenaje á aquella tradición española que está sobre los nombres, sobre la sangre; y sobre las torres y los dominios, sobre los blasones y las mesnadas: *la tradición de la Cruz?...*

Nuestros *nobles* se han embarrado en las charcas de la *crème*; airean sus pergaminos en el ambiente de la *última novedad;* y fumigan, con el *pebetero* de sus automóviles, el *olor á templo*, la peste reaccionaria, sagrado filial aroma, primera cláusula de la herencia que se les transmitió... ¿Qué harían en pro de sus *lugares de mayorazgo*, si las vinculaciones subsistieran?... Veranear en ellos cuando más, ó mejor dicho, brindarles el honor de compartir el verano entre el *señorío* y las playas coruscantes y los balnearios en candelero; exactamente lo mismo que hacen, y lo mismo que practicarían, con vínculo ó sin vínculo de tierra, nuestros montañeses desertores.

Guardaran los aristócratas su prez de cristianos; fuera en ellos pragmática el refrán *nobleza obliga;* entendiesen de una vez que todos los prestigios legítimos se riegan con sangre del Calvario y en el invernadero de Cristo se guarecen; y aunque los presentes no son tiempos de saltos atávicos, el *título* serviría de reverbero á las virtudes luminosas de los próceres, aumentando su claridad ante la respetuosa muchedumbre.

Nada se diga de los mayorazgos de pequeña entidad: mal podían servir de ayuda á los pueblos quienes en tapar las goteras del propio tejado, hallaban sobrada inversión de los ocios campestres. El *maestro*

nos presenta varios tipos de este jaez, que no parecen muy dignos de ocupar la sede patriarcal. Ni el buen Seturas, (1) ni el de Robleces, (2) ni los Gómez de Pomar, (3) sirven para tan alto destino. Al arisco don Lope del Robledal (4) le sobra mucha parte de lo inflexible y huraño, porque *gobernar es transigir* y además, sin la comunicación paternal con los súbditos, el gobierno de que aquí se trata es imposible. Y en cuanto á don Recaredo, el *gran elector* que desairó al finchado Peñascales, (5) no conocemos bastante la calidad de la madera y es imposible asegurar si resultará más á propósito para cayada pastoril que para látigo de mayoral.

Ciertas disquisiciones históricas de un conspicuo solariego en *Peñas Arriba* (6), y la especie de vinculación que, en su última voluntad, previene don Celso (7), hácenme, no obstante, suponer, por parte del *maestro*, así... como nostalgia del viejo estado de cosas.—Realmente, si la institución caducada hubiera ofrecido un aspecto más simpático (8), verbigracia, el solo

(1) *Escenas montañesas.*
(2) *La puchera*, páginas 56 y 57.
(3) Páginas 188 y siguientes.
(4) *Don Gonzalo González de la Gonzalera*, páginas 75 y siguientes.
(5) *Los hombres de pro*, capítulo XI.
(6) Página 229:
(7) Página 290.
(8) La institución de la *mejora*, que en nuestro Derecho subsiste como un paso hacia la libertad de testar, no tiene eficacia para que perduren las estirpes en el solar originario. Necesítase la tierra *vinculada* y la testamentifacción *libre*.

vínculo de la tierra; pero sin otorgar previamente los bienes y honores al primogénito, sino conservándolos para el más digno, tal vez llegara hasta nosotros engrandecida y realzada con un nimbo de prestigio que la hiciera capaz de cumplir en los *pueblos* el ministerio sublime que hoy vemos hecho trizas en manos espúreas, logrando retener por culto á los abuelos y por hereditario espíritu de sacrificio, los pujos *mundiales* que al presente dominan. Quizá entonces sería el *vínculo* un tesoro comunal más que un patrimonio gentilicio; algo semejante á los bienes de la Iglesia en tiempos antiguos, cuando el Clero y las *Comunidades* eran, más bien que *señores*, gerentes misericordiosos, cuya suave coyunda tanto echan de ver los colonos de nuestra generación liberal y desamortizadora. Y siendo así, ¿quién no defendería el sistema?... ¿Qué dificultades pudieran oponérsele?... ¿Acaso la desigualdad entre los hijos?... Educándolos á todos en condiciones de librar la batalla futura, cultivando aptitudes que son mañana garantías *económicas*, ¿dónde está lo desigual, lo injusto?... La dignidad, el valor, serían las bases de elección, y más temblara el elegido por el peso de la investidura, que se enorgulleciera con sus honores. Y si esto parece sueño de utopista, no se olvide que de troncos utópicos, así que fueron por la experiencia *sangrados*, y por la Ciencia pulidos, se han hecho las armaduras de los grandes palacios en la Historia.—Después de todo, mayor utopia juzgo, y no tan atractiva, la de pensar en la resurrección del *mayoraz-*

go... Si se diera el caso imposible de suscitar nuevamente la antigua ley vinculadora, caerían sobre ella las maldiciones de los *pueblos* sacrificados. El *señor* continuaría en *la Corte* ó en la *ciudad*, adormecido sobre el otro vínculo de sus hábitos dispendiosos, entronizado allá en el chapitel de su soberbia, y convirtiéndose, por la impunidad de la distancia, en exactor insaciable de sus míseros colonos. Llegado el invierno, que es la estación de las grandes tragedias para los pobres, mal se resignarían éstos á perecer de hambre y de frío puertas afuera de la casona tétrica y abandonada, emblema de una soberanía sin clemencia, de una riqueza sin caridad; fuero injusto del primogénito entontecido y muelle, ejercitado, desde la cuna, en la sola ciencia del capricho, y en el solo arte de la tiranía; porque fué el *primero* en el hogar *después del padre*, y le señalaron, ya en la infancia, un sitial más alto que el de los hermanos, amordazando el grito de la naturaleza y la protesta de la sangre; protesta y grito que nunca llegaron á la conciencia ni al corazón del ensoberbecido heredero, porque, ante ellos y sobre ellos, repetían eternamente las brujas de Macbeth su coro sibilítico: «¡Tú serás Rey!»

—

De intento he llegado hasta la minucia en el examen de las causas, que hoy estropean á la Montaña con un barniz de cosmopolitismo, asomando la curiosidad de sus hijos á las ventanas adonde quiso atraerlos el delicioso reclamo del bullicio mundanal; porque en todo ello están la amargura, el

martirio, el *via crucis* del alma patriota, cuando al buscar asilo en el vetusto hogar solariego, que se prometió animado por la brasa del tronco de encina y por el calor del vivir patriarcal, encuentra, sí, la huella del humo que fué; pero no el confortativo del fuego presente; y vislumbra, en aquellas reliquias, *algo* enervante, que ya no habla el verbo sereno de la historia no interrumpida, sino el lenguaje fúnebre de una lápida sepulcral. Y si el espíritu de un hombre, que tiene, por única luz de su penetración, la que sobre su entendimiento proyecta el foco del común patriotismo, tan honda tristeza sufre al contemplar en ruinas aquella sencillez, que toda era grandeza; aquella grandeza que siempre fué, á la vez, parsimonia en el regalo propio, culto á Dios, admiración callada é intensa ante la excelsitud de sus obras, y caridad para con los hermanos *pequeñitos*; ¿cuánto más profunda melancolía será la de Pereda, el primero entre *nuestros* patricios, el más ilustre de nuestros *pintores*, el más egregio entre los poetas del amor sencillo, de la vida laboriosa y humilde; el inmenso trovador que hizo su laúd con madera de vieja hidalguía y fibras de *la raza;* y parece que tiene en su maravillosa laringe rachas del *ábrego* de Cumbrales, y la majestad de la borrasca que hundió á *Muergo* en el mar, y el torbellino de las celliscas de Tablanca y Provedaño; al mismo tiempo que la calma serena de nuestros valles y la serenidad ultraterrena de nuestras *alturas...,* para lanzar sus anatemas contra los vicios *nuevos*, escondiendo las fulmina-

ciones de Isaías bajo la clámide de Horacio?

El *maestro* amó siempre lo patriarcal, y no tanto (con ser mucho) en los libros, como en la prácttca de su vida. Quizá, en el *genial*, tocóle algún nervio de don Juan de Prezanes, y tuvo, como él, (1) que *arrastrar su corazón por todas las asperezas* sociales; pero con su refinada susceptibilidad y todo, y con sus mismas debilidades hacia algún *Cutres*, que supo explotarlas, fué Pereda, mientras vivió castellano de Polanco, y en tanto su pueblo no se rebeló contra él (más por odio á *Cutres* que por desacato al patronato eximio;) y aun después de la rebeldía, el *hermano mayor* del Evangelio, el patriarca de aquellas laderas; y allí vivió *cuanto pudo vivir*, cerca de su blasonado solar, en una casa nueva, semi-palacio; pero con los *cuarteles* y las tradiciones de aquél guarecidos en lo más inviolable del pecho...; y ha visto cómo *aquello* se le escapaba, sin que su entendimiento colosal diera con las causas minúsculas; porque él, recontando á ojos cerrados los materiales para sus novelas, distinguía hasta los átomos, sin que se le escurriese ni un pelo, ni un grano de arena, ni un perfil; mas librando las batallas de la vida, no se fijó nunca en el lodo de *Cutres*, que le salpicaba la levita de su casta noble y de su individual señorío; pues toda la intensidad de su mirada, toda la anchura de su percepción, necesitábalas para abarcar lo grande, lo monstruoso de aque-

(1) *El sabor de la tierruca,* página 208.

llo; y *aquello* era... ¡la ingratitud!... Los directores del movimiento anti-perediano eran gente honrada, familia dignísima de afortunados trabajadores... Cuando apercibieron el *quos ego* de Pereda, ya era tarde para buscar fórmulas; ya no era posible retroceder; pero la mayor parte de la grey polanquina, fué ingrata siguiéndolos, porque ni aquel *pecado* era mayor que otros muchos *admitidos* en la vida, ni á un hombre como Pereda se le abre juicio sobre cualquier lunar minúsculo de su pulcra hidalguía, que hoy, ante el venerando sepulcro, no amengua los fulgores de su nombre inmortal... Bajo el obelisco de sus méritos, bajo la montaña de oro que *los Peredas* fueron sucesivamente donando á su pueblo, enriqueciéndole con *instituciones*, y satisfaciendo misericordiosamente el clamor de muchas bocas hambrientas, bien pudieron ocultarse aquellas *pequeñeces* de barrio.

He aquí al *maestro* probando, en su mismo solar, el jugo amargo que bebió en Coteruco el buen montañés Pérez de la Llosía. *Don Gonzalo González de la Gonzalera* fué un vaticinio...

Pereda terminó *Peñas Arriba* entre dos inmensos quebrantos: la muerte de su hijo y la rebeldía de su grey. Sin embargo, hace concurrir al noble don Román á los funerales de don Celso (1), para que, sobre el negro paño de aquella tumba, escriba la parábola del *hijo pródigo* , esperando siempre la resurrección de Coteruco y la vuel-

(1) Página 475.

ta al aprisco de las ovejas huídas, quizá porque en la mente del autor fingió su propia nostalgia la misma perspectiva risueña.

Enamorado impenitente de las costumbres seculares (y ofrenda de ese vivo amor son todas sus novelas de asunto montañés) (1), no se resigna á que desaparezcan; y con el júbilo del sabio explorador que hallara, en sus viajes, una pareja superviviente de cierta especie, que la Ciencia reputó extinguida, él nos presenta *vivo el patriarcado*, mas no el patriarcado teatral con su figurín admitido del viejo centenario de luenga barba, voz en trémolo, desvanecido mirar á las alturas, senda calva con circundante melena de nieve y las manos perennemente *impuestas* sobre filiales cervices siempre humilladas... no: el señor de Tablanca es *de carne* y *hueso*... «Trabajar de este modo (como él trabajó) donde exista la máquina (el patriarcado); y donde no, trabajar para construirla» (2); ésta es la *tesis* que nos hace caminar *peñas arriba*. Subamos, que el *maestro* nos llama desde la cumbre. Para alentarnos, con sangre de sus dolores ha escrito sobre la hoja de nieve que cubre la montaña su augusto lema: «¡Arriba el corazón!...» Y así pudo titularse la novela: *¡Sursum corda!*



(1) En el prólogo de *Sotileza* nos da, especialmente, prueba elocuentísima de ese amor.

(2) Página 139.

EL ESCENARIO

A la manera de uno de esos dibujos de Gustavo Doré, que añaden medrosas gradaciones á la poesía tétrica de las antiguas leyendas, cuyos volúmenes ilustran, se guarece Tablanca, pequeña, diseminada y silvestre, bajo el palio funeral de su cielo, que casi siempre llora, y al resguardo de unos montes altísimos y riscosos, que en húmeda penumbra la mantienen (1). El sol escatima cuanto puede sus visitas á aquel *dedal enorme* (2), cual si recelara que sus infinitas calorías no pudieran librarle de una bronquitis mortal; como si temiese que sus rayos miríficos palidecieran, contagiados de la melancolía, ceñuda emperatriz del paisaje tablanqués. A usanza de viejo prudente, asoma por la cumbre oriental, en días elegidos, bien entrada la mañana; y después de husmear cauteloso el misterio

(1) Páginas 72 y siguientes.
(2) Página 80.

de las oquedades adustas, recoge temprano sus mimadas guedejas y salva los picos del Ocaso, para acurrucarse tapadito una quincena, curando los escalofríos resultantes de aquella travesura.

Pero así, entre sombras y chubascos, entre neviscas y vendavales, entre castigos del tiempo y arideces de la vida, con algún claro del sol de la Naturaleza, y la perenne compañía de la resignación, fueron y siguen viviendo, sanas de cuerpo y fortalecido el espíritu, haciéndose viejas, y llegando á la agonía sin pavuras, y á la muerte dulce con el pensamiento en Dios, las buenas generaciones tablanquesas. Dejando transponer de cerro á cerro las modernas tempestades, y parapetándose tras la natural muralla de sus montes contra el enemigo sitiador, respetáronla innovaciones y osadías; dejáronla por menosprecio á su insignificancia, los *de la cumbre*, y por miedo á su tenacidad honrosa, los colaterales; y allá permanece, con la milenaria constitución del patriarcado, sin dejarse arrastrar por la fuerza *centrípeta*, ni recibir siquiera de la corriente *centrífuga* la pleitesía, burlona y fugaz, del tropel veraniego.

Ascensores labrados para cabras, por benevolencia del artífice que modelara los gigantes aquéllos, facilitan á los curtidos aldeanos la cuesta vertiginosa que á las cimas conduce; y una sola abertura, la estrictamente necesaria para no detener el curso del rio, pone al *mundo*, á ese mundo feble que no tiene el *sport* de los despeñaderos, en comunicación menos fragosa y

arriesgada con el lugar. Por la estrecha garganta se aprieta el rio, á veces murmurando, y otras rugiendo sordamente con su carga de turbios regatos y nieves deshechas, como si él fuera también de la *casona* y de la raza, y no le acomodara salir del valle, ni enhebrar en su líquida aguja el hilo de las raras existencias que en el solar se ahogan, y buscan, soñando, el ancho respiradero de las extensas llanuras ó la gran pocilga de las ilustres ciudades.

Tablanca es la última reliquia del gobierno patriarcal, y cuantos la *vivimos* en Pereda, y nos preciamos de conocer un poco á éste, y hemos nacido y pasado muchos años de nuestro vegetar en la Montaña, comprendemos que la aldea recóndita donde las escenas de *Peñas arriba* principalmente se desarrollan, es, para el gran novelista, nuestra *Covadonga*, último baluarte de la generación que muere, y quizá, en un sueño atrevido, al vivero donde se prepara la generación reconquistadora de lo que, por sino aciago, perdieron las mudanzas de los tiempos y las veleidades de los hombres. En una palabra: por su apartamiento y aire primitivo, es Tablanca la propia decoración donde puede la *tesis* deslizarse entre pasillos, solanas y escaleras de la casona de don Celso; y sentarse al amor de la lumbre con los tertulianos de la noche en su cocina humosa, y campar en el estrado, única *llanura* de la aldea (1), charlando amistosamente con el señor de Provedaño, si no prefiere gatear por los montes

(1) Página 86.

con Chisco, el estoico valiente; con Neluco, el amador de la Naturaleza; con don Sabas, el profeta *de las alturas;* ó encenderse en los ojos de Lita cándida, para obtener por fascinación, lo que por sereno discurrir no consiguiera de los hombres.

Nuevo Diógenes peregrino, buscó el *maestro*, con su linterna reverberante, un pueblo virgen, cursando las amplias carreteras de la Montaña, y viajando en todos los ferrocarriles que hoy sirven de arterias á su cuerpo secular; pero ni los modernizados valles del centro, ni las umbrosas laderas que los circundan, ni las costas incensadas por los vivificantes aires del mar, diéronle sede para su excelso pensamiento. Sólo encontró caciques malignos ocupando los antiguos sitiales de los patriarcas; moradas solariegas con sus estrados á la condición de míseros pajares descendidos; *pollos* rurales y señoritas aldeanas que pretenden imitar, con desairados corcovos, las gentiles cabriolas bailarinas de sus congéneres de *la ciudad* y de la Corte.

Fuése por lo más halladero, y en Cumbrales topó con don Pedro Mortera y el *montañesuco* Pablo: ambos sabían obtener rebosantes cosechas en *cierros*, prados y maizales, y sendas ternerillas de sus vacas lustrosas, y ejercitar cristianamente la misericordia privada; mas dejando á la política que meditara y consumase el público descuartizamiento... Ya Nisco y Chiscón tristemente vegetan, y al igual de Cutres (1), se les ponen de punta los ásperos ca-

(1) Personaje ya anteriormente aludido que da

bellos, cuando el *tren* pasa culebreando por las praderas, é hinchendo los ecos de la *Marina* con sus bravatas de cosmopolitismo y sus himnos de civilización.

Preguntó en Coteruco por don Román Pérez de la Llosía, y respondiéronle que en Santander continuaba, siempre con la esperanza de que alguna vez se arrancase la costra de sus nuevas manías el pueblo ingrato... Entonces Pereda calzóse las botas de montar; dejó atrás las vías férreas y los anchos carriles del Estado, al trote de una yegua de hidalguejo que don Lope del Robledal (1) pudo agenciarle, y llegó hasta el señor de Provedaño (2), demandándole ayuda para formar el vivero de los patriarcas futuros; pero díjole aquel sabio y patriota que no era, la de su vetusto solar, tierra donde medrase tal casta de viveros, porque rachas de vientos salvajes los agostaban al nacer... Aquellos poderosos ánimos del solariego polanquino se redoblan; parece que las contrariedades elevan su corazón y espolean á su rocinantesca montura; y camina y vuela, con la mirada fija en las altas cúspides, que se le muestran á lo lejos como anfiteatro colosal, dispuesto para las fieras luchas de los gi-

---

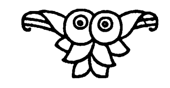
nombre á una magistral semblanza, publicada en la miscelánea *De Cantabria*, y que fué incluída en el último libro del maestro, lanzado á la crítica poco antes de su muerte. Nisco y Chiscón figuran en *El sabor de la tierruca.*

(1) El tipo, á la par excéntrico y grandioso, de don Lope vuelve á hacer su aparición-relámpago en la página 478 de *Peñas arriba.*

(2) Páginas 203 y siguientes.

gantes legendarios... Allí debe estar el término de la peregrinación; allí donde quizá los aires, no contaminados, respetan la virginidad de las costumbres seculares; donde el corazón humano se santifica y el entendimiento no vive del flaco elucubrar, sino de las inspiraciones grandiosas; allí, donde la Naturaleza canta el evangelio de las magnificencias de Dios; allí donde ponen su nido las águilas y viste la nieve con su manto de pureza las cumbres de las montañas y la pobrísima choza del hombre.

Corriendo y avanzando el novelista insigne, llega junto á la muralla inexpugnable de los montes y, de pronto, un rumor vago escucha, que le parece cariñosa llamada... Es la voz de aquel rio tablanqués, erizado y hosco para los que se marchan, riente y hospitalario para los bienvenidos huéspedes... El *maestro* se interna, y siguiendo la garganta del rio, gana el valle, pisa Tablanca y habla con don Celso, con Neluco Celis, con Lita, con todos... ¡Eureka!... Ya encontró lo que buscaba; ya tenemos la Covadonga del moribundo patriarcado montañés... ¡Levante don Sabas en la más enhiesta cima el sacro pendón y la trompa dormida venza su modorra llamando á Pelayo!...





Sinfonía bucólica de la comedia ejemplar



El Patriarca

De carne y hueso, ya lo dije; cortado en buena luna y rico de nervios era don Celso Ruiz de Bejos, señor de la *casona* de Tablanca; generalmente «regocijado y expansivo», pero algunas veces poníase «hecho un erizo y hacía que todos anduviesen en un pie» (1). Cuando, gracias á Pereda, le conocemos, es un venerable octogenario, roble impávido hasta la antevíspera, como quien dice (2); mas, de súbito, comenzó á sentir en sus entrañas el roer alborotado de la carcoma, pregonera de los muchos años, que allá venía rebullendo silenciosa, como en conspiración, desde sabe Dios cuándo.

(1) Página 49.
(2) Página 4.

Salva don Celso el último grado de la penumbra; ya se aproxima á la sombra mortal que le acecha y, sin embargo, la voz del espíritu activo se deja oir en él, dominando las angustias del cuerpo deshecho, (1) como reprimenda cariñosa de la madre, que ahoga el llanto, al hijo doliente, para convencerle de que se queja sin razón, con objeto de alentar un poco su postrado latir.

La vida del caduco patriarca se deslizó en el rincón montañés, suave, calmosa, ecuánime, humildemente severa, sin relámpagos ni celliscas en la conciencia. Solamente aceleraban y descomponían el ritmo del sano corazón las malaventuras de aquellos *hermanos pequeños* que la Providencia colocó bajo su tutelar cuidado, porque don Celso era en Tablanca la encarnación de la dignidad paterna, con amplio ministerio para encarrilar los pasos de la rústica familia, y con todo el elástico de la humana longanimidad en tensión para indultar á los reos de la pena que sus fugaces extravíos merecieren, y mantener en perpetuo fluir las corrientes de toda caridad.

Palpita el amor de don Celso en la carta que paladeamos al saludar la novela; en las manifestaciones de Facia, de Chisco, de la familia de la Castañalera, de la matrona de Robacío; y subiendo la escala, en lo que dice el buen Párroco del lugar, perito en el sondeo de las almas; en lo que asegura el *mediquillo* tablanqués, muy co-

(1) Página 7.

nocedor de los achaques del cuerpo y aventajado práctico en los negocios del espíritu; y, por último, ya sobre la cima, en lo que discierne el austero señor de Provedaño, macizo sabedor de aquello que los libros cuentan, y escarmentado patricio de lo que enseñan los hombres.

Unas palabras se leen, acerca de don Celso, en el primer capítulo de *Peñas arriba*, que harto contradictorias parecen: «Era hombre campechano, de escasas letras y *excelente corazón*, agudo de magín y un tanto marrullero, como buen montañés y *más cuidadoso del cultivo y prosperidad de sus tierras y ganados, que del fomento de su cariño á la familia que le quedaba; dejadez que á ratos tocaba en una indiferencia que parecía rayana del absoluto olvido»* (1). Lo *excelente* del corazón y el poco apego á las ternuras familiares no se pueden conciliar, á mi humilde juicio, si no se aclara el por qué de tal indiferencia. Ese don Celso que vive como ratón en despensa de nabab, ó como sabandija en la grieta del muro, brindando á las raíces que ahincan en la tierra el jugo dispuesto por el mismo Dios para que de él se nutran las otras raíces que en el corazón se anidan y se oprimen...; ese don Celso que se arroba y deleita con el mugido de la ternerilla en el mimoso establo, y, en trueque, no escucha el íntimo balbucir de los cariños que recibimos con la sangre, y que son, para el hombre, la fuerza que le impulsa en los grandes arrestos de la juventud, y el pun-

(1) Página 7.

tal que sostiene la columna inclinada en la gran decadencia de la ancianidad..; más parece, á juzgar por el infiel retrato, un próximo deudo del Berrugo (1) que la encarnación viva del patriarca montañés; del patriarca, sí; porque según lo que de él se nos cuenta en *Peñas arriba*, cepillándole un poco la corteza del *genial,* y volviendo á su interior alacena, las ristras de *ajos* que de ella salían...; aquel hombre de alta caridad, de esa caridad que avanza, nadando con la robustez de brazos que el Señor la presta, contra la corriente de los ajenos desvaríos y de la misma ingratitud; aquel hombre misericordioso, con esa misericordia que boga sobre las olas de un mar de pasiones, hasta descansar en la playa donde los serenos ángeles la infunden, con su beso de paz, la celeste virtud que siempre la hará vencedora, cuando luche contra el propio *barro de humanidad*, contra la tormenta que en el más generoso ánimo provocan las rastrerías del mal agradecido prójimo...; aquel don Celso que, por saturación de altruismo, hasta los casorios aldeanos concertaba... (2); «el hombre de prestigio bien ganado, eje fundamental de *aquella* máquina de ruedas inteligentes» (3), que era «el padre y la sombra de Tablanca» (4), poseedor del instinto de ver el lado práctico de todas las cosas, y agraciado con la virtud de impo-

(1) *La puchera,* página 53 y siguiente.
(2) Página 117.
(3) Página 139.
(4) Página 174.

nerse á las muchedumbres más indóciles y arrastrarlas hasta los últimos extremos de lo heroico (1); cumplidor de un ministerio altísimo en la pobre aldea (2); por los notables enaltecido con rara unanimidad; y que llega á morir aunando la contricción de la mísera criatura y la majestuosa voluntad postrera del padre *que se va*, del Soberano que muere; é implorando del Sacerdote el rocío de la bendición litúrgica, y obteniendo de los aldeanos, sus hijos, el rocío de la bendición de lágrimas...; ese hombre de tan sencilla grandeza; *rey*, sin que lo declaren pragmáticas, y *padre* por la voluntad de Dios, y la suya, y el filial homenaje de la aldea, bien pudiera vivir en una página del Antiguo Testamento sin que el augusto *patriarcado* se escandalizase. Gobierno patriarcal era el suyo que se interpolaba con el ejercicio del Poder del Estado achicándole, dominándole, declarando autónomo el ambiente rural, para que libremente los tablanqueses le respiraran sin miedo á las forasteras infecciones (3). ¡Que no es idéntico al patriarcado antiguo, porque este absorbía todos los Poderes, y gobernaba todas las órdenes de la actividad humana, desde el religioso hasta el económico?... ¡Bien!... Pero fijándonos en lo puramente *social*, y hasta en algo de lo jurídico, y en mucho de lo financiero: ¿no era don Celso la clave de la organización aquélla, el eje, según dice Neluco Ce-

(1) Página 213.
(2) Página 427.
(3) Página 188.

lis; el consejero, el juez, el director, el modelo, el alma de Tablanca? ¿Cómo le llamaremos, de manera que la palabra se adapte á lo que quiere designar? Si patriarcado vale tanto como decir *gobierno del Padre*, y don Celso es el castizo padre de los tablanqueses; ¿para qué hemos de quitar á lo principal aquello que, por repulgo, damos á lo secundario, discutiendo al benemérito Ruiz de Bejos la plena dignidad de patriarca?—«La casona de Tablanca y el pueblo—nos dice el novelista por boca de uno de sus personajes—han llegado á formar un solo cuerpo, sano, robusto, vigoroso, cuya cabeza es el señor de aquélla. Todos son para él, y él para todos, como la cosa más natural y necesaria. Prescindir de la casona equivale á decapitar el cuerpo; y así resulta que no se toman por favores los muchos y constantes servicios que se prestan entre la una y los otros, sino por actos funcionales de todo el organismo.» Y como don Celso y la *casona* son una cosa misma, tenemos en el octogenario la cabeza visible de aquella ruda colectividad: él ha consumado la «gran obra de defensa contra las oleadas maleantes que llegan hasta aquí (hasta la aldea) en épocas determinadas desde los absorbentes centros políticos y administrativos del Estado.» A los pies de esa muralla se estrellarán mil veces «las pomposas vociferaciones de los charlatanes y traficantes políticos; ni la aduana del celoso cuidado patriarcal, con sus depurados aranceles de cordura y decencia, «permitió jamás que de contrabando se deslizara la prohibida

mercancía de los merodeadores políticos que vienen á explotar la ignorancia y la buena fe de estos pobres hombres» (los tablanqueses) (1).

La casa de don Celso era la casa de todos; su cocina, el club, el casino, la Bolsa, el Tribunal, la agencia de todos los negocios, la *pizarra* de todas las combinaciones, el público taller de los toscos artesanos (2). Entre sus ahumadas paredes aleteaban rústicos amores y suspiraban las inquietudes y los duelos plañían. El fuego de aquel hogar *visible* entonaba los cuerpos; y el calor de aquel invisible espíritu que allí dominaba, fortalecía las almas. Derecho á la brasa perenne y á los inagotables consuelos: éste fué siempre el primer artículo de la *Constitución* en la casona tablanquesa. Y como la choza patriarcal de los remotísimos tiempos, é igual que la morada del tribuno romano *de la plebe*, jamás cerró sus puertas *la casa de todos* á ningún hijo de la aldea. Más que una particular hacienda, ceñida por sus muros y garantizada, en su exclusivo disfrute, por el derecho, parecía la casona de Tablanca edificio alquilado por la comunidad, con un guardián de lujo, que era don Celso.

Y el guardián custodiaba envidiable tesoro: el tesoro de los pobres; y no una riqueza metafórica, sino palpable «en cartuchos largos y cortos, gordos y flacos, de monedas de oro todos ellos», cuyo exacto valor nunca quiso el celoso custodio averi-

(1) La misma página y la 139.

(2) Páginas 246 y 247.

guar (1). ¿De dónde procede aquella copiosa reserva?... «Las fuentes que lo han ido manando... no están en las pobres tierrucas ni en los ganados de Tablanca; otras hay muy lejos de aquí (de la aldea) y viejas en la familia, de mejores manantiales.»—Don Celso no es un avaro: «cada uno—dice—tiene su modo de matar pulgas»; y él mata, por ese método, la pulga de las necesidades que sus pobres convecinos sienten. «Las mermas de ello dependen de las necesidades que hay fuera de la casona (sigue hablando el patriarca) y de aquí han salido muchos de los que estas gentes creen milagros míos.»

Los hacendistas de hoy lanzarán sobre él la excomunión mayor de sus cálculos, y pulsando, con los tentáculos de su magín los cartuchos largos y cortos, gordos y flacos, demostrarán, en un dos por tres, la imbecilidad de don Celso, que pudo muy bien desemparedar aquellos relumbrantes embutidos, lanzando á los rápidos saltos de la *circulación* su prisionero caudal. Pero el señor de la casona volverá á repetirles que él así mata las pulgas; y aun pudiera citar como justificación (por lo alto del ejemplo) que así las mataba también el Príncipe de Bismarck con su famoso *Tesoro del Imperio*, para las imprevistas atenciones de una guerra posible. Después de todo, ¿no había en Tablanca una guerra eterna, con ligeros armisticios é ímpetus frecuentes; la guerra de los humildes contra la estrechez?

(1) Página 275 y siguientes.

Nuestro viejo hidalgo campesino encarna el amor al terruño y el amor á los *hermanos menores* que le rodean. Es el primer apóstol de la vida patriarcal, y, en su concepto, huir de los paternos lares, con sus íntimos goces sencillos, y con sus graves responsabilidades y cargas, delito es de los nefandos, crimen de infidelidad, mácula de bochornosa deserción, para la cual no hay bastante castigo. Indígnase y maldice contra los Gómez de Pomar que vendieron su casa de abolengo «por un pellejo de vino» (1) hazaña émula de la que realizara el primogénito de Isaac, aunque mucho menos transcendente; y quizá ese amor, ese rendimiento á la tierra nativa, divorcióle de aquel hermano suyo, que se vió rico fuera de Tablanca, y no quiso mostrarse atado á la tierruca con otros lazos, sino el muy leve de alguna morosa é intermitente remembranza. Se acusa, como ya copié, á don Celso de olvidadizo para con los de su sangre. ¿Olvidadizo él, que por afecto á sus lares, por homenaje al abolengo, desempeñaba en el solar de las fenecidas é ilustres generaciones el papel de tutor de los vivos, como natural causa-habiente de los muertos? En el heredero revive la personalidad del causante: por eso, don Celso era allí como el resumen de las memorias, como el solemne coro de las almas, como el vaso de toda la sangre, como el encarnado alentar, esperar y querer de todos los Ruiz de Bejos que

(1) Página 184.

pasaron por el mundo. Y en este concepto, ¿debía él amagar deserciones, yendo hacia *los demás*, ó eran éstos los obligados á venir hacia él?

Un día, sin embargo, nota que el edificio de su cuerpo robusto se cuartea (1); y aquel hombre, que vivió para Tablanca, siente que muy pronto cerrará sus ojos á las cosas de la tierra. No le sobresalta dejar á la tumba su herencia de huesos, ni al descariño de la mano extraña, tal vez de la mano incógnita, su herencia de caudales, por los caudales mismos... Vivió su *prorrata* doblada sobre la haz rugosa de los campos lugareños y el fantasma de la muerte no espanta su conciencia; pero sí oprime y desvela su sentir... ¿Qué será del pueblo huérfano? ¿Qué será de su obra?... La columna que Absalón edificó en vida para después del sepulcro (2), previendo la ignominia de que nadie honrara muerto al que derrochó su juventud alzándose rebelde contra el trono y la autoridad del padre, y anteponiendo á todas sus acciones el signo *menos* de lo negativo...; aquella columna, monumento de la soberbia y befa de la honra, no libró á sus huesos del escándalo con que sellaron el baldón toscas piedras, amontonadas sobre su tumba, como para borrar el nombre maldito. Ese lúgubre modelo se graba en la mente de todo el que, abominable ó meritorio, *edificó* algo... ¿Será la obra de don Celso memoria pasajera que la posteridad

---

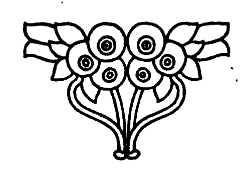
(1) Página 4.

(2) *Los Reyes* cap. XVIII, vers. 16.

rechace y anule cual la columna de Absalón?... ¿Podrá repetir, sin el fantasma de lejanías fúnebres, la frase de consuelo que hace menos amarga la última hora de los padres, cuando ya en el umbral del cementerio, parecen resurgir en sus hijos: *non omnis moriar?*... ¿Vendrán el centralismo y su corrupción, la Moda y sus desvaríos, á traer las piedras ignominiosas con que profanen mañana las reliquias morales del patricio, y borren su nombre, las propias ovejas de su redil, los mismos hijos de su alma?...—Y estas nubes se aglomeran, y estos huracanes rugen, y estas tormentas descargan sus haces de alígeros rayos sobre la cabeza de aquel hombre desfallecido; porque ya palpa las tinieblas de lo porvenir en el crepúsculo de la tarde, á cuya luz pálida, muriente, comienza á dibujarse la mortaja del frío en la carne flácida y en la desplomada osamenta, como anuncio de la *guadaña*, que asoma su filo; de la garra, que apresta sus agudos vértices; de la soledad, que desdobla y avanza su manto asfixiante; de la hoya, que profundiza las tinieblas de su arcano; de Dios, que abre ya el *juicio*, apoyada su diestra en el *libro* tremendo... Y don Celso, aterrado, llama á *su sangre*, para que venga á ocupar el solio campesino...

¡Pobre Tablanca, si á la hora de transponer la cumbre del ocaso tu sol moribundo, no aviva para tí nueva antorcha la Misericordia que vela por los humanos!... ¡Feliz tú si, entre los sollozos de la orfandad, hallas causa y aliento para entonar el himno de los *nombres* que perduran,

deletreando, sobre el negro tapiz de la muerte, la empresa de oro, el grito dinástico que triunfa del sepulcro: «¡El Rey ha muerto!... ¡Viva el Rey!»





El Cura de Tablanca



Senador por derecho propio, *brazo eclesiástico* en aquel rústico *senado* de la casona, era don Sabas Peña, Párroco del pueblo, «buen amigo, buen cumplidor de sus deberes, eso sí, y muy docto en latines de todas clases..., y en poner una bala en el corazón de un oso sin que le tiemble el pulso... No se le conoce otro vicio».—Por ser *palabra* de don Celso esta biografía relámpago, bien merece que yo aquí la copie sin quitar una tilde (1). Algo, y aun algos, rebajarán *los del arte,* cuando tamicen las elegancias latinistas de don Sabas y vean lo que de ellas se nos cuenta en sucesivas páginas; pero si nadie llegó en el pueblo á beber de la fuente Breviario, que para el Sacerdote con tanta prodigalidad manaba; ni menos aplicó sus labios á las aguas cristalinas de otros (*secundum artem*) más altos

(1) Páginas 60 y 61.

manantiales que nuestra lengua matriz posee, bien podía el digno anciano dárselas de rey en tierra de ciegos, y llevar con prestigio, por ese lado, su *teja* castiza y su amplio balandrán.

Por lo que toca á sus primores cinegéticos, alguno dirá que nuestro don Sabas tal vez relegó, por la caza del oso, *la pesca del hombre*, ministerio de su dignidad sagrada; pero ello fuera hipótesis de ligera crítica, porque no había en Tablanca espantables tiburones á quienes aguardar con el arpón preparado, ni siquiera pececillos que requiriesen el piadoso anzuelo. Imperaban la Fe y *el vivir á la antigua:* por eso el Párroco tenía que ser meramente *conservador* de tan puro relicario; y al único fin de espantar el polvo que le desluciese y los mosquitos que pudieran mancharle, bastaba aquel su agradable y suelto oficiar en la iglesia (1), «donde hablaba desde el altar mayor bastante al caso y á la medida del entendimiento de sus rústicos feligreses», amén del más constante y más intenso predicar de la buena conducta, que no tenía mácula en el Párroco tablanqués.

La caza del oso, dicho sea en verdad, pudiera ser motivo para que algún escrupuloso canonista motejase de inobediente al Cura de Tablanca. La caza *pacífica* está permitida á los eclesiásticos; pero se les prohibe la llamada *clamorosa*... ¡Y cuidado si hay *clamores*, si hay ruido en la caza del oso, desde los bramidos tremendos de la fiera y el retumbar de los escopetazos,

(1) Página 107.

hasta el ladrar estrepitoso de la jauría, y las prevenciones anhelosas *de puesto á puesto*, y los gritos de triunfo ó de terror, sobre todo, el *ujujú* castizo, el relincho que pudiéramos llamar himno selvático de los netos *montañeses* cerriles!... Sí; lo que es en punto á clamores, ya tendría donde hincar el diente cualquier canonista superfino en la epidermis, no fácilmente vulnerable, del sencillote don Sabas. Pero los cánones (dícelo su mismo nombre) guardan una muy acusada suavidad; adáptanse al *distingo* del sabio, y otorgan á los tiempos, y dan á las costumbres, lo que uso y tiempos de su propio fuero piden. Son tan equitativos, que á su maternal sombra puede el arriscado Párroco montañés ir á la cabeza de sus feligreses, hechos á las altas cimas y á las nieves sempiternas, á todas las inclemencias del recio temporal y á todas las asperezas de sus senderos de cabras y de sus cumbres que besan el cielo; puede, sí, y debe marchar, participando del rudo ejercicio que es allí casi toda la vida; siendo el primero en valor, como lo es en latines; el más diestro en matar á la bestia terrible, como es también el mejor tirador desde el púlpito, y en la casona, y en el confesonario, y en los picos soleados, y en las obscuras callejas, que sabe enfocar las sencillas almas de sus feligreses, y afirmar la puntería, hiriendo y matando las alimañas interiores que nos roen, ulceran y destrozan, mientras vacilantes andamos por los caminos de la tierra. Es el capitán de tropas hirsutas, el pater-familias de cachorros temerarios, más que de hombres; el

domador, más que el pastor, de cabras silvestres; y su evangelio del Bien y del Mal tiene que ser predicado también en las montañas, con los argumentos del fogonazo que deslumbra la vista, con los estruendos que llenan los oídos de retemblores épicos; entonando el salmo del Bien al subir las áridas cuestas, para salvar al conterráneo, al hijo, que perece bajo la nevisca; y atacando al Mal en el corazón del oso dañino, amenaza y espanto de aquellas perdidas alturas (1).

No es Tablanca la urbe pulimentada, en

(1) Para mí es casi un principio que las *maneras* del Sacerdote han de variar, según la índole de las respectivas feligresías. No hace muchos años conversaba yo en el Sardinero con el excelentísimo señor don Francisco Bustamante, Presidente, á la sazón, del Tribunal Supremo, y escuché de sus labios lo ocurrido en un pueblo de la provincia de Valencia, cuyo Párroco fué asesinado en su misma iglesia, quedando ésta y los feligreses en la triste situación de *entredicho*. No había un valiente en toda la archidiócesis que se atreviese á tomar sobre sí la pesadumbre de tan ingrata herencia; de modo que la excomunión subsistía con grave peligro de las pocas almas fieles, cuando se presentó á su Eminencia, el Cardenal Arzobispo, un clérigo, pidiéndole que levantara el terrible veto, y le otorgase la dirección de la turbulenta parroquia. Entre admirado y temeroso accedió el Arzobispo; y aquel hombre, con vocación de misionero en China, dióse prisa para llegar al famoso pueblo. Hízolo en sábado, ya entrada la noche, y, al franquear la casa-rectorado, tuvo ocasión de fijarse en varios *mozos crúos*, que mal encubrían, tras los embozos de sus mantas *del país*, el siniestro mirar de la cara *feroche*. Llegó el domingo, y á poco más del alba, vióse lleno de gentes de la misma catadura el atrio de la iglesia. De pronto, abre el Cura la ventana de su cuarto, encárase un trabuco naranjero, apunta á

todas sus manifestaciones exquisita, que siente la precisión de un hombre correcto, perfilado, cumpliendo el alto ministerio de apacentar las almas, no: es el pueblo recóndito, sustraído á la corriente de los tiempos, gracias á las sierras, inaccesibles casi, que de estuche y muralla le sirven, ingentes montañas cuyos ásperos granitos y erizados matujos parece que se reflejan, como por arte de moral espejismo, en lo riscoso de la corteza humana, que oculta los sentimientos de natural hidalguía, de neta humanidad, de heroísmo cántabro, de esa médula de la raza que impele á los montunos rudísimos hasta las fragosidades de lo más alto, en procesión misericordiosa, para rescatar la vida del hermano que se pierde entre el sudario de la nieve, á los pavorosos mugidos de la cellisca, sin

---

la campana mayor y... ¡Prruumm!... No se sabe si rompió la campana; pero el efecto del cañonazo debió ser enorme. Quédanse los de abajo con un palmo de boca abierta, y el nuevo Párroco, adelantando el busto, les dice: «¡Así toco yo á Misa!... ¡Ya está hecha la primera señal!...» Y aseguraba mi respetable interlocutor que fué aquel pueblo, en adelante, rebaño de mansos corderos. La forzada guapeza del pastor se impuso al lobo y guardó las ovejas.

Recuerdo también que, por incidencias de la vida, nombraron Párroco de un pueblecillo á un Sacerdote de gran virtud y mucha ciencia. No acostumbrado á la llaneza del púlpito rural, sus homilías parecieron *griego* ininteligible á los feligreses. «Mejor nos iba con don *Fulanuco*»—decían—y don Fulanuco era un Cura *de misa* y *olla*, que no supo nunca quienes fueron Bossuet y Massillón; pero que se las arreglaba divinamente para ser escuchado y entendido.

mirar el peligro de aquella movible pálida mortaja, que transforma en alternativo cementerio las agudas crestas y los abismos nunca sondeados.

El pueblo primitivo, con su vetustez sencilla, con sus labriegos y cazadores forjados á martillazo limpio por la Naturaleza, jamás hubiera comprendido la teología, la filosofía y el urbano porte de un Sacerdote á la moderna... Recibiérale como á extraño ser de otra raza, y por manos ignotas modelado: y perdiérase la palabra de sus labios docentes, vaga como los ecos de tempestad remota al llegar á los montaraces oídos de los feligreses, cual se pierde la escogida semilla del sembrador más diestro en la tierra que no fué, de antemano, dispuesta para recibirla. El único posible pastor de tal rebaño es don Sabas..., rudo, como aquél, en la epidermis, para que le reputen *criatura humana*, y de él no se espanten; primera lanza en la rústica valentía (1), y primer trovador de las cúspides augustas y del mar lejano, mostrando allí, sobre las cumbres, el diamante en bruto de un arte que *abajo* le niega sus luces (2); y el primero también para sentir cariño de hermano y ternuras de padre junto al lecho del moribundo, y donde quiera que humanas cuitas llamaban á las puertas de su corazón (3). Y así, la piel tosca era como reclamo que hacia él atraía la rudeza circundante; y la brasa de la caridad,

(1) Páginas 107 y 108.
(2) Página 155.
(3) Páginas 424, 426 á 428 y 438.

su inspiración de artista y la ciencia que aprendiera, más en los hombres que en los libros, títulos fueron á la dignidad paterna, al báculo de pastor y al sitial de maestro, que le bastaron para enderezar los destinos de Tablanca humilde, cual vidente cómitre de nave segura que, sobre los cambiantes lomos del oleaje, deslízase con rumbo á las playas eternas.

Don Sabas es... el Cura *de Pereda*, el tipo del *padre* que se necesita en los pueblos de rudimentarios usos y horizontes mezquinos; *de misa y olla*, como despectivamente murmuran algunos que á fuerza de mundo, *ciencia* y barnices diversos, no han logrado más que hundirse en la charca y salpicar de lodo á cuantos les rodean. «No se hallará en él—dice el médico del pueblo—al apóstol de gran elocuencia y mucho saber, pero sí al hombre de buen sentido y grandes virtudes, consistiendo la mayor de ellas en ignorar que las posee (1).

De fijo que el Párroco tablanqués bebió en las mismas fuentes que el de Robleces (2) y debía ser, por lo menos, primo hermano suyo el buen don Alejo, á quien no satisfacían determinados predicadores á la moderna, porque echaban «margaritas, y margaritas de pega, á estos animalucos» (*estos animalucos* eran los de su grey) hombre austero que no tenía más vicio que el de pescar, ni otros caudales que los que llevaba consigo: «esta levita raída—le dice al sobrino de *la Galusa*—y estos calzones

(1) Páginas 143 y 144.
(2) *La Puchera,* páginas 213 y siguientes.

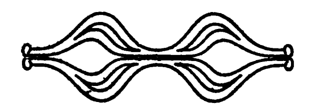
con la culera remendada».—Y no fueron, de seguro, muy lejanos parientes de don Sabas, el Párroco de Coteruco, que también penetraba el *cantar* de las cumbres (1), ni el de Valdecines (2), á quien pensó *tentar*, con sus pujos de catecúmeno, el hijo loquinario del doctor ateo; ni aquel don Justo, Cura del pueblo anónimo (3), y mal despachado consejero del matrimonio Cerojo; ni el *Pae* Apolinar, desdichadísimo panegirista de *los Santos Mártires*, pero que tan admirablemente predicaba la caridad práctica, regalando á Muergo, rey de la mugre, sus únicos pantalones (4); ni aquel bendito Párroco de Villavieja (5) el cual, para defender el Misterio de la Santísima Trinidad contra un periódico indígena que se atrevió á blasfemarle, no tuvo más que esta retórica y esta teología, diluídas en un mar de verdaderas lágrimas: Que se ataquen ciertas enseñanzas de la Iglesia, aunque resulte muy amargo, no es ya nuevo; «pero que se niegue á Dios uno y trino, y aquí, en Villavieja... ¡qué barbaridad!»... Y lloraron con él los feligreses, porque había dicho, para moverlos, cuanto era menester que allí dijese...

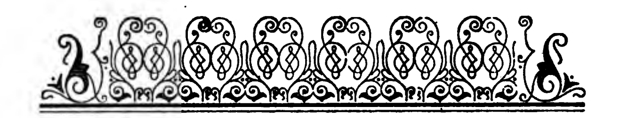
No creo que sea nadie capaz de imputar al *maestro* la opinión de que así debieran ser todos los ministros de Dios, y menos en los actuales tiempos, que, plusquam-

---

(1) *Don Gonzalo González de la Gonzalera*, páginas 55 y siguientes.
(2) *De tal palo tal astilla.*
(3) *Los hombres de pró*, páginas 17 y siguientes.
(4) *Sotileza*, página 19.
(5) *Al primer vuelo.*

refinados en sí mismos, piden, hasta para las minucias, escenario más pulido y actores *de cartel;* pero si el inmenso novelista hubiera gozado el don de refrenar el galope de los años, en lo que al *espíritu de la tierruca* mira, estoy por jurar que viviera siempre contento en tertulia diaria con *el* de su Cumbrales, y carteándose á la llana con los de Robleces, Coteruco, Valdecines y Villavieja, con don Justo y con nuestro meritísimo don Sabas, cuya importancia en el *argumento* de *Peñas arriba*, siento que te prive de apreciar ¡oh lector! el ahumado lente de esta mi turbia y atrevida crítica.





EL MÉDICO

«Era un mozo que andaría con los treinta años, no muy corpulento, pero de recia complexión; de pelo y barba cortos, negros y fuertes; de mirada firme, pero sin dureza; agradable de cara y de voz; muy sobrio de palabras: limpio, holgado y modesto de traje, y natural de un pueblo de los ribereños del Nansa... (1). Llamábase Manuel, y le llamaban *Neluco* desde que tenía uso de razón» (2). He aquí, del médico, la edad y la estampa, el grato pergeño y la carta de naturaleza, con la expresión del nombre y el aditamento del cariñoso diminutivo, que no pudo barrer con la escobilla de su barba *corta*, *negra* y *fuerte;* ni quemar con los destellos de su mirada *firme;* ni disolver la superposición con las fórmulas químicas de

(1) Página 91.
(2) Página 139.

su ciencia, para que reapareciera el Manuel de pila bajo el Neluco, ya no muy en consonancia, que digamos, con la dignidad y empaque del hombre, á cuyo albedrío sometían sus físicos quebrantos y alifaces, desde el niño mamón hasta las augustas matronas y los otros niños *de cabellos blancos*... ó testa monda y reluciente.

Poco á poco se nos va demostrando, en el curso del libro, «que había en aquel mozo más cantera de la que se halla en el tipo usual y corriente de los hombres de su edad y circunstancias» (1); y unas veces pone de relieve la fina veta de nuestro mediquillo, en el inmoble sillar tablanqués, el lujoso comentario del autor eminente; y otras, relata sin glosa los hechos y los dichos de Neluco, brindando la substancia íntegra á los provocados balbuceos de nuestro humilde y grato comentar.

Cuando le ví aparecer, páginas avante, en la fuerza de la juventud, poseyóme la intuición de que Pereda trataba de *amenizar* las tertulias invernales de la *casona* con sendos tiroteos entre *la sotana* y *la borla amarilla;* entre la Fe y el materialismo, porque tal es el *patrón*, tal es el *cliché:* los curas de pueblo acariciando, bajo las hopalandas, el asador de la Inquisición y el borceguí del tormento; y los médicos nuevos de aldea, como la mayoría de los noveles... y de los vetustos de la Ciudad, parando los golpes del Torquemada lugareño con los pliegues antipáticos de una sonrisa escéptica, á medio cuajar; timbre

(1) Página 123.

de *superhombría*, que parece careta *de uniforme.*

El tipo del esculapio comparte con el del ingeniero la adoración del materialismo en las novelas y comedias *de tesis;* y el fenómeno tiene su explicación. Algunos *matasanos* se inclinan á esa escuela, porque *suprimiendo* el espíritu en la integral constitución humana, *evitan* la abrumadora prueba del último juicio, en que les *sería* pedida cuenta de los innumerables homicidios que á mansalva cometen... Y les viene de perlas gritar que ellos no han visto nunca el alma sobre el lecho del sufrir, ni en la mesa de disección, á pesar de sus profusos escalpelos, serruchos y punciones... Con los médicos pudieran competir y aun irles á la mano, y ganarles una buena legua de camino, los modestos albéitares, que tampoco han tropezado *tanto así* de jugo intelectual en las seseras ni en las entrañas de su jumentil clientela.

¿Y los ingenieros?... ¡Oh, los ingenieros..! Han subido mucho... Son la encarnación del progreso material de los tiempos actuales, y ligando novedad á novedad, con argamasa de soberbia, pudieron reconstruir el primer piso de la torre de Babel... Después vendrán el segundo y el tercero, y luego un capitel altísimo,sobre cuyo pináculo, el futuro pontífice simio de una raza vuelta, por salto atávico, al abolengo de micos que Darwin la señala, embadurnará, profanando la bóveda celeste, con una brocha de lenguas necias, los serenos signos de ultraterrena majestad que al mundo iluminan, para que luzca allí, como

empresa del restaurado mono *aborigen*, la ampliación enorme de cualquiera indecente caricatura, en las páginas copiada de cualquier periódico ateo y naturalista. Perdónenme los médicos y los ingenieros que constituyen excepción, y no tan limitada como se cree; pero así ha escogido el *tipo* esa literatura, cuyos proyectiles todos sabemos adonde se dirigen... Que lean *Doña Perfecta;* que lean *Electra* (por no mentar otros ejemplares de la casta) y allá verán, en la postura artística que sabe concebir un autor de talento portentoso, al ingeniero *redentor*, frente á las *vetustas umbrías* y *torpes anzuelos* del ultramontanismo, que siempre ¡oh casualidad! es hipócrita y alevoso, estrecho de cacumen y largo en groseras mañas... Por esa blanda escalera se asciende hasta el primer piso de la torre babilónica, y se cierran los ventanales de la Fe, y se deja en el moderno *in pace* la idea de un alma que ha de ser residenciada en el pórtico de la Eternidad... Y, *caracol* arriba, el mono, reintegrado en su prehistórico imperio de la tierra, puede apagar con su inmunda cola, en las alturas del pensamiento humano, la excelsa luminaria de Dios.

Volviendo á los médicos... ¡no es nada lo que barbarizan, rebulléndose entre los pliegues y las arrugas del uniforme *izquierdista* con que suelen vestirlos nuestros modernos dramaturgos y noveladores!.. Quizá el gran Pereda tuvo interés en desagraviar á los muchos que de tan osada generalización se lamentan heridos, presentándonos á Neluco, sincero católico, de esos que os-

tentan en la frente, abatida sin respetos humanos, lo mismo ante la Catedral insigne que á la vera de la *ermituca* perdida en la montaña, el blasón de su credo... En el viaje á Provedaño (1), adonde se dirige sirviendo de guía al señorito de Madrid, cuyas *entretelas* no conoce aún, párase ante el rústico santuario de *la Virgen*, y reza la Salve, en latín y todo, para que allí quedase mejor remachada con el martillo clásico. Y cuando la Muerte, avanzando hacia el lecho secular del patriarca tablanqués, predice al médico, que acecha sus pasos, lo inminente de la última hora, Neluco, rehusando para su conciencia el papel modernista de abandonar el alma del enfermo á su perdición, *mientras admite rescate*, para después, con los Santos Oleos, *pegar* la etiqueta de cristiano y el *pase* de rito al moribundo que yace insensible, más como leña seca destinada á la pira, que como humana criatura pronta al juicio de Dios...; Neluco, digo, para el cual no es una broma lo eterno, ni una simple *etiqueta* el Viático, ni una *mera fórmula de orden social* la Fe, hija del Cielo... previene así á los deudos circunstantes: «Si apunta (don Celso) el deseo de confesarse, no se le contraríen por ningún miramiento; y si no le apunta... procuren ustedes apuntársele» (2).

Ya lo sabes, lector suspicaz y malévolo, que te regodeabas viendo entre las nudosas manos del Cura Peña, media barba de Neluco ateo; y entre los tentáculos del me-

(1) Página 186.
(2) Páginas 409 y 410.

diquillo recalcitrante, el botín de cabellos grises y botones menudos de sotana...; ya lo sabes: el Párroco y el galeno de nuestra historia vivirán en la paz solemne de la casona y de lòs campos, cuidando el primero las almas, sin omitir las recetas que, *por lógica derivación*, atañen muchas veces á los cuerpos; y examinando el segundo la miseria corporal, pero asomándose á la continua, *por ascensión lógica*, hasta descubrir la fuente de los males físicos en los revueltos posos del alma desolada ó corrompida.—Y para mejor convivencia del médico del cuerpo y el médico del espíritu, ó, si se quiere, de ambos mixtos facultativos de cuerpos y almas, sépase que no discrepaban el grueso de la uña «en el modo de sentir y de saborear la tierra madre», si bien «eran más numerosos los registros del médico y más varia, por consiguiente, la música de su conversación» (1). Don Sabas pecaba de soso montes abajo; parecía sentir en la aldea las apreturas de aquel ingente ceñidor de riscos que la cercaba y obscurecía, helando el discurso y apagando el ingenio. Precisábale caracolear sobre su tordillo por las verdes laderas, gatear en lo abrupto y erguirse allá en las cimas, saturándose los pulmones de aires vírgenes y el olfato de silvestres aromas; embriagándose la vista con el panorama incomparable de los valles próvidos, las nieves eternas, los misteriosos abismos y el azul de la faja marina; para transfigurarse, como se transfiguraba, vibrando en

(1) Página 187.

sus nervios, cantando en sus labios y fosforesciendo en sus ojos la elocuencia sublime de la Naturaleza. Y tal era su registro único; pero tan admirablemente pulsado en las alturas, que los ecos de la viril trompetería resonaban para mucho tiempo en el corazón de los testigos absortos.

El médico, por su parte, veía con mayor facilidad *el conjunto*. En el propio solar de Tablanca, y sin necesidad de *remontarse*, llevaba *adentro* el colorido de los paisajes, lo imponente de aquella Naturaleza, que debiera llamarse *naturalezo* (1). Y podíala cantar desde las aldeanas callejas y desde la *cocinona* del patriarca, con la voz serena del amador que pregona la excelsitud de lo amado y *poseído*, como diluyendo en la profusión de su lírica sencilla, y en la misma *variedad de sus registros*, el aria intensa que don Sabas cantaba de una vez, dando al aire libre de los cuetos el estrépito de sus inspiraciones contenidas. Hombre de más mundo el mediquín simpático, había entendido mejor los *paralelos* en las nostalgias que le abrumaron durante la vida de Universidad; y de ese modo paulatinamente cristalizado el sentimiento por la obra misma de inteligencia que todo parangón lleva consigo, hallóse pletórico de entusiasmos perennes, de *motivos*, que á raudales salían, todos armónicos, jamás atropellándose ni confundiéndose, así que la mano de cualquiera tropezaba con una tecla de aquel *órgano* siempre dispuesto. Cantaba, sí, mucho, y con más pulida escuela que

(1) Llorente.—*Recuerdos de Liébana.*

el Cura, tal vez porque le ayudaban para ello sus lozanos años, frente á la vejez del Clérigo; y su hermosa voz de baritono, frente á las profundas y cascadas sonoridades de aquella otra voz que pronto enmudecería sobre la tierra.

Y ama Neluco á Tablanca y á todas sus abruptas vecindades, porque es la *poesía* que le llena, porque es el *cuadro* que le admira, porque es ¡pásmate, lector! la *variedad* que le encanta. Las envidiadas ciudades son para él «jaulas más ó menos grandes, mejor ó peor fabricadas, en las cuales viven los hombres amontonados, sin espacio en que moverse, ni aire puro que respirar, con su ocupación del negocio, con su ocupación del café, y con sus ocupaciones del paseo, de la calle, del Casino, ó del teatro, ó de la Bolsa» (1); quehaceres y absorciones cuya utilidad, para los fines *generales* de la vida, no niega el buen médico; pero ni en ellos, ni en la jaula donde se barajan y desenvuelven, está *lo cómodo, vario* y *entretenido* para la vida espiritual, en naturalezas como la de Neluco.»—Y quiere nuestro galeno á los tablanqueses porque son, «como deben ser», rústicos; y están «como deben estar», ineducados. Lo absurdo, en su concepto, «sería exigir á los pobres campesinos las habilidades de nuestros doctores y académicos» (2). Y cuando se le arguye que la sordidez, la marrullería, las bajezas y la ignorancia son barreras para el trato de los hombres cultos, da el afe-

(1) Página 132.
(2) Páginas 132 y 133.

rrado mediquillo la fórmula de la convivencia: «Sea el hombre de la *Ciuda d*el que descienda, con su entendimiento más luminoso, hasta el hombre de los campos, para entenderse los dos, sin temor de que el primero se contagie de las roñas aldeanas, porque al hombre culto le sobran medios para no rebasar los límites de la prudencia, y hacer que cada uno de los dos guarde el puesto que le corresponde» (1).

¿No te asombra, lector, ese Neluco rebosando por todos sus poros la *interior satisfacción*, que la Ordenanza pide á los buenos militares?... La inmensa mayoría de los que *han pisado la Universidad*, aunque verdaderamente no hayan hecho más que *pisarla*, encuentran pequeño el mundo para sus ínfulas, estrecha la atmósfera visible para sus febriles jadeos; y la propia alcaldesa de *Medioprado*, y la mismísima *jueza* de *Trescasucas*, si por ventura estuvieron dos veces en la *capital*, ó vieron á uso de cinematógrafo la Corte, en alguna remesa *isidril* que fué de provincias, todo lo encuentran, á la vuelta, sucio, insípido y *ordinario*, y mal de su grado se acomodan á seguir viviendo en los apacibles lugares, donde antaño tan guapamente campaban. Pero el tranquilo *doctorín* de *Peñas arriba* penó en el jolgorio de las urbes, y goza en la moral quietud de Tablanca, playa de sanidad á que le trajeron los vivos impulsos de fuerzas centrífugas que anidaban en su corazón, al paso que el vértigo centrípeto vuelca en las grandes ciudades las carava-

(1) Página 134.

nas de tontos y de ilusos que van á desvanecerse en la amplitud grisácea del montón anónimo, ó quizá en las negruras de la *corte de los milagros*.

Y no se crea que Neluco abandonaba su buen discurrir, como bardal montuno, en cuanto no le absorbían los cuidados de su oficio exigente ó la grata lectura del libro de la Naturaleza; muy por el contrario: dedicábase al estudio de altas y nobles producciones, y así lo dan á entender los detalles que facilita sobre ciertas obras dadas á la estampa por el ilustre señor de Provedaño (1).

Sesudo y ecuánime, permanece soltero por escasez del bolsillo; «empieza á vivir y necesita trabajar y trabajar mucho, para ganar el pedazo de pan que come»; y aunque dice también, á ese propósito, «que no se aburre en la soledad en que vegeta, ni le tientan las seducciones de *allá afuera*, ni con él se ha de extinguir su apellido, si muere solterón» (2), paréceme que son éstas razones segundas, por no dejar solo el triste alegato de la falta *de metales*. Un hombre *tan hombre* como el médico de Tablanca, enamorado de la rústica paz, y que no tiene *vocación de fraile*, como suele decirse, necesita, á ciertas alturas del vivir, ese calor suave que no esparcen los chisporroteos de la encina bajo el llar venerando; ese inefable goce de las visiones interiores, deliciosas y profundas, que no se tiene con sólo abrir los balcones del es-

(1) Páginas 208 y 209.
(2) Página 503.

píritu á los múltiples efluvios de la Ciencia y de los paisajes, sino inmergiendo el alma, y para toda la vida, en el baño *de aguas limpias*, suavemente perfumado con las virtudes femeninas, cuando una mujer, y mujer cristiana, preside los destinos del hogar, refrigerando al esposo en sus fatigas y dirigiendo *hacia las alturas* los primeros vacilantes pasos de sus hijos.

Aceptemos ¡qué remedio! á Neluco célibe... Quizás él, que no tiene miedo *al oso*, y que sabe caminar impávido junto á don Sabas hacia los ventisqueros para disputarles la presa humana, el tributo lúgubre de todos los inviernos...; con todo su valor, tirita y encógese cuando piensa que el matrimonio puede regalarle una descendencia como la de su chismoso y visionario compañero don Elías (1), ó un vástago de tan triste destino como aquel hijo suicida del otro médico escéptico y huraño (2).



(1) *La puchera*, página 106.
(2) *De tal palo, tal astilla*.

LA FAMILIA DE DON PEDRO NOLASCO

Recuerdo haber leído hace mucho tiempo una semblanza que llevaba por título *El sobrino de López.* Era la silueta de uno de esos hombres confundidos siempre en la masa de lo anónimo, sin relieve, sin personalidad. Le aplastaba la grandeza del López, su tío, y jamás fué llamado por su propio nombre; nunca pasó de ser uno de los innúmeros sobrinos que en el mundo han sido. Y murió *de eso,* de no ver la luz, de vivir siempre en la penumbra que, sobre todo él, proyectaba la mole inmensa de López, su pariente. Muerto el tío, *se acabó* el sobrino; extinguido el foco, apagáronse los reflejos; derrumbado por los años ó por la piqueta el soberbio edificio principal, vinieron á tierra las débiles adherencias, confundiendo sus ruinas con las ruinas de lo grande.—Seguramente fué enterrado en la hoya común, propio final de su camino sin huellas; pero si alguien quiso dar á la osamenta del malaventurado anónimo piadosa cobija en más *decente* se-

pultura, de fijo escribió sobre la negra lápida, con grises caracteres: *Aquí sigue yaciendo el sobrino de López.*

Digo todo esto, y no á despropósito (según mi pobre juicio) porque el buen señor de la Castañalera, jefe de la familia cuya presentación tiene ahora lugar, podría sin gran injusticia no haber sido, en *Peñas arriba*, más que *el abuelo de Lituca*, ó, á todo tirar, *el padre de Mari-Pepa.* Verdadera masa parda, sin claros ni salientes, no es otra cosa, en el viejo solar de su aldea, que el obscuro fondo del lienzo, para que mejor se destaquen la silueta matronal de Mari-Pepa, viva y simpática, y aquel pimpollo del jardín montañés, aquella Lita riente y preciosa, que tan altos destinos aguarda.

La misma *ley* de don Pedro Nolasco á la tierra nativa, parece como embebida en el patriarcal apego de todos los tablanqueses que van desfilando por la escena; y teniendo en memoria cuanto de la glotonería y de la vida muelle del *Marmitón* sabemos (1); ese amor al terruño radica más en el estómago que en el corazón, y es hijo más bien de la molicie del cuerpo que de los perennes embelesos del alma. Para él, la mejor perspectiva es la de un buen dormir, caigan chuzos de punta ó lluevan pesares (2); y no le llamen don Sabas y Neluco á la altura del monte, para que admire las grandezas de la Creación; porque á él *le tira*, y le tiró siempre, la estática más que la

(1) Páginas 63, 65, 70, 420 y 447.
(2) Página 448.

estética, y, en su concepto, es mejor aroma el del ollón casero, y más suave música su cotidiano bullir, que los perfumes de la flora montuna y los arrullos de la brisa ó la sonata medrosa de las tempestades en la cumbre de la montaña. Deja los suspiros para los melindrosos, visionarios y poetas, guardando para sí el monopolio del prosaico eructo; y vive á manera de lapa ó de caracol, pegándose á cuanto le rodea, por dejadez del corpachón (ahora vetusto y jamás activo) por atonía espiritual, por la querencia del sabroso *pote* montañés.

Don Celso le llama «uva de la nuestra cepa» (3), y uva es, ciertamente, de aquel silvestre racimo; pero ni tiene *grados*, ni tiene *azúcar:* no sirve para vino, que tonifique, ni para vinagre, que disimule la insulsez del condumio. Noblote y honrado, es verdad, y con los muchos honrados y noblotes de Tablanca puede hombrearse, y en primera línea; mas de esa casta, ya se indica que no es el único, ni mucho menos, en aquel pacífico rincón. Bien admitido entre los comparsas; el honorable decano, si se quiere, de la comparsería; pero no otro papel juega en Tablanca *el padre de Mari-Pepa, el abuelo de Lituca.*

Un tan prodigioso retratista, como es el *maestro*, de sencillas figuras y complejos caracteres, diestramente ha pintado en este personaje la humana encarnación de la opacidad. El gigante anodino es una sombra; y, por eso, nuestro autor sólo ha tenido que dibujar los esfumados contornos,

(3) Página 64.

sin preocuparse más que del *punto* de obscuridad.

Como las angélicas vibraciones del arpa, estremecida suavemente por delicada mano, entre los foscos estruendos de un destemplado piporro; cual la voz del primer contralto de la Capilla Sixtina, en canto alternado con el becerreo de cualquier sochantre rural; y á la manera de los arpegios del ruiseñor entre mugidos...; así eran la voz y el empaque de Mari-Pepa junto á su padre, y el gorjear y la estampa de Lituca junto á su abuelo.

Sé lo mucho que valen *estas* mujeres de mi tierra y leo con deleite las páginas de *Peñas arriba,* que á enaltecerlas el gran Pereda consagró, y por lo mismo, al pensar que ese libro, como todos los suyos, se apretará enfilado con otros mil de ambiente distinto y de fines opuestos, destacando su cándido atavío entre el *rojo* y el *verde*, y quizás entre el *negro* y el *lívido*, en los estantes de cualquiera biblioteca comodín...; al figurármele sobre el velador de la gran dama, en vecindad incómoda con las novelas pasionales y con las *de tesis* á la moderna, tiemblo por los desdenes que, á estas horas, habrán provocado Lituca y su madre. Si no las barrieron de allí los melindres del señorón y el asco de la Duquesa empaquetada, se debe á respetos que al padre, al novelista, se guardan aún. Tal vez si Pereda no hubiese logrado *cédula de vecindad en la Corte*, cuando la tarda justicia de la Real Academia Española brindóle un sillón en su discutido areópago, el

Marqués y la Duquesa, el bibliófilo de preñado magín y el barbilindo *empollón* de novelones, hubieran hecho con *Peñas arriba* y con toda la *prole* perediana, un auto de fe más completo que aquel famoso del Cura y de maese Nicolás en los disparatados libracos de Don Quijote... Pero la gala de hospedar al eminente novelista montañés *viste mucho* todavía, y es necesario *soportarle*, como se aguantan en el mundo tantas cosas que nos molestan, nos encocoran, excitan los nervios, avivan los malos humores y, en suma, nos revientan...; pero *visten*.

Ello no obstante, y quizá por *ello*, ningún montañés, ilustre ó silvestre, cuando lo sea de corazón, puede negar á nuestras dignas tablanquesas la cortesía que merecen dos señoras. Y como los montañeses, opinarán todas las personas que no hayan perdido la brújula... Es verdad que una y otra emplean el lenguaje de la *tierruca*... ¿Cuál otro hablarán, si en ella nacieron, y en ella viven, y han de hacerse oir y entender por la primitiva sociedad que las rodea?... Y claro es: como nunca salieron de aquellos andurriales, y, por otra parte, el *quos ego* de la Moda no ha declarado aún á Tablanca *rebundio* veraniego (con la obligada importación del lenguaje correcto y de las costumbres incorrectas, por no decir corruptas), lo mismo Lita que Mari-Pepa, salvo detalles nimios, hablan según el *léxico* de *Tona* y de *Facia* y de todas las buenas tablanquesas.

Más atildadas son las *damas jóvenes* que en otras producciones suyas, también de

escenario rural, nos presenta el *maestro*. Ana y María, en *El sabor de la tierruca*, no confunden su lenguaje con el de Catalina y mucho menos con el de la Cotorrona; Inés, en *La Puchera*, habla distinto idioma que la endiablada Galusa; Magdalena, en *Don Gonzalo*, puede burlarse del indianete que, bajo los almidonados pliegues de la puchera deslumbrante, quiere ocultar su alcornoqueña prosapia, mientras la traidora lengua le pone en berlina con aquellas *cercanidas* y aquel *rocido*, que si no lo fué de bendición para sus planes amorosos, hizo en cambio que brotaran con mayor rapidez y hermosura las más estupendas calabazas que recibió galán alguno; y, por último, las dos pupilas del agílibus é hipócrita don Sotero (1), no harían mal papel entre el cogollito de la Corte, por su estampa y por su fino hablar... Pero ni Cumbrales vegeta en el aislamiento de Tablanca, ni Magdalena se educó en Coteruco, ni en Valdecines las pupilas de don Sotero; y si hablamos de Inés, bien claro está que Pereda no quiso entrar á caza de lapsus en el coto de la interesante presa que acechaba el grosero Marcones.

De todos modos, si Lituca y Mari-Pepa no hablan tan pulidamente como las señoras de otros lugares de la Montaña, ni un punto de éstas se apartan en la gentil llaneza, en el señorío de ley, que es señorío *de uno mismo* para todos los actos y en todas las ocasiones de la vida... Porque el señor de casta es aquél que, reconociendo

(1) *De tal palo; tal astilla.*

en sí tal dignidad, guarda su puesto sin aparentar que en ello pone cuidado, esperándolo todo, mejor que de las propias ínfulas, de la reverencia que en los demás provocan la hidalguía de sus acciones, la tutela para con los desvalidos, el consejo á los cuitados, y el ejercicio de la hospitalidad de abolengo, que es, en tierra montañesa, ejecutoria sin pergaminos, escudo no tallado en piedra, que sólo tiene un cuartel, y, en ese cuartel, un corazón más grande que muchas cabezas engreídas; rojo, como el emblema del sacrificio, y entero, como la perseverancia. De este corte son Mari-Pepa y su hija: grandemente hospitalarias y discretas (porque su llaneza desbordante, fuera de moda, nunca traspasa los límites de la discreción); hacendosas, cristianísimas y delicadas enfermeras; sensibles, con sensibilidad de oro *doble,* no con sensiblerías de plaqué (1).

Las he presentado juntas, á propio intento, en esta descolorida semblanza, porque realmente las dos... *son una sola.* En el capítulo X nos dice Pereda que Lita es monísima, de ojos azules con largas pestañas, boquita de labios rojos, y apretados y blanquísimos dientes; cabellos castaños y, además, poseedora de notable riqueza escultural (cliché del *maestro,* que se las tiene juradas á la *ignominia* del esqueleto femenino...) Y al hablar de Mari-Pepa, cuéntanos que es «mujer como de cuarenta años, sana y frescachona todavía, más corpulenta que

(1) Páginas 145 á 152, 376 á 383, 390, 415 á 422, 426 á 434, 443 á 453 y 455 á 468.

Lita, pero muy parecida á ella en el color y en el corte de la cara, y, sobre todo, en la afabilidad expansiva.» Lo mismo en este parangón que en las varias escenas de los capítulos anotados poco hace, vemos, sin ningún esfuerzo del sutilizar, que Mari-Pepa es Lita en la madurez, y que Lita es Mari-Pepa más joven. La niña modelo, en cuya primavera lozana forman el pudor, la vivacidad y la belleza un atractivo ramillete que huele á gloria, es el animado retrato de Mari-Pepa veinte años atrás; y la madre cristiana digna en su viudez, penetrante de espíritu y *sana* y *frescachona* de cuerpo, es la visión de la propia Lita veinte años más tarde.

Pereda escribió su libro *De tal palo, tal astilla*, para demostrarnos que el virus del mal se transmite con la sangre y se fomenta con la *escuela*; y quizá en *Peñas arriba* trata de apuntar, por lo menos, que también la médula de las virtudes se inocula con la sangre y el ejemplo de una en otra generación.

Ya lo sabe *quien haya de venir*..., que no ha llegado aún el de Lituca. Puede jugar sin miedo á la lotería del amor, y lanzarse á los problemas del matrimonio. Jugará su dinero á un solo número, y saldrá premiado con Lita y Mari-Pepa en una sola mujer. La cobardía de no afrontar ese albur es la única partida que yo debitara en la cuenta de nuestro amigo el mediquín, si Lita y él hubieran sido de carne y hueso... Pero son personajes de novela; tienen que servir á la *tesis*, que es un cierto linaje de *razón de Estado* en el imperio del Arte, y por eso

Neluco repite con la despechada zorra: ¡*están verdes!*... mientras pisa la escena otro más afortunado mortal que las encuentre *maduras*.

El novelista próvido cela para mantener encendida la simbólica lámpara de Lituca, *virgen prudente;* y cuando el *esposo* llame á la puerta, ella se levantará á tiempo, iluminando el camino con la luz del místico velón, y *le* guiará, esclareciendo las nieblas de su alma con el fulgor de aquellos ojos azules, en que otra alma purísima se refleja. Y luego, entre los dos, asegurarán el injerto, fiador de la generación futura, quizá en el muriente arbol dinástico de la casona de Tablanca, vacilante por las grietas de la ancianidad y mustio por la nostalgia de flores promisorias y verdes retoños.





CHISCO



Ganado tiene el bravo mozallón de Robacío capítulo aparte. Sirve á don Celso, y es la primera catadura tablanquesa que en las páginas del libro aparece. Le llamo tablanqués, porque entre *ellos* le encuentro muy á sus anchas, y á placer de los demás. Durante el curso de la novela sus dichos se memoran, y se narran sus hechos, con esa delectación palpable, que muestra el interés concedido á la *figura* por el novelista. Unos cuantos montañeses del *estado llano*, ó del estado silvestre, nos da á conocer la pluma eximia del gran descriptor, y se dirá que todos ellos pueden sentarse á comer junto á Chisco en la *perezosa* de la *casona*, ó á campo libre, en las alfombradas laderas, en los misteriosos robledales ó en las rocas de la altura infinita; pues,

medidos con el común rasero, todos parecen llenar el celemín de la campestre sencillez y de las montunas barbaridades, sin que los colmos estorben el rasar, ni queden huecos á la zaga del castizo cilindro *igualitario*. Ese común rasero, á que aludo, es el de los superficiales, que no saben ejercer su oficio crítico, si no es en lo externo y más vivo de color. Ante ellos, desfilarán capítulos y capítulos por la posta, como galopar de cinematógrafo; y cuando se les pregunte algo sobre el buen Chisco, esto, y no más, sabrán responder: «Un ordinariote, igual que los *otros...*» Y allá nos le abandonan, formando con el *Tarumbo* loqui-altruista, con el *Topero* ambicioso, junto á *Chorcos* brutal, y á medio incrustar en *Pepazos* desmañado y bolonio, un montón de carne sucia, envoltura mal oliente del alma berroqueña... Chisco merece un aparte, y perdonen los aludidos. Aquel mocetón robusto, «ancho y algo cuadrado de hombros, de cara sanota y agradable, coronada por largos mechones de pelo áspero y entrerrubio, *que no dejaba de tener su lado interesante* (1), y esto á primera vista; gradualmente atrae las simpatías del atento observador; y sin abandonar (¡tarea difícil!) su rústica piel, nos deja horadarla, para que observemos las hermosuras que en los adentros viven como en su propio palacio. En todo el capítulo segundo de *nuestro* libro campea la fornida estampa, con los vaivenes airosos de su calculado andar por las sendas agrestes; y según lo que su nom-

(1) Página 21.

bre menudea quien de espolique le llevó entonces; con ser el narrador hombre á la moderna, entre finas holandas nacido, en los refinamientos del *confort* madurado, y hecho á la sociedad de *la flor y nata*...; bien puede asegurarse que aquel *lado interesante* del *montañesón*, y su charla no excesiva, y quizá, por lo mismo, siempre oportuna, fueron la sede bienhechora donde alguna que otra vez reposaba el pensamiento, fúnebremente ocupado por la visión de aquella desconocida y agria soledad.

Chisco es marrullero; su marrullería, puramente *defensiva*, no perjudica á nadie, y á él le basta (1). Quiere á *Tanasia*, la hija del Topero, mas la quiere según aquella su manera flemática de ver los problemas, y sondear los propios afectos, y hacer todas las cosas. Pepazos que no es tan pobre como él (de *metales* y *raíces*, se entiende), le disputa la garrida plaza: el circunspecto Chisco espera, reclinado en su pachorra imperturbable, á que la buena moza decida por sí la cuestión, otorgando el premio al que repute más digno de alcanzarle. Cuando le toca su turno en la bonanza de los tiempos, y reune más *caudalis* que Pepazos, al observar, con el desdén que para los mezquinos guardan siempre los verdaderos hombres, el cambio de frente que insinúa el Topero, atraído por la flamante bolsa del avisado mozo, le da con la puerta de su desengaño en las narices (2); que en la persona—este es su

(1) Páginas 247 y 252.
(2) Página 530.

juicio, y no quita lo viejo á lo oportuno—ha de estimarse, más que nada, el solo caudal de su propio valer.

Chisco es la misma serenidad hecha carne, y carne montuna, para mayor admiración. Porque el hombre rudo de los campos es irreflexivo, temerario, y se juega la vida en bestiales ímpetus, por la querencia de lo tremendo. Su acometividad es la del toro; y, como el astado bruto, solamente conoce su fuerza; pero siempre ignora los mayores recursos de su contrario. Chisco no es así: obra por reflexión; ayúdanle su firme valentía y su carácter estoico; y en el seno de la caverna (1) dispone, con equilibrio moral idéntico al del más seguro caudillo, el plan de la batalla que ha de trabar su ejército de dos soldados (un cafre y un recluta) contra el oso hercúleo, que estremece el antro con sus bramidos. Y cuando la fiera malherida parece concentrar en su inyectada vista los odios recíprocos de todos los hombres, y certera elige su víctima en el más endeble de sus tres enemigos, la rápida hoja del *capitán* le busca el corazón y se le parte.

Como valiente de ley, es generoso Chisco, y con una generosidad rayana en lo sublime, que desconoce nuestra *civilización*. Sucede un día que Pepazos, al ver los primeros copos de la nevada, se dirige al monte en busca de unas yeguas de su propiedad. Las horas pasan, avanza la noche..., y Pepazos no vuelve. Se alborota el pueblo que conoce bien las bromas de la *cellerisca*; y

(1) Páginas 321 á 325.

Chisco, «uno de los hombres más arrojados, más fuertes y más entendidos para aquella casta de faenas» (1) sin escuchar otra voz que la viril de su humanidad; apagando el grito del reconcomio, que allá *por los profundos* sin duda culebreaba y se enardecía, marchó con don Sabas al frente de un pelotón de convecinos arriscados.

No parece sino que la cellisca tiene, bajo su manto de copos, un alma cargada de hieles y rencores, y que ese alma negra transpira veneno cuando el hombre, alguna vez hermano, y no lobo, para el hombre, trata de arrebatar á sus insaciables garras la vida del prójimo. Así fué aquella tarde: cuando reintegrado el imbécil Pepazos á la grey tablanquesa, volvían todos al pueblo en alegre charla, el turbión implacable de viento y de nieve juega con ellos un juego infernal, y á mansalva los azota, los tunde y los disemina, como espantados bailarines de la danza de la muerte. Poco antes del hórrido torbellino salió Pepazos del robledal donde habíanse resguardado, á semejanza de guerrero loco que, al sentir el ataque de los sitiadores, cruzado de brazos y en huelga el arcabuz, hiciera *piernas* y *continentes* fuera de todo parapeto; y al apercibirle Chisco (su rival de Tablanca, pero su amigo, su hermano, en aquella hora de sesenta siglos), trata de hacerle volver á cordura... Llámale al bosque y el bárbaro se niega; insiste Chisco y Pepazos rezonga; entonces el otro abandona el amparo del robledal, se lanza sobre la oveja

(1) Página 338.

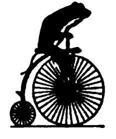
necia, ó, mejor dicho, sobre el atestado borrego, para volverle al redil, como la madre que, entre iracunda y anhelosa, desvía á su hijo del peligro de muerte; y, en aquel instante, la cellisca voraz desdeña la presa ínfima de Pepazos obtuso, y se ceba en más rico botín, lanzando por los aires y volcando en la sima el cuerpo del animoso libertador. Pasa el trance; se miran y recuentan los tablanqueses, con el espanto en los ojos y la cellisca todavía en los temblores del cuerpo y en las congojas del alma, y... ¡faltaba Chisco!... La barbaridad heroica de *Pito Salces* le redime de su impensado sepulcro, con una herida insignificante en la cabeza, y algo en el hombro, que no llegó á dislocación; pero que era *algo*; mucha sangre perdida y riesgo de ataque cerebral... Sin embargo, no transcurren dos horas y ya marcha con los demás compañeros, por su pie, á la aldea; duerme aquella noche un sueño tranquilo, y, al nuevo día, los que piensan encontrarle yacente, gemebundo y postrado, le ven con asombro dedicarse á sus ordinarias faenas, calificando las naturales atenciones que la noche anterior con él se guardaran, de «blanduras y *arreparus* que se habían tenido *malamenti* con un hombre de su correa». Y quizá le sobraba razón, porque las garras de la cellisca solamente ahincaron en la envoltura carnal, en la máscara humana de aquel acero semoviente, que permanecía intacto... (1).

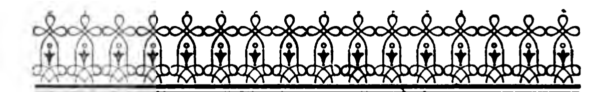
Bien se explica que Pereda le mime en

(1) Páginas 357 á 366, 373 y 374.

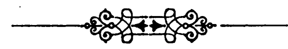
sus páginas: figura de tanto realce no podía omitirse. Tal como don Celso encarna la *casona* de tres siglos, así en el mozallón resurge la *cueva* tres veces milenaria... Si don Sabas y Neluco sienten la montaraz grandeza del alma de Tablanca, y hacen falta allí para infundirla en el espíritu asaz refractario *del que ha de llegar*... ¿cómo faltaría tampoco Chisco, que lleva en sí los más viejos cuarteles de esa grandeza; que es el cántabro *legítimo*, sobrio de manjares y de verbo, á la par valeroso y prudente, amigo de los riscos y enamorado de la caza, liberador de su mismo adversario en la hora tremenda; con la llama del propio corazón por faro en las hazañas, y con la serenidad, corona de los dioses, por humilde sierva en la crisis de los grandes azares?... Chisco es una supervivencia de hace muchos siglos; el último guerrero del monte Medulio, que en el veneno tradicional de su raza no halló la muerte; un cántabro á quien extraordinaria catalepsia retuvo por más de mil años en cueva recóndita, nutriéndose en las ubres de algún milagro que, sin atentar á la enjundia típica, iba puliendo y aderezando, para la vida de los tiempos futuros, al coloso erizado y temible... Amándole y penetrándole, se ama y penetra el espíritu montañés... He aquí la razón del personaje: como don Sabas, como Neluco, y como la misma Lituca, Chisco no es más que un intermediario de afectos *que alguien no siente y tiene que sentir*. Y así como los alambres conductores del pararrayos sepultan en la tierra el beso eléctrico que en la altura reciben, así Lituca, don

Sabas, Neluco y Chisco rinden á la patria, en don filial, las brisas, los efluvios ó el torrente del corazón que para sí ganaron.





SEGUNDAS PARTES Y COMPARSERÍA



Es también Pito Salces (*) Chorcos de la vieja-raza, y pudiéramos afirmar que por él no pasó el largo milenario. De su condición bravía resiéntese no poco el fenomenal escopetón que usa (1); gran terapéutica para nerviosos y espantadizos, pues con el bárbaro sistema de los estruendos fuera de programa, que siempre vienen de donde menos se creyera, ó mata el pavor al doliente, ó cúrase de nervios y espantos para toda la vida.

El noble Chorcos tiene su hoja de méritos, sus timbres de humanitarismo bien refrendados, y de ellos no es mal blasón el episodio del salvamento de Chisco cuando la cellisca famosa; pero aun en aquel trance, y con rayar tan alto en medio de su épica barbaridad, queda eclipsado por los arrestos del hijo de Robacío, que llegó á

(1) Páginas 104 y 105.

semejante angustia para salvar á quien más daño en el mundo le hacía.

Los amores de Pito con Tona se pierden en la insulsez general de los cien mil y algunos más que se pregonan anualmente en las veintidos mil parroquias de España. Tienen, sin embargo, una regocijada nota de *pudor en vinagre*. Sin duda por la osada virtud de aquel *tostadillo* lebaniego (1), al cual hizo cumplidos honores el galán en la noche de mirtos y laureles que siguió á la caza del oso, vino en disparar sobre la dama el explosivo de sus adentros sin decir ¡agua va!, exactamente lo mismo que disparaba su espingarda en las aventuras del monte. La muchacha, roja como un tomate por aquella salida, y azarada por el llanto de *Facia*, su madre, llamó al pretendiente, con la cortesía de los erizos, *jastialón desvergonzau*. Tales moduláronse los primeros amagos del *sí,* que andando los días fué redondo.

El de Salces, su amada Tona y Pepazos no son más que comparsas en el escenario tablanqués, para los fines de la novela; y la misma Facia, con toda la historia espeluznante de su matrimonio (2) y sus congojas horribles, cuando el marido facineroso la confía su plan de robar al propio don Celso, y la ordena que se preste á ser cómplice, tal vez coautora, en la criminal hazaña... (3); la misma Facia mártir, que llenaría muy bien su papel de protagonista

(1) Página 328

(2) Páginas 96 y siguientes.

(3) Páginas 432 á 404.

en un folletín, con lágrimas y aplauso de todas las porteras, no es en *Peñas arriba* más que la *distinguida* del coro femenino; una *comprimaria* (en el argot de opera) estirando algunos codos la importancia del papel. Sus tristes andanzas, y aquel misterio, en cuya sombra luchan un resto de amor al padre de su hija y la plena conciencia de los filiales deberes hacia el señor de la casona, su padre adoptivo, sirven quizá para algo más de lo que sirvieron á Cervantes, al autor del *Gil Blas* y á tantos otros escritores antiguos, las *historias* intercaladas en sus novelas. Si no es Facia piedra sillar *del arco*, en el pensamiento del *maestro* la encontramos como recia madera del andamiaje que se levantó para construirle. No creo aventurado conjeturar que fuese idea del novelista encarecer la fidelidad de los antiguos domésticos, representando la ya casi perdida familiar adhesión del criado montañés en el alma recta y sensible de *la mujer gris;* pero, á mi humilde juicio, con la silueta repulsiva del presidiario, en mal hora su esposo, y con los terrores perennes de la mártir (1), se ha recargado la pintura de *Gustavo Doré*, que no pecaba de tintas alegres, allá en el pozo de la aldea, en mitad del crudo invierno, y con la tumba del patriarca á más de medio abrir.

Se me ocurre que esa fidelidad hubiera podido hacerse manifiesta por otros medios perfectamente reales; ya en la Montaña se

(1) Páginas 93 y 94, 101, 249, 265 y 267, 286 y 287, 331 y 390 á 407.

ha presenciado más de un *caso*... (1) ¿No tenía el patriarca varios cartuchos de oro en un escondite que, al cabo de los años, pudo muy bien ser conocido de Facia? ¿No era igualmente posible que don Celso, por las angustias de su enfermedad, ó por cualquiera otra circunstancia, no llegase á confiar á su heredero la existencia del aprovechado escondrijo?... Pues cátate á la sirviente descorriendo los velos de aquella mina de oro, y de los motivos de caridad que informaban el copioso depósito, *sotto voce* al interesado, y á nadie más: y entregando á su dueño, en conciencia, lo que, según cierta *moral* harto predominante hoy, pudo guardar para sí... ¡Qué mayor prueba de adhesión y de honradez!... Ese rasgo, ¿no hubiera sido el más hermoso final de la historia de Facia?

Perdónenme los manes del gran Pereda, si fuí á indicar estos leves reparos...; y aligere mi tarda pluma sus incoloros juicios, en obsequio á la paciencia del censor eminente que, á su vez, los ha de juzgar.

Ni Pepazos ni el Topero merecen otras tantas letras sobre las quince de que ambos nombres constan; ni la misma Tanasia, ídolo del primero y no mal vista por Chisco, es digna de mayor atención. Deben incorporarse al núcleo general de honrados ta-

(1) Murió en mi pueblo un señor que gozaba fama de bien acomodado. Los parientes buscaron la herencia con harta prisa; pero no dieron con el rastro. Transcurridos los días del novenario, la antigua y única sirviente de la casa les guió al sitio donde encontraron hasta diez y seis mil duros. El rasgo de la fiel doméstica no *mereció* recompensa.

blanqueses (1). Pero, en cambio, al Tarumbo es obligada cortesía, y hasta *rúbrica* de compañerismo, dedicarle cuatro palabras, más por *el símbolo* que por el tipo en sí, meramente episódico. Su desequilibrio altruista parece figura de otros *altruismos*... ¿Qué otra cosa más que Tarumbos de mala índole son muchos trapaceros urbanos y rústicos, en unión de las comadres chismosas de barrio?... ¿No podría decírseles, con el refran, «consejos vendo y para mí no tengo»?... Ahondando un poco: *los hombres públicos* (y no hablo de los peores) á quienes el amor propio hace pensar que su concurso es necesario para el bien de la Patria, ¿no son también á su modo, Tarumbos de levita *que se quitan la vez*, en su afán de aplicarse todos simultáneamente al puntal de lo cuarteado ó al revoco de lo desnudo; y así, contrarrestan y anulan sus respectivas fuerzas, hasta poner en riesgo de próxima catástrofe lo mismo que pretendieron sostener?... Y ¿no es un honorífico Tarumbo el abogado *de pueblo*, nato *tribuno de la plebe* y dominguillo del *patriciado*, que ni cobra las consultas, ni puede evitar los *sablazos* de la clientela, ni disponer de un minuto para el cuidado de sus negocios; porque es gaje de la paternidad que le han echado encima, la perpetua labor de convertirse en receptáculo de todas las majaderías, y en vertedero de todos los chismes, y en paño de todas las lágrimas, y en cabeza de turco de todos los humores, melin-

(1) Páginas 243 á 245.

dres, reconcomios y pamplinas?... ¡Ah!... No desfile el Tarumbo sin que le saludemos con un expresivo... *¡adiós, colega!* (1).



(1) Páginas 115 á 122 y 248.



ARIA MUNDANA



El Protagonista

La exposición más ó menos borrosa que acabo de hacer, nos enseña que el patriarca y el Cura, Neluco y la familia de la Castañalera y, en suma, los tablanqueses, representan hace algunos siglos, transmigrando (y valga para este solo uso la palabreja) de un nombre á otro nombre y de generación en generación las mismas *hechuras* y espíritu idéntico; representan, digo, la escena de la vida campestre, ruda en algunos detalles, pero dulce en su conjunto, sin necesidad de los merengues de Arcadia, ni de la blanducha crema del patriarcado teatral.

En ese cuadro de matices seculares desentonará *un poco* la silueta *del que ha de venir*... y *viene*, porque ya sentimos las inseguras pisadas de su caballo sobre las

musgosas lastras que á la casona de Tablanca rodean. ¿Vendrá en son de conquista, ó á ser conquistado?... ¿Prevalecerá la música ligera que llena su equipaje, ó el himno majestuoso que la sencillez rústica y la solemne Naturaleza prosiguen cantando imperturbables, desde el remoto introito que ya se esfuma en la niebla de las centurias?... Mientras no lo sepamos, la prudencia interponga su aislador, y quede á un lado el lienzo antiguo, y comience sobre el caballete frontero, para más exacto parangón, la nueva figura. De todos modos, el señor don Celso que dispone para el viajero *la cama de los Obispos* (1) nos da el tono de la ceremonia con que debemos tratarle.. Saludémosle á la antigua, porque *somos* de Tablanca, mientras desfila el último, según la etiqueta de las procesiones... Oigamos al vetusto señor de la casona que, al son del órgano de su carraspera y de sus jadeos nos le presenta: «Mi sobrino Marcelo, el hijo de mi difunto hermano Juan Antonio..» (2). Pero como el patriarca sabe de su deudo muy poco más que lo dicho, acudamos á otro arsenal, y completemos los antecedentes con los datos que el propio Marcelo nos facilita sin ocultar *el lado malo* y dejando entrever *el lado bueno*.

En el primer capítulo de *Peñas arriba* cuéntanos, á grandes rasgos, su historia. Del matrimonio contraído por don Juan Antonio Ruíz de Bejos, segundón de la casa de Tablanca, con una señorita granadina,

(1) Página 53.

(2) Página 60.

hija de un magistrado de aquella Audiencia territorial, nacieron dos hijos: nuestro buen Marcelo y una niña que, andando los años, fué á vivir con su marido *entre ingenios y cafetales* (1.) Pasaron don Juan Antonio y su mujer á la Eternidad, y quedó Marcelo enteramente solo. Apartábale de su hermana el mar inmenso; y, en cuanto á su tío, nada le *separaba* de él en realidad, porque nada les había unido primero. No eran dos miembros ligados por el nudo gordiano de la familia, ni siquiera por el más leve nexo de la efectiva amistad, sino dos opuestas soledades, por las cuales hizo la casualidad que corrieran glóbulos de una misma sangre, cual si un *genio*, enemigo de la *casta*, hubiérase gozado en dispersar el viril tesoro de lo gentilicio.... Para Marcelo, era la casona de Tablanca uno de esos *detalles* que ha de retener quien no prefiera sufrir la infamia de ignorar su origen; para don Celso, no había en su sobrino más que una píldora, la más diminuta de las píldoras, hecha con un átomo de Ruíz de Bejos perdido en su envoltura de pasta moderna, revestida de colorines á la usanza del día; todo minúsculo, éticamente considerado; pero más ínfima que nada la reliquia de lo patrimonial.... Don Celso *guardaba* la píldora en reserva, por si acaso el decoro, más que el grito de la sangre, la recetaba en las postrimerías para evitar la *anemia* de alguna cláusula testamentaria. *Era un hijo de Juan Antonio, su hermano; un sobrino....* casi un sobrino *de Ló-*

(1) Página 529.

pez á la distancia aquélla, que los ingenieros habían medido por kilómetros y la *falta de roce* por longuísimas leguas. Ya lo dice con aldeana claridad el de Tablanca, en la epístola que sirve de introducción á la novela: «Y así hemos ido tirando tan guapamente: tú sin acordarte dos veces al año del santo de mi nombre y yo sin apurarme por ello cosa mayor.»

¿Cómo era Marcelo? ¿Predominaba en sus venas *latente*, á pesar de su desvío, el hierro tablanqués....? ¿Prevalecía el grato azúcar de la caña materna, refinado por el oriental sibaritismo de la Alhambra famosa....? ¿Por ventura el aguachirle cortesana desterró el vigor del Norte, ó quitó intensidad á los dulzores del Mediodía; ó, barriéndolo todo, se constituyó en dueña y señora del cauce arterial....? Cuando saludaba las primeras páginas de la obra del *maestro*, quedéme pensando si formaría *el señorito de Madrid* en esa legión de sus congéneres, que el *centro* nos envía á primeros de Julio, para que se los devolvamos á últimos de Septiembre, luego que nos han hecho rabiar *de celos* con sus docenas de corbatas, sus cuellos dogales, sus calzoncillos exteriores y sus raros chapeos, que más parecen muestras de coladores finos sobre cerebros que no tienen, bajo la cáscara, ningún jugo filtrado ni por filtrar...

Veamos lo que de sí mismo nos dice Marcelo. Cuando aparece en escena, ya tenía cumplidos *los treinta y dos*, justo promedio entre los atisbos revolucionarios de *los quince* y los comienzos de la edad provecta, *lleno* del vigor y hora dichosa en que la

pesadumbre del raciocinio suele contrarrestar la mucha ligereza de los pies. Seis años hacía que le colgaron la vacua honra del doctorado «en ambos derechos, aunque sin saber, por desuso de ellas, para qué servían esas cosas.» He aquí el primer síntoma de la frivolidad ambiente. Son muchos los Marcelos á quienes sus papás empujan hacia las aulas universitarias para que logren *el título*, por mera bambolla, como pueden comprar un automóvil, ó abonarse al Real, ó vestirse en casa del sastre de moda. Según el antiguo decir, «ellos entran en la Universidad, pero la Universidad no entra en ellos»; y, claro es, adquieren la toga para *vestir* en las aperturas de curso, de igual modo que tienen un traje *de carreras* para lucir el físico ante las señoras *de la tribuna*, sin lanzarse á mayores arrestos, ó una pomposa indumentaria de cazador para ir de Madrid á Torrelodones y volver de Torrelodones á Madrid, con la escopeta oliendo *á fábrica* todavía, y luego de haber cambiado sendas pesetas por el vendido trofeo de unas cuantas perdices...—¿Qué papel hace nuestro héroe con su borla, su medalla, su toga y su *vitela*?.... Pues, sencillamente, el de un pulcro individuo del *coro de doctores*.

Rico por su padre, «se daba la gran vida,» pero «en ningún cuadro aspiró á ser figura de primer término; ni á levantar media pulgada sobre la talla común de la masa de espectadores, y esto, no por virtud, sino por exigencias del temperamento.» Y como el afán de no sobresalir, de no ser *figura de primer término*, según el

propio sujeto dice, no puede obedecer más que á una de estas dos cosas: la virtud de la modestia, ó el temor á la carga que todos los honores llevan consigo; al ser descartado el primer concepto de la disyuntiva, quédanos el segundo, es decir, el miedo á las honoríficas responsabilidades, el egoísmo que retiene al joven en su *número* del cuerpo de coros. Y si los primeros actores de aquel mundo brillante, goce sumo de Marcelo, que frecuentaba el trato de la alta sociedad «en sus salones, en los teatros, en los paseos y hasta en los balnearios de moda y en el sport:...» si esos primeros actores viven esclavos de la frivolidad, que pueden hacer medio soportable por dominio del terreno que pisan, ó quizá por arte que nace con ellos, ¿qué papel le estaría reservado al lustroso corista, sino el de alzar la pierna con más ó menos gracia, el de ensayar piruetas con más ó menos aire, y el de abrir la boca con más ó menos oportunidad; pero siempre bajo la férula (envuelta, eso sí, en armiños *cándidos* y gasas etéreas, y adornada con argentinos cascabeles) de los enguantados, superferolíticos y aristocráticos directores de escena?.... ¡Pobre hombre, que gustas de los salones, de los balnearios de moda y del sport..., y afirmas que no quieres *sobresalir!*.... ¿Qué valdrás en el sarao de la Duquesa, y en la rutilante playa, y en las exóticas carreras?.... ¿Sabrán que te llamas Ruíz de Bejos? ¿No se quedará también tu apellido *sin levantar media pulgada* sobre la masa de los otros *Ruíces?*.... ¿No le embeberán y le aplastarán las sendas

reatas de ilustres cognombres, que ostentan aquéllos con los cuales te quisiste rozar, hasta que de puro embebido y alambicado, se quede el *Bejos* en la alquitara y seas para *in sécula* un Ruiz mondo y lirondo, uno de los innúmeros Ruíces; casi, casi, menos que el *sobrino* de marras?....

No oculta Marcelo sus pecados. La sincera confesión prosigue: «Me gustaba viajar....; mi afición más acentuada era la de los viajes; pero, en ellos, me seducía más el artificio de los hombres que la obra de la Naturaleza.... Amaba á Madrid y después de Madrid, á sus similares de España y del extranjero; las más grandes y más alegres capitales del mundo civilizado. Lo que quedaba entre unas y otras, me tenía sin cuidado, y pasaba sobre ello, para ir adonde fuera, como insensible proyectil, que lleva el paradero determinado desde su punto de origen.» Saltaba, pues, el pobre Ruíz del sarao á la *soirèe;* de nuestro Hipódromo á *Longchamps;* de los toros madrileños al boxeo londinense; quizá de *Eslava* á *Folies Bergéres,* y de la *bailadora* á la *divette,* y siempre.... *de coro á coro....* Le encantaba más el arte humano que la Naturaleza soberana, como una modistilla prefiere cualquier folletín horripilante al Quijote, porque le entiende mejor. El libro de la Naturaleza exige también al que pretende hojearlo, y con más alto motivo, la misma condición que demanda otro libro cualquiera: el conocimiento cabal, ó, por lo menos, *suficiente,* del idioma en que fué escrito.—Así como el pequeñuelo vuelve, á golpes de su manecita, las hojas sabias

del volumen que tomó en la biblioteca paterna, con el móvil único de buscar *los santos*, así Marcelo buscaba las estampas vistosas del gran libro del Arte, y adquiría «cuadros y esculturas en las exposiciones, por considerarlos principalmente como artículo de lujo;» y también curioseaba el cromo chillón en política y en literatura; procurando la amistad con los primates de uno y otro género, «no por políticos ni por literatos precisamente, sino por la resonancia de sus nombres y el atractivo de sus conversaciones.» Y extrayendo del saco de sus culpas hasta las migas y la pelusa del fondo, para que no se juzgue incompleta la confesión, así continúa el penitente: «Me gustaban los toreros á cierta distancia, y á cierta distancia cultivaba la amistad de algunos de ellos....» *A distancia*....; quizá porque viéndolos caminar del brazo con el *Ministro*, con el *Duque*, y con el *General*, le parecería que acercarse un poco más.... ¡era demasiado sobresalir!....

Bien se advierte que miraba el vástago de la casona de Tablanca las cosas de la vida, como miraba su doctorado en ambos derechos: éste no era, para él, la Ciencia, el estudio, la obligación de ilustrar á los demás, haciéndolos partícipes de aquello que otros nos prodigaron, no: era el traje académico, el uniforme, el título caro en su marco de relumbrón; dicho de una vez: *la envoltura*. Y así, en todos los aspectos sociales, él no fatigaba la vista penetrando á través del forro engañador, ni expuso jamás á *sacrílega* mella el limado filo de sus cuidadas uñas, por el mero prurito de

rascar la superficie y descubrir la entraña.

Un vacío deja Marcelo en su autobiografía. Nada nos dice acerca de sus creencias religiosas. Verdad es que aparecen durante el curso del libro; pero de una manera no muy transparente. Si hemos de atar cabos, á fin de lograr una mediana cuerda que nos sirva para traer á luz de crítica lo que guardan las nebulosidades de la obra, debió ser nuestro héroe medio católico entre los *incircuncisos*, y medio escéptico entre los creyentes, porque no otro es el patrón de la sociedad bullidora y danzante en cuya comparsería figuraba. De seguro, capaz era de repetir el *Padrenuestro* en castellano y en francés, y quizá en inglés, puesto en las apreturas de un examen; pero jurara yo que no le rezaba ni en inglés, ni en francés, ni en español, todos los días. La imaginación le ve entrar con el mayor núcleo (para no sobresalir) en el Templo donde se celebran las exequias de un Prócer, cuando se acerca el instante de despedir el duelo; ó en la iglesia de moda, los domingos *apacibles*, á óir la Misa *chic* de la hora de mediodía, ó el sermón del orador famoso, cuando la entrada es por papeleta; ó el concierto sacro, si él se halla en París, y tiene la fiesta lugar en la *Madeleine*.... El Ruíz de Bejos cortesano profesa el paganismo corriente, sin duda, ataviado con ligero y mal cosido ropaje de piedad, que cualquier vientecillo *de la izquierda* desnuda y esparce. Piensa que en la portería del Cielo existe algún rótulo, donde se copia la condicional de rúbrica en muchas invitaciones de *sociedad:* «Los

caballeros vestirán de frac ó smoking, y las señoras con la *desnudez* de etiqueta;» y cree, por ende, que no es la vesta cándida el atavío que el hombre debe llevar sobre la misera carne, para subir al eterno goce, sino el traje de ceremonia que usó en la tierra, sin que nadie tenga derecho á inspeccionar *la ropa interior*.

Conste que le pido gracia si fuí más allá de lo justo en la conjetura; pero también conste que si él hubiérase manifestado más claramente en este importantísimo particular cuando narraba su vida en la Corte, me ahorraría el trabajo y el no leve picor de la desagradable hipótesis (1.)

Ya es hora de que se me objete: ¿dónde está el lado bueno?.... Pues le tenemos en las siguientes líneas del protagonista: «Debo á Dios, entre otras muchas mercedes, la de un temperamento singularmente equilibrado de humores, que me ha permitido atravesar por las más peligrosas asperezas de la vida sin dejar entre ellas la menor tira del pellejo. Muy pocas cosas me han llegado al alma, y rara vez me he apasionado por la mejor de ellas. Esta ha sido mi mayor fortuna en medio de la libertad y de la abundancia en que viví, siendo niño mimado y consentido, mientras fui *hijo de familia*, y rico y desligado de toda traba en cuanto quedé huérfano de padre y madre y me declaré *mozo de casa abierta*. En estas condiciones y con un temperamento más apasionado, sabe Dios lo que

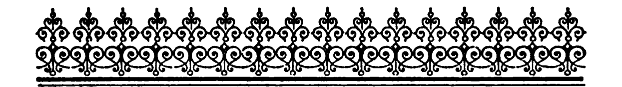
(1) El tono general del cap. I nos da la idea de un católico de *Misa de doce*.

hubiera sido de mí y de mi dinero».... Verdad es que en las copiadas líneas vuelve á señalar Marcelo aquella su condición pasiva de *tablero* donde toda superficialidad dibujó su figurín; pero al mismo tiempo demuestra que bajo la granillosa epidermis habrá, sí, algunas vísceras no del todo sanas; pero ninguna entregada á inexorable corrupción. Puede regenerarse aquella naturaleza moral, presa de un principio de anemia; y quizá un médico del alma hubiera recetado lo mismo que un médico del cuerpo para la dolencia similar del orden físico: «vida de aldea y aires puros de la montaña.»

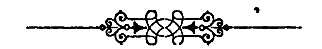
Sobre la mesa-escritorio de su despacho tiene Marcelo esa receta providencial. Se la manda el señor de Tablanca, rogándole que llegue hasta él, para hacerle menos solitarios los últimos días de su vida. La soledad del cántabro rincón brinda su nido á la soledad cortesana, para que se fundan las dos al calor del viejo hogar gentilicio, y surja de su fusión la familia perdida. Y aquella nobleza latente, que vivía en las entrañas del mozo egoísta, bulle y vaporízase, invadiendo tejidos, caldeando arterias, filtrándose por músculos y nervios, agrietando en fin, la parte más débil de su costra madrileña, y modulando, al salir como un torrente por la improvisada garganta, el grito de la sangre.... Marcelo aún pesa y mide, con medio corazón en su vida muelle y varia, y con el otro medio en aquel noble viejo que siente ya «el vocear de la tierra», y no quisiera responder á esa última llamada, mientras sobre aquélla no

deje quien le sustituya en su ministerio de rey paternal.... Quizá el patriarca no pide tanto en su temblona epístola; pero el de la Corte lo presume, leyendo entre líneas, y se asusta un poco de aquel avance de su penetración.... En todo caso, él *cumple* afrontando las arideces del éxodo y transmitiendo hálito de consolación al pobre anciano, que ya está con un pie en el sepulcro.... Y si no es su *heredero,* será su *agonizante*.... Levantará su corazón, mientras viva, y le cerrará los ojos, cuando se apague en ellos la luz.... Después.... después.... «el porvenir es de Dios».... Así murmura nuestro personaje, quizá mascullando el proverbio en su texto francés originario.





EL ARGUMENTO DE LA SANA COMEDIA



JORNADA PRIMERA

El poder de las tinieblas

Hemos dejado al protagonista, Marcelo Ruíz de Bejos, haciendo su equipaje y despidiéndose de los muebles coquetones de su casa *de soltero*. Comprendía él muy bien ese amistoso «¡hasta después!» que da la *crème* veraneante á la Corte frita, cuando los ardores del sol estival aprietan; pero lo inconcebible para el madrileño de raza, para el entonado gomoso, era aquel adiós tan triste al *confort* de su chimenea francesa, del muelle Casino, del teatro incitante, del magnífico sarao; y al cinematógrafo movido y pintoresco de la vida otoñal matritense; y todo por el compromiso de ir á sepultarse Dios sabe dónde y hasta cuándo, precisamente á las puertas del mes de no-

viembre, al tiempo en que la cuquería explotadora, la vanidad aristocrática y el parlamentarismo, colocan en todas las esquinas el programa de los espectáculos *sensacionales* que brindan para el invierno. Es más cruda de lo que á primera vista parece esa peregrinación que Marcelo va á comenzar, desde el Casino *chic* á la cocina primitiva de la casona; desde el teatro moderno á la antigualla de las consejas rústicas; desde el cotillón al *periquín* montuno; y, sobre todo, hay mucha diferencia *de hacer el oso* en los grandes salones á *cazar al oso* en la soledad funeraria de las montañas cubiertas de nieve. Doy por hecho que cualquier optimista se imagine, al hablar de la paz aldeana, los árcades pastores tocando las zampoñas, que parecen acordadas por el dulce mirar de la zagala sencillota y alegre; y siempre azul el cielo, y siempre tibia y perfumada la atmósfera, y eternamente cantando los pájaros sobre las ramas cargadas de sabrosos frutos, ó en el silvestre jardín de nunca soñadas flores, ó en la choza que encanta la virgen de áureos cabellos.... Doy por averiguado que en la Naturaleza, divinamente matizada, sea todo fecundo y fácil, armonioso, ideal; y que en la sociedad campesina los años presten infalible sabiduría, y unos y otra marquen la escala jerárquica.... Pues bien: con tan puros atractivos, con tan ordenado régimen, con la nota de fecundidad en todo lo bueno, y el estigma de la aridez en todo lo maléfico y tortuoso;.... dudo yo que un hombre, hijo de Madrid y al promediar la vida, haga su equipaje y tome el rumbo de

la aldea, diciendo, *¡agur!* á la gran sirena mundanal; á esa otra Arcadia de huevo hilado y caramelo que, si no tiene pastoras, cuenta por docenas los *horizontales* y por miriadas las modistillas; y, si no hay en ella zampoñas y rabeles, abundan, en cambio, los más famasos tocadores del pito y del violón.... No posee, ciertamente, la bella floresta de ensueño; pero tiene *el Retiro:* no la bañan ríos argentados, ni la adornan lagos de zafir; pero lava sus miserias el Manzanares, y navega su juventud, á diez vueltas por minuto, en el *estanque* clásico. Frutos sabrosos, no los da su ingrato solar; pero los adquiere.... con el dinero que anticiparon los mismos vendedores.... Irisados pájaros de lengua de coral y pico de oro....; ¿para qué los necesita, si cantan, en su jaula suntuosa, el político y la gran dama, el periodista y la *estrella*, el *tomador* y la *golfa*, el *gancho* y la *celestina?*.... Los campos nemorosos, de aire vital y solemne calma, no son, no pueden ser, para el hombre de la urbe, más que *una variación de postura* durante un mes de cada año; la almohada veraniega donde el madrileño esquiva la eterna pesadumbre *ritual*, para volver á empezar su vida febril con nuevo coraje. Andurrear perpetuamente de prado en prado, mas sin Loreto (1); en la soledad, pero sin Retiro; en la umbrosa frescura, pero sin *estanque;* en un paraíso de armonías, pero sin la orquesta del Real; en el vigor, sin gimnasios; en la

(1) Loreto Prado, célebre actriz, ídolo de la Corte.

Ciencia, sin ateneos; en la cabal gallardía del cuerpo, sin Fulard y la Camame; y en perfecto equilibrio del espíritu, pero sin Parlamento, sin *cervecería*, sin Misa *de doce....*; ¡oh! sería más espantoso que para un gitano el oficio de sepulturero (1), ó para cualquier supersticioso el derrame de la sal y del vino, y la ruptura de un vaso, todo al mismo tiempo, en martes y á trece del mes.

Presume ya Marcelo que la soledad de Tablanca no es propiamente esa regalada placidez que nos cuentan las antiguas fábulas. Tiembla de frío, como temblaría cualquier vecino de la calle del Arenal, ó cualquier tertuliano de la señora H. ó del Marqués de N., si le invitasen á últimos de octubre para un cotillón en los picos de Sierra Nevada. Y hasta me atrevo á decir (válgame el inciso) que hizo bien nuestro autor al disponer las cosas de modo que su novela, terminada en diciembre, no viese la luz hasta la primavera de 1895; porque, de ser lanzada al público en pleno dominio de zambombas, *nacimientos,* villancicos y anguilas de mazapán, no hay Marquesa que avance más allá del primer capítulo, ni gomoso que, al mediar el segundo, no tenga que pedir al ayuda de cámara su gabán *siberiano*, para abrigarse contra el frío de los *puertos*, que se filtra hasta por el espaldar de su poltrona, y le cristaliza la médula de los huesos.... y del alma.

---

(1) Conocido es el horror de los gitanos á los muertos. Haciéndoles conducir cadáveres al cementerio, pudo ahuyentarlos el alcalde de una histórica ciudad andaluza.

El *maestro* de Polanco se afana por añadir nuevos grados á la *sombra*, y abofetea el termómetro con aire de los desfiladeros, buscando una temperatura boreal que ofrezca dignamente su casa al *viento* y sus catarrales servicios al Ruíz de Bejos pulcro, receloso y egoísta. Sí; el gran pintor de la *tierruca* natal complácese en aglomerar nube sobre nube, con el fin de que luego parezcan más admirables los resplandores de la luz; y *permite* que baje el termómetro para que después se reciba, con mayor alegría del cuerpo y del espíritu, el halágo del calor vivificante.

Lo prometido es deuda, y Marcelo se apresura á pagarla. Sale de Madrid con su balumba correspondíente y un lío de inquietudes á guisa de añadidura. Ya le tenemos en Reinosa, dispuesto al sacrificio, en el capítulo segundo de la novela, que está dedicado á reseñar el viaje complementario del héroe, desde las alturas reinosanas, á las *honduras* tablanquesas. Y gran fortuna es para el lector de paladar *montañesuco*, que no estuviese á la sazón construído el ferrocarril de Santander á Asturias; porque si el peregrino de nuestra historia se ahorraba con ello mucha parte de su calvario, quedábase el curioso leyente sin una de las más bellas descripciones que ha producido la pluma del hombre... Admirable es Pereda combinando rasgos dispersos para ofrecer esa galería de tipos montañeses, que unas veces retrata las noblezas y máculas de *algo* que ya pereció, y, otras, la sencillez ó la cursilería, el valer ó la nulidad, de gentes que vemos en

todas partes y tropezamos á todas horas...; sublime le encuentro cuando, al describir el *ábrego* de Cumbrales, parece que reduce á *notas* gigantes el mugir de sus ráfagas, como si tuviera en su mente la placa sensible donde, en signos infinitamente variados, deja el huracán la impresión perenne de sus calmas fugaces y de sus terribles ensañamientos...; trágico insigne me parece al narrar en *La Puchera* el justo morir del insaciable *Berrugo*, desplomado con su ilusión hasta la sepultura de las espumantes olas del mar, desde aquel boquete del cantil, puerta de la esperada fortuna y de la soñada gloria...; épico en su numen, cuando pinta, con rasgos *únicos*, la galerna cantábrica, á cuyo azote feroz, queda entre los montes de agua, que en loca batuda se persiguen, la vida de Muergo bravío...; pero nunca, ni al describir en *Peñas arriba* la epopeya silvestre de la caza del oso y la del salvamento de Pepazos, víctima propiciatoria, que los remolinos querían ofrecer á la fosa nevisca; ó la grandeza de las *alturas*, donde canta don Sabas la majestad de Dios, y Marcelo escucha con el arrobamiento de *los pastores*, cuando les sorprendió, en su rústica vida, la primera inefable nota del *Gloria*, entonado por los ángeles...; nunca, repito, me ha parecido el *maestro* tan grande artista como en este pasaje, que ahora me atrevo á glosar... De serle á un hombre posible distinguir matices en el caos..., ese hombre sería Pereda.

Los que alguna vez cabalgaron por senderos abruptos que, si no llegan en lon-

gitud, ni en soledad, ni en aridez, al que recorre Marcelo en los comienzos de la novela, tampoco pueden negar *el aire de familia*, conservan de ellos una impresión penosa; y si les pidieran el símbolo de la impresión, trazarían una raya gris (el vericueto calvo) y dos listas negruzcas (las simas que á derecha é izquierda cavó el espíritu del vértigo, llenándolas de rumores confusos; tal vez del sordo rugido con que piden los antros del fondo su banquete de carne humana).—Si alguien dijera al caminante que, de aquella sucesión de abismos y cumbres, pudiérase hilvanar un maravilloso relato, ávidamente seguido por el que lee; de fijo lo reputara tan imposible, como imposibles son la jovialidad y la calma en el bisoño *alpinista*, que por tan ariscos vericuetos se aventura. Y he aquí el gran milagro de Pereda: vidente profundo del *alma* de la Naturaleza, penetrante lector de todas sus páginas, avisado fiscal de los mínimos detalles, perceptor seguro de todas las notas esparcidas y genial compositor que recoge y aduna los *motivos* dispersos, para enriquecer nuestra literatura con el cantar que todas las cosas creadas entonan á la omnipotencia del Dios que las hizo...; nada se le escapa de cuanto los ojos no ejercitados encuentran borroso y anodino; de todo aquello que, bajo la costra gris de su insignificancia, encubre hondas cuerdas de una lira incógnita, que el arte de nuestro mago hace vibrar; á la manera que hace *surgir* el agua prolífica, desde lo inexplorado á la superficie de la ári-

da tierra, la videncia extraordinaria del *zahorí* (1).

Los cántabros de raza, familiarizados con las adustas lomas y sus despeñaderos, remembran, siguiendo las huellas de nuestro alicaído señorito de la Corte, páginas enteras de su vida, y no pueden aburrirse... Y los *de tierra llana*, que reputan alta cumbre el picudo remate de cualquier almiar, podrán leer el segundo capítulo de *Peñas arriba* movidos á compasión, y un poco nerviosos, y un tanto escalofriados; pero no le dejarán por hastío. Y es que el lince novelador ha sabido entrelazar, con tan diestros hilvanes, las melancolías del señorito *en berlina* y los donaires del incansable Chisco: la pintura riente del valle de los tres Campóes y el cuadro medroso de aquella escala de cíclopes, que parecían cerrar al viajero el paso hacia sus lares; y de tal manera (cuando atisba señales de cansancio en el lector neófito) le aviva el interés, brindándole á recrear la vista en la corriente del Híjar y en las ruinas del castillo de Argüeso, ó á merendar con Chisco, en la aldehuela perdida, queso de ovejas y pan de centeno, á falta de primores

(1) Llámase zahorí la persona en quien el vulgo supone la facultad de ver las cosas ocultas. Como nota curiosa diré que en la ciudad donde resido vive un hombre que ha demostrado seguridad excepcional para designar los sitios en que pueden abrirse pozos con verdadero éxito. No sé qué detalle de rara sensibilidad, de extraordinaria videncia física, puede orientarle; pero anoto el hecho, del cual tengo en mi propia casa una prueba evidente; juzgándole tan lejos de la casualidad, como de los misterios que la vulgar superstición comenta.

culinarios de Lhardy; ó á descansar el espíritu, rindiendo la pleitesía del creyente junto al Santuario de la Virgen de las Nieves, que eligió su trono en aquella desamparada soledad..; con tal precisión combina matices y aquilata proporciones, distribuyendo la sal y la pimienta, el dulzor y los amargos de su pluma grácil; que ni se advierte sosera, ni apunta lo monótono en la descripción de aquella escena sombría y de aquel escenario pavoroso. Hasta busca el autor la variedad en lo terrorífico, inquietando al viajero con el torcer súbito de las cabalgaduras «hacia la derecha enderezando las orejitas y mirando recelosas hacia la izquierda», y la especie de ¡apaga y vámonos! del escamado guía: «¡Pique, pique, y atrás!»; con lo cual se hace el lector á la idea de un peligro que aun no le han mostrado; de una incógnita que hábilmente se mantiene, para despejarla cerca del final, cuando averigua Marcelo, por boca de Chisco, que los aspavientos de las caballerías, y la propia alarma del montuno, reconocieron por causa la vecindad de un oso, fiera *muy urbana*, según el espolique; reposada *señoría* que á nadie acomete, si no la provocan; circunspección supuesta, que no sé hasta qué punto lograra calmar el repentino espanto de cualquier viandante que se hallara, en plenos vericuetos, con las *buenas tardes* de la culta majestad osezna.

Mal puede imaginarse nadie un camino tan apropiado, como el que Marcelo seguía, para tormento de la comodidad. Apenas se inició *la calle de la Amargura*, ya le obli-

gaba el aire serrano «á levantar, hasta las orejas, el cuello de su recio impermeable» (1), agravando los escalofríos y entumecimientos de la madrugada que pasó en el tren. La vista del Ebro y de sus manantiales, y las desparramadas aldehuelas, «no muy alegres de color», pero que así y todo «animaban un poco la monotonía del paisaje» (2), distrajeron *otro poco* la pesadumbre del condenado, haciéndole menos insoportable el peso de la cruz y la perspectiva del calvario. Párase á contemplar el curso del viejo *Iber* reprochándole aquella prisa con que se arroja, desde su montañés origen, para enriquecer los *anchos campos* de Castilla (3). Tal vez no se le ocurre pensar que, á la manera del río insensible, los hombres conscientes abandonan la tierra nativa, para ofrecer la fecundidad de sus obras al grande acervo de la extraña pro. Ellos, desertores voluntarios, y no el río, que sigue una ley fatal, merecen el anatema de Marcelo, en el que, por otra parte, mayor dosis puso la envidia que el escándalo. Agua es nuestro héroe del *nacimiento* de Tablanca, y á él vuelve por milagro, contrariando el fuero, *absoluto* en la Naturaleza, *predominante* en el espíritu, de la velocidad adquirida... ¡Con qué gusto emprendiera la ruta del Ebro, si no le atase la palabra empeñada, la ilusión anhelosa del anciano que le llamó; el ministerio, por la nobleza impuesto, de aceptar la pendiente

(1) Página 19.
(2) Páginas 18 y 19.
(3) Página 20.

árida, y la cruz abrumadora, y las espinas del tedio, sólo por redimir del hielo mortal, de las nubes siniestras, en el crepúsculo vespertino, aquel espíritu del viejo tablanqués, obstinado en pedir á la flácida carne los antiguos bríos para sostener enhiesta la patronímica bandera, hasta que surja el abanderado futuro, en quien deposite, á la hora de *partir*, aquella manda perpetua de la dignidad hereditaria!

Un tanto se despejan los ánimos de Marcelo cuando Chisco le comunica optimistas nuevas sobre la salud del octogenario, que «es de güena veta, y hay hombre pa largu»; pero como si esta ráfaga de buen viento fuese para él demasiado mimo, vuelve á sentir el agobio de la cruz, con la vista fija en aquel suelo «desconcertado y pedregoso á más no poder» (1), y con el pensamiento clavado en las palabras del guía, que reputaba las asperezas aquéllas como «una pura sala», en comparación del largo camino que aun tenían por delante... «¡Buen consuelo para mí—dice el matritense—que llevaba ya los riñones quebrantados de caminar por tantos y tan repetidos altibajos y comenzaba á sentir en mi espíritu madrileño el peso abrumador de los montes y la nostalgia de la Puerta del Sol y de las calles adoquinadas!» (2).

El curso del Híjar, la grata perspectiva de Campóo, cuyas risueñas praderías, cruzadas de senderos blancos y tentadores, «robaban la vista;» y las ruinas simpáticas

(1) Página 22.
(2) Página 23.

del castillo de Argüeso (1), disiparon un poco las nieblas del pobre *mártir,* después de aquel apabullo con que le obsequió la maza verbal de su espolique.... Pero fué levantarse y.... ¡otra vez por el suelo!.... Apenas dejado atrás el castillo, vuelve el gigantón á izar la maza, y pronto la siente el de la Corte haciéndole polvo aquellos conatos de revivido alentar. «Se acabó aquí lo yanu y andaderu,» *la pura sala,* como dijo antes. Si así era la sala, ¿qué tal sería lo demás?.... Chisco extiende el brazo y señala una loma; é irguiendo un poco el indicador, apunta á otra eminencia, detrás de la primera y de mucha mayor altura. En los adentros zozobrantes del forastero amaga esta pregunta: *¿es allí donde me van á crucificar?...* pero el guía le dice que su *gólgota* está más lejos: por encima de la segunda loma, «sobre la cual únicamente se ve el cielo,» han de transponer, «y así y con tou, hay mucha tierra que pisar al otro lau.» (2.)

El valle grato de los tres Campóes (la tentación á la huída) (3) visto de lejos otra vez, con la tristeza de la nostalgia, sirve para aumentar la pena del expectador novato, que, mientras lleno de asombro contempla después el imponente panorama que desde *el Puerto* se divisa, aun conserva estampada en la retina la imagen del hermoso paisaje. Compara el pensamiento, y les dice á los ánimos, para que de una vez se

(1) Páginas 23 y 24.

(2) Página 28.

(3) Página 28.

hundan y no se levantan más: «Allá (en los Campóes) la llanura abierta, los campos amenos, el sol radiante, los frutos, las flores, la égloga, el idilio de la vida; aquí (en el Puerto) la bravura salvaje, la lobreguez de los abismos, el silencio mortal de los páramos, la inclemencia de la soledad; allí, el hombre, rey y señor de la tierra fértil; aquí, siervo infeliz, sabandija miserable de sus riscos escarpados y de sus moles infecundas.» (1) El ánimo entonces, congojoso, muriente, se sintió «invadido de una profunda tristeza.»

Las noticias del espolique siguen *rebombando* en la cabeza, ya trastornada, del cuitado madrileño. En la hosca penumbra de aquel pozo, cuyo inmenso brocal formaban las montañas altísimas, escaladas en parte por la niebla (cual si quisiera el paisaje añadir el caos material á las nubes del pensamiento y á la inquietud del corazón;) entumecido el viajero por «aquel cierzo continuo y gemebundo, que parecía el espíritu funerario de las grandes necrópolis» (2) atrévese á preguntar á Chisco si tiene semejanza con el valle tablanqués la estrechura aquélla.... Y el martillo del bárbaro vuelve á erguirse de súbito, y torna á descender rápido sobre el humano yunque, medio reducido á lámina por el tundir ciclopeo de los golpes anteriores: el valle de Tablanca no es tan ancho, «ni la metá siquiera;» y sus montes «son hasta más altos, sólo que están más tupíus (¡vaya

(1) Páginas 31 y 32.
(2) Páginas 32 y 33.

un consuelo!) más arrimaus unos á otrus.» Y á renglón seguido añade, como suprema ironía: «ya verá lo que es nuestro vayi, y si no le paez puntu menos que la gloria, no sé yo lo que sea cosa buena.»—Marcelo pierde la brújula y se entrega, por una especie de resabio fatalista, al dominio de las nieblas y del cierzo; de las montañas gigantes y de las simas negras, en cuyas honduras, dice, «me pareció que se quebraba el último vínculo que me ligaba al mundo que yo conocía.» (1)

El camino sigue cada vez más tétrico; los abismos sucédense como huesas ingentes, que aguardan los restos mortales de una generación entera, volados hasta allí en turbión de vísceras, de vasos, de músculos, confundidos por el simoun de alguna catástrofe de milenario. Ya son las montañas cual inmensos fantasmas sedentes que rodean la fosa, cantando, con la áspera voz del viento serrano, el prematuro funeral de los muertos, que algún día tendrán allí su morada postrera.... Terrible es aquel escenario, dispuesto, sin duda, para la representación de un episodio apocalíptico.... Los montes, diríase que avanzan para estrechar más el desfiladero, hasta convertirle en una grieta, de tal modo alambicada en su angostura, que apenas daba el suelo «usgoso y desconcertado (habla el matritense) para sentar sus pies, con grandes precauciones, mi jamelgo.» Verdaderamente, la aldea de Tablanca debe ser *la gloria*, como dijo Chisco, porque así lo pre-

(1) Páginas 34 y 35.

gonaba el sendero angosto y erizado que la Naturaleza dispuso para llegar á su retiro. Marcelo, no obstante, abomina esa gloria final, que le suena á montuna jactancia de oso que vive satisfecho en su madriguera, y fulmina dardos de su provocada cólera contra los admiradores de la *sacra dives Natura*, en toda su grandiosidad salvaje: «Aquí—les dice—os daría yo el pago de vuestras sensiblerías de embuste, poniéndoos á pasto de admiración durante media semana.» (1)

«Pervertidas las sensaciones por obra del tedio y del cansancio» (2), llegó el forastero, á la zaga de Chisco, hasta la ermita de la Virgen de las Nieves. (3) Detuvo su presuroso andar el mocetón, y comenzó, gorra en mano (ó chapeo en *tenaza*, que para el caso da lo mismo) á zurcir *padrenuestros* por la salud, paz y sosiego de medio mundo.... El señorito, «bastante pertrechado para salir airoso de compromisos como aquel,» rezaba la segunda parte de la oración dominical, siguiendo al espolique, «no tanto—confiesa—por su intención como por mis necesidades del momento. Tenía racional disculpa mi egoísmo en las emociones de la brega excepcional que traía, y en la que me aguardaba entre las tinieblas de la noche, tan pavorosa en aquellas abruptas soledades.» Y afirma que «con ser la oración aquélla tan usual y tan corriente entre todo fiel cristiano, sonaba

(1) Páginas 39 y 40.
(2) Página 40.
(3) Página 41.

en su corazón y en sus oídos á cosa nueva, en medio de aquel salvaje escenario, tan cerca de Dios, y tan apartado de los ruídos, de las miserias y hasta del amparo de los hombres.» ¿Qué intríngulis sería el de aquellos padrenuestros, que tan distintos resultaron á los de la iglesia de *Calatravas*, sacro *asubiadero* del famoso *Pinar de las de Gómez?*.... Mejor aún: ¿qué dosis de horror á todo lo visto, de pavor á todo lo previsible, no demuestran los fervores de la sencilla plegaria y el comentario que en el libro la sigue?.... Indudablemente, fueron aquellas horas de las que penetran en el corazón del hombre con tales raíces, que las múltiples emociones sucesivas no pueden arrancarlas de allí; largas, agónicas,

horas de llanto
en que rezan á solas los ateos,

como dijo Pereda en *Pachín González*, tomándolo de un inspirado versificador.

Sonó, por fin, el último *siglo* de la última infausta hora, y el suspirado Ruiz de Bejos cayó en los brazos del otro Ruiz de Bejos que por él suspiraba. Cuando leo que experimentó el de Madrid «la sensación de unas manazas que le golpeaban cariñosamente las costillas» (1), doyme á pensar si aquel hombre molido y ajetreado, medio alucinado y despavorido, por cuyas venas jurara él mismo que corrían, durante su paso por el desierto, «líquidos pedernales» (2) no pudo creerse, al sentir

(1) Página 44.
(2) Página 34.

los efusivos manotazos en la espalda, conejo propiciatorio ó liebre de holocausto, cuyos apretados lomos tanteaba expertamente la propia cocinera que tenía dispuesto el asador.

—

Cuando llegó Marcelo á la casa de sus mayores, tenía las celdillas cerebrales como archivo sobre cuyos legajos han reñido batalla campal gatos ariscos, ratas acosadas y perros de presa... ó chiquillos mal educados, que ellos solos valen, para el caso, por todos los animales domésticos y sin domesticar. Ya nos dijo, al describir su viaje macabro, que llevaba pervertidas las sensaciones; y después, refiriéndose á la entrada en la casona de don Celso, asegura que no adquirió la noción de cuanto le rodeaba, y aun la de sí propio, hasta que, al calor de la fogata que ardía en la cocina, se desentumecieron sus ateridos miembros, volvió á circular la sangre con regularidad, «y con ella revivieron y se enquiciaron los componentes de la entorpecida máquina de sus ideas» (1). Este volver á quicio del caletre no pasó entonces de ilusión, ó, á lo menos, de cosa muy relativa, porque el urbano huésped descuidaba medianamente su urbanidad, concediendo preferencia en el examen á las chocolateras y cacerolas, á los ollones y tenazas, al cazo déspota, que todo pretende agotarlo de un solo buceo, y á la democrática espumadera, que deja escapar la *substancia*, y únicamente retiene lo más

(1) Página 45.

soplado y estorboso; á la llama pujante y al negro muro que parece robar su claridad...; sin parar mientes en don Celso, «que le buscaba la palabra, colmándole de atenciones cariñosas» (1). Por fin, después del último chisme culinario, tocóle al patriarca su turno de inquisición madrileña. El pobre anciano siente que se acerca su último dia, y abandona el porvenir en manos de Dios; pero Marcelo juzga que *puede* haber «hombre para largo», aunque «sin acercarse mucho á los optimismos de Chisco» (2). Mas, como estaba decretado que nuestro héroe todo lo padeciera y nada gustase en aquel su *debut* aldeano, pronto llegó el diálogo con Facia (3), y ésta le puso *carne de gallina*, pintándole con vivos colores aquella decadencia súbita del buen señor, verdadera y angustiosa *capilla* de una muerte próxima. La humilde servidora, hija por adopción sin fórmulas, de la casona de Tablanca (4); doliente y gemebunda, ante la visión de la desgracia tremenda que se la venía encima, con la descontada muerte de su bondadoso amo, era una influencia negativa para la salud moral de Marcelo. Necesitaba él que le paliasen las amarguras de aquella prisión semi-celular en que creía encontrarse, y hele aquí precisado á henchir de postizo almíbar su copa de cuasia, para suavizar con el dulce de pega los más hondos pesares de sus dos carceleros: el patriarca y *la mujer gris*.

(1) Página 46.
(2) Página 48.
(3) Páginas 57 y 58.
(4) Página 97.

No más risueña fué la impresión que le produjo la casona. Empezó á conocerla por la cocina, que es *lo primero* en el vivir positivo de la gente del campo. Las aldeas no conocen todavía los modernos sistemas de calefacción; y *corre con el gasto*, verdaderamente pródiga en el tiempo crudo, la gran lumbrona del hogar clásico. Extraño le pareció al de Madrid el aspecto de la cocina patriarcal, «á la luz de la enorme fogata» (1), que, al reflejar sobre los ahumados muros, prestábales algo así como el relucir «del azabache bruñido» (2). En el alma de Marcelo invadida por tantas y tan lúgubres ideas en aquella noche triste, dos fantasías pudieron alternar, dejándole, como huella, la impresión de aquel extraño aspecto que notara en la cocinona... Tal vez imaginó en el fuego, que lamía el llar, la incineración de sus hábitos arraigados; el sacrificio que don Celso le pidiera en su carta, y quizá el otro más grande que aun no le insinuaron; pero que le pesaba ya con el peso latente de las intuiciones. Y por otra parte (en el mismo terreno de lo imaginativo, que á la sazón pisaría Marcelo tambaleándose) la cocina, con sus paredes negras y la llama gigante del hogar, semejaba una capilla ardiente, iluminada por colosal antorcha, donde el cadáver del gomoso *viejo de las novedades* se descomponía, piadosamente velado por el *nuevo* legionario *de las vejeces aldeanas*... ¡Quién sabe si los dos ensueños se confunden, for-

(1) Página 55.
(2) Página 46.

mando un solo vaticinio de regeneración!..

Al salir de la cocina, para enseñar al viajero lo principal de la casona, sirve el patriarca de cicerone. Con él va cruzando pasillos y estancias; y, de todo cuanto ve, lo más moderno es el propio guía. Son medrosos los pasillos, desmesurado y obscuro el comedor; y aunque más placentera de tonos la sala donde Marcelo ha de aposentarse..., «¡qué frío se sentía en ella!» (1). Y ¿cómo no, si hasta en la cocina de aquella casa temblaban de frío en pleno verano, así que se producía corriente de aires! (2). En resumen: atendiendo á la disposición interior del edificio, arquitectura *esteparia* podría llamarse la suya.

Marcelo, que se cree transportado del páramo-camino al páramo-casona, busca la diferencia entre una y otra tortura; entre el negro bruñido de la cocina, que hace poco dejó, y el negro caótico de las *tinieblas exteriores*. Abre el ventanillo ó cuarterón de la hoja más próxima, y encuentra... el misterio de lo *negrísimo*; abre después toda la hoja..., y le parece que la obscuridad aumenta. El silencio de Tablanca es «peor que el silencio *absoluto*»... Se escucha el bramido del río, al cual «servía de fatigoso acompañamiento el golpeteo de la lluvia... Me daba esta música gran tristeza —dice el pobre huésped— y cerré la puerta del balcón más que de prisa» (3). ¡Ya

(1) Páginas 51 y 55.
(2) Página 51.
(3) Página 56.

lo creo!... No podía soportar los primeros *inefables resplandores* de aquella *gloria* que Chisco le prometiera...

Volvió el joven á la cocina de don Celso, ansioso de hablar con alguien para no caer en la manía de la completa soledad, á que tanto pábulo dieron la negrura de la noche y los nubarrones que pasaban y repasaban el espacio solemne del cerebro, sin dejar un claro para que reluciera la más nimia ilusión.... El mismo presidio no es tan aborrecible por el grillete, como por sus añoranzas; y los criminales tal vez odian, en la cadena, más que la opresión, el alejamiento en que les tiene de todo aquello, recto ó torcido, santo ó diabólico, que amaban. Denle al pájaro grata compañía dentro de la jaula, y no llorará por la perdida libertad de los aires; concédanle al hombre recluso *un objeto* capaz de llenar su labor de cada día, y en las cuatro paredes que le cercan verá escrito el *non plus ultra*, no de la Ley que le castiga, sino de su propio deseo, que allí se circunscribe y allí acaba. Cierto novelista ideó la historia de un prisionero en torno de las evoluciones de una flor; *Picciola* constituyó *su objeto*; llegó á delirar por ella, y no sentía el péndulo del *gutta cavat lápidem*, reloj de mortal isocronismo que agosta la existencia del hombre en soledad. Y dejando la historia de Charney (que era el aludido prisionero) veamos lo que nos dice sobre punto de tal importancia, departiendo con su sobrino, el octogenario tablanqués: «En no viendo yo estos picachones encima de la cabeza, por

donde quiera que ando, me hago cuenta que no veo cosa de gusto ni de traza, y hasta la mar de la costa me parece una *pozuca*, comparada con las anchuras de este valle.... donde hay gentes que se caen de viejas, sin haber salido de él más allá de lo que corre de una alendá un perro con asma. Y se morirán tan satisfechas, como si murieran de *jartura* del mundo que tú conoces. Créeme, hijo, cuanto menos carga de antojos se saque de esta vida, más andadero se encuentra el camino de la otra. Hay quien *jalla* la mina cavando en un rincón de su huerto, y hay quien no da con ella revolviendo la tierra de media cristiandad. Ahora, tú dirás quién es más afortunado de los dos y más digno de envidiarse....» (1)

Nuestro héroe reconoce también la ausencia de objeto como principal causa de su melancolía y por eso discierne: «Si entretanto hubiera habido en mí alguna inclinación, alguna aptitud de las que hacen placentera á muchos hombres, sin ser aldeanos, la vida campestre, menos mal; pero por desgracia mía, me faltaban todas en absoluto» (2). Marcelo, por ende, que llegó á Tablanca intimidado por el prejuicio de su falta de adaptación al medio en que iba á vivir, sentía el horror al vacío, á la soledad *en compañía*, de que habló el poeta; y quizá retornaba á la cocinona patriarcal, buscando, con ansia de náufrago, algo que ocupase el inmenso cóncavo de su mente

(1) Página 83.
(2) Página 68.

sin brújula; pidiendo tal vez lo pintoresco á la *psicología* (como ahora se dice) de aquellos seres casi medioevales, á cuyo existir su voluntario grillete le encadenaba, ya que no pudo hallarlo en las tenebrosidades repulsivas de la adusta Naturaleza. Le son presentados el Cura don Sabas y don Pedro Nolasco de la Castañalera (1). Ni la disputa entre el patriarca y el cetrino gigantón, ni los incisos de don Sabas, tan huérfanos de sal como abundosos de latines, pueden interesar al espíritu del señorito de la Corte, adobado á la moderna, con todos los estimulantes del novísimo cartel. ¿Qué halla en don Sabas? El *gris* de lo trivial. ¿Qué descubre en don Pedro Nolasco? Lo opaco, en el fondo, con un marco donde algo reluce: la grasa, la pátina sucia de aquella glotona y descuidada vejez.—Y en el *banquete* con que don Celso festeja la llegada del esperado huésped, comienza éste á horripilarse ante las jactancias primitivas de aquella mesa, donde todo «era macizo», grande y abundante hasta lo increíble», como festín giganteo, que aguarda la digestión en las caminatas legendarias, de cima en cima, saltando las floridas vegas, los espantables abismos y los azules golfos.

El comedor de la casona era un páramo alumbrado por la luz del velón que se perdía casi «en el negro espacio, antes de llegar á la mesa» (2). Las austeridades de la penitencia tendrían allí más adecuada pe-

(1) Páginas 60 á 62.
(2) Página 69.

numbra que las satisfacciones del refrigerio, amigo de la luz radiante. Cuando el anfitrión y sus convidados sentáronse al *festín*, cualquier espíritu novelero esperaría que se agrietasen las vetustas paredes, ofreciendo paso al *Comendador*, presidente nato en aquel cenáculo funeral.

El hijo de Madrid, acostumbrado á los comedores deslumbrantes y á los *gabinetitos* coquetones de *restaurant*, debió preguntar cariacontecido si era el páramo donde cenaba sala de banquetes ó subterráneo de *ágapes*... No parecía sino que el tedio reclutaba todas sus legiones para que envolvieran al neófito: sentábase á la mesa con tres ancianos, setentón el menos viejo, y miraba al Párroco no como al amigo que viene á solazarse en la intimidad, no; mirábale como debe mirarse al Sacerdote que se dispone á ejercitar lo que hay de más terrible en su augusto ministerio: la caridad de agonizante... ¿Cuál de los dos *caería* primero?... ¿Aquel don Celso asmático, ó aquel Marmitón voraz, montaña de carne octogenaria, que estaba provocando el rayo de la apoplejía?...

Medrosa era la sombra exterior que á Marcelo espantaba; pavorosa aquella palidez del velón, aquella penumbra de la vida que muros adentro enseñoreábase. La sociedad de tres ancianos fué cuanto los paternos lares ofrecieron á la sangre repatriada para consolar su querencia del vivir modernista en la bullidora atmósfera donde se había nutrido de *ácido carbónico* su espíritu durmiente... La casona patrimonial era un sepulcro avaricioso de osamen-

tas *elegantes*, que utilizaba como reclamo al asma de un viejo. Por aquella vez el *cortijo* se vengaba de la Corte.

Dedica Pereda el capítulo quinto de su obra á describir el paisaje de Tablanca; y merecía ese capítulo, á los ojos de Marcelo, cada uno de cuyos comentarios es una verdadera lamentación, formar parte del que consagra el novelista á reseñar el viaje del héroe, desde Reinosa á los *estados* de don Celso, porque del mismo tono sombrío resultan los dos .Habíase dormido el joven «con la curiosidad recelosa de conocer de vista la tierra en que voluntariamente acababa de supultarse» (1), y salió del examen con la curiosidad ahita y los ánimos en quiebra. Como el preso registra los muros y el pavimento de la zahurda que le sirve de morada; y adonde no llegan sus manos, dirige su ansioso mirar, cual si quisiera hundir con la vista el techo y las altas paredes, buscando el arranque, la base del plan de evasión...; asi nuestro protagonista, cautivo en las aldeanas redes, contemplando el horizonte vecino, pedíale un sendero de cabras, una grieta misericordiosa por dondé pudiera escapar... Y nada ve más que la valla circundante de montañas altísimas, de aquellas montañas que parecen tener alli un triple destino:

Atalayas del montuno candor, darán la voz de alerta cuando el doloso enemigo se acerque.

Murallas escarpadas, ellas velan el sue-

(1) Página. 75.

ño pacífico del pueblo que resiste á la sirena prevaricadora.

Ingentes aisladores de la aldea-sanatorio, privan al enfermo la huida, librándole de volver á las garras de la fiera morbosa que allende le dañó.

Nuestro cuitado petimetre curiosea los alrededores palmo á palmo, y no encuentra uno solo de tierra llana... Esfuerza la vista, levantándola del valle á las riscosas alturas, y tendiéndola en rededor, y piensa que los montes crecen y se incrustan los unos en los otros, como profecía de eterno cautiverio... »¡Qué envidia tuve entonces—dice la currutaca víctima de aquellos centinelas terroríficos—á los pájaros porque volaban!»... Y hubo de creer, sin duda, en su alucinación, que no era Tablanca lugar digno de ser habitado por raza de hombres; yo no acierto si llegó á delirar que su tío don Celso, y don Sabas, y aquel Marmitón, y cuantos él de la víspera conocía, fueran seres de otro planeta que, en alguna conflagración sideral, desprendió de su mole, como estorboso lastre, el valle fúnebre con sus gigantescas momias rocosas, y con las momias de figura humana, que algún resorte mirífico fingía semovientes y parlantes. De esta casta de extravío mental, pudo nacer aquella pregunta, hecha á don Celso: «¿Por dónde se sale de aquí... *hacia* el mundo?» (1).

Ni Robinsón en la isla desierta sufrió mayores angustias recordando á su patria (por no mentar bíblicos ejemplos) que las

(1) Páginas 80 y 81.

del gomoso matritense, añorando su *pisito* confortable, su calvo Prado, su bullicioso Retiro, la ironía fluvial del Manzanares, los templos de Euterpe y sus ninfas de adentro,... y las del *atrio*,,.. y las del *arroyo*... Escuchemos su *treno*, ó su trino, porque, en dicho de verdad, está que trina: »¡Ay! toda aquella mi fortaleza, levantada en Madrid al calor de un entusiasmo irreflexivo y sentimental, se desmoronaba por instantes... Sucedíame entonces lo que al temerario que por un falso pundonor, por un arranque nervioso y de mal disfrazada vanidad, desciende al fondo de un precipicio. Ya está abajo, ya hizo la hombrada, ya demostró con ella que llega hasta donde llegue el más intrépido... Corriente, pero ahora hay que subir. ¿Cómo? ¿Por dónde?... ¡Y allí es ella, Dios piadoso!» (1).

Analiza Marcelo, desde aquel su barranco, *las tres maneras* de volver á la luz y á la libertad del *mundo*. Apunta la hipótesis de que muera el patriarca, y repúgnala el sentimiento... Insinúa la esperanza de su mejoría, y la evidencia *niega*... Pasa veloz por el magín, como tercer supuesto, *la fuga*, y requiere, indignada, sus armas la hidalguía... El sentimiento aporta el hierro, la razón forja el grillete, la caballerosidad asegura con siete vueltas el candado... Marcelo queda preso en el calabozo de Tablanca, y se estremece al considerar que el único posible heraldo de la gracia de indulto es más negro, más pavoroso que el

(1) Página 87.

mismo presidio y que la misma cadena: la Muerte.

No conoce la historia del escéptico Charney; no acaricia la esperanza de hallar en el valle sinuoso una flor delicada que rinda su corazón, haciéndole amar el rústico verjel donde naciera... Se ha desposado con el *horror*; y los hijos de ese matrimonio nacen siempre *muertos*; son las ansias tristes y errabundas que anidan en el caos.





JORNADA SEGUNDA



Catequesis de la vida rústica

Por obra de su repugnancia al medio en que le tocaba vivir, cayó enfermo el forzado enfermero, y de mucha gravedad, según hemos visto. El pobre don Celso comprendía los progresos de la nostalgia en el espíritu del cortesano, y organizó un plan curativo de acuerdo con los inmejorables auxiliares que en la aldea tenía. No bastaba que Marcelo, por el decoro de la sangre ó por estímulos de su misericordia, le acompañara en aquel trance áspero de su anochecer; preciso era que realizase la obra de caridad *con interior satisfacción*. Los fines que provocaron el toque á rebato del patriarca, llamando á la sangre lejana, mal podían cumplirse, una vez en la Eternidad el prudente octogenario, si el cariño y la diplomacia no limaban las cadenas del horror que á Marcelo apresaron.

¿Recursos?... El primero de todos estaba en la hermosura de aquello mismo que aterró y descompuso al señorito de la Corte: la Naturaleza en gran espectáculo. Había que principiar por lo más grandioso y efectista, por lo que más indeleblemente se imprime, por lo que maravilla y revoluciona, con el fin de aprovechar, para los planes de salud, el brusco movimiento del espíritu, la mutación simpática de asombro; no el asombro y espeluzno de los abismos y de las tinieblas, sino el pasmo de artista, en cuya mente y en cuyo corazón penetran como en tropel (saneándolo, aromatizándolo, refrigerándolo todo, y levantando la mirada y la plegaria del hombre hasta el trono de Dios) el engarce de mil acordes himnos, la sucesión de panoramas admirables, el batir de alas de las inspiraciones nunca sentidas; y, al propio tiempo, la mística humillación de la cerviz humana, el acatamiento de las potencias soberbias, la pleitesía de los sentidos culpables, la confesión á voces de nuestra pequeñez, la proclamación á gritos de la única majestad verdadera, sobre la cumbre de la montaña, donde los aires impelen hasta el hombre el incensario de la Naturaleza, como parias rendidas al heredero de la Creación, y elevan después, más allá de las nubes, otro perfume nuevo que de la racional criatura brota, purificando con súplicas de humildad sus blasfemos labios y alentando con bríos sobrenaturales el alma cobarde... Urgía provocar esa crisis y utilizar la repentina luz aparecida en el corazón tenebroso, para que á sus fulgores penetrase Marcelo, y,

penetrándolo, amara, cuanto de sencillamente atractivo y de rústicamente gayo se oculta en el pergeño y en la entraña del pueblecillo montañés. Era el doliente uno de esos tísicos espirituales que respiran á gusto los miasmas del cenagal, y, en cambio, se ahogan en la pureza campestre... Necesitábase, por lo mismo, sanearle aquellos pulmones al revés y ponérselos á derechas; en plata: cambiarle las forros del alma, tarea de misioneros, harto más difícil que volver los forros á una prenda de vestir, aunque ésta fuese el chaquetón monumental y pringoso de don Pedro Nolasco de la Castañalera.

El hombre de *tierra llana* espantábase de las rocas enormes, sobrecogido por la inquietud de que se derrumbasen los picachos de la crestería, salpicando el valle de tortillas humanas... ¡Temible muerte para cualquiera, y sobre todo para el hijo de la metrópoli, tan gomoso, tan pulcro, tan chic!... El problema radicaba, pues, en que el forastero *dominase* aquellas cumbres que tenían su espíritu en crepúsculo de terrores, para que el libre sol de la eminencia le escarbara los adentros con sus luminosos tentáculos, arrojando fuera del corazón pusilánime los últimos vellones de negrura y la última espina de zozobra.

El preludio de la *catequesis* fué confiado á Chisco y á Pito Salces. Del primero dije ya lo bastante al borronear su perfil montuno y bizarro. Pereda le trata con mimo singular en el curso de la novela; y yo, por homenaje á la figura y al *maestro*, también le he dedicado *mención honorífica*, repután-

dole persona de fuste en tierra de Tablanca. Sus marrullerías y su destreza entretienen al pollo catecúmeno, en los comienzos de la rústica *misión* preparada por don Celso (1). La brutalidad de Pito Salces le resulta menos atractiva; pero en las mismas barbaridades del indígena que, á lo más descuidado y tranquilo, asustaba á Marcelo con el súbito tronar de la espingarda fragorosa..., veíase la cátedra de la hirsuta guapeza, del constante aviso en que había de estar quien se aventurase por aquellos vericuetos, morada del oso forzudo, y campo de hazañas del lobo rapaz.

La excursión primera hízola Marcelo en la compañía única de Chisco, y dice que le resultó «muy provechosa, porque le dió buen apetito y mejor sueño...» Animado por el éxito, reprodujo la caminata en los días siguientes, buscando la digestión de aquellos mazorrales condumios de Facia, que debían parecerse en lo substanciosos y macizos, cuando franqueaban las angosturas del gaznate, á la masa que aprieta la mondonguera en su máquina tradicional, para que no quede, entre piltrafa y piltrafa, ni la vejiga más leve de aire enemigo. Así es comprensible el descenso del pulido *gourmet* á *gourmand* elástico, desde aquellos remilgos en la famosa cena *de bienvenida*, y desde el terror pánico que sintió cuando le señalaron el programa culinario, hasta la transigencia benevolente de sus tragaderas exquisitas con los rudimentarios guisotes de la mujer gris. Quizá

(1) Páginas 242 y 243.

llegue un tiempo en que sea el matritense de la misma opinión que *la señá Francisca* (1), y entonces le guste que la sopa *se corte*, y que las urbanas colgaduras cedan su puesto á los rojos *lambrequines* de jamones adobados y magros chorizos.

Era el de Madrid tirador de salón, y muy diestro; «pero no sabía dónde se andaba cuando había que tirar á la carrera ó al vuelo». De aquí origínábanse las sonrisas irónicas de Chisco, y las risotadas del gaznápiro Chorcos, especie de *pateo* rural que sufría el debutante con no escaso remoler de su puntillo. «Tan adentro me llegaron las mortificaciones, que poniendo mis cinco sentidos en el negocio aquél, conseguí pronto, ya que no la destreza de mis acompañantes, portarme de tal manera que no fueran *enmendables* por ninguno de ellos los tiros que yo desaprovechara» (1). Así dice, y más tarde ufánase de «los elogios» que los tertulianos de don Celso tributaban «á las proezas de excursionista y cazador» que el aprendiz de los montes realizaba (2).

Con Chisco aprende Marcelo el *abecé* rústico, y con Salces habitúa los oídos al fragor de las tormentas; pero ni ellos sabían leer en aquellas páginas maravillosas de lo agreste, ni menos eran capaces de enseñar tales primores al educando (3). Para

(1) Protagonista de la nomedia que lleva ese título, original de don Miguel Echegaray, *La señá Francisca* pudiera muy bien pasar por tablanquesa.
(2) Página 107.
(3) Página 243.
(4) Páginas 107 y 109.

semejante obra, necesitábase más alto doctor, y allá, en los adentros de don Sabas, guarecido bajo el humilde balandrán, y auxiliado, en el instante crítico, por el cachiporro pinto del anciano (1) (batuta inefable del gran *concierto* en las escuetas alturas) reservaba la Naturaleza su acento sacro, para cantar á su hora el salmo intenso y triunfal de sus perennes armonías.

A imitación de *lobo de mar*, que es torpe de caletre y movimientos en tierra firme, y no resucita, por decirlo así, á su condición originaria de *hombre*, en tanto no besan su frente las auras salinas y las inspiraciones serenas del océano...; á imitación del tosco marinero, don Sabas, piloto de lo abrupto, gran nauta sobre las olas petrificadas de los agrios declives, soso y desmañado en Tablanca (salvo el cumplimiento discretísimo de su ministerio edificante) va creciéndose á medida que se aleja de la raza de Adán, y conforme se acerca al nido del águila. Cuando iza, trepando «con pies y manos entre peñas y raigones» (2) su corpachón septuagenario, diríase que Dios le llama con la voz augusta sentida por los patriarcas bíblicos, y que un motor de alas angélicas lleva en volandas la pesada carne hasta el púlpito de las cumbres, donde se predicará el sermón del poder infinito al hombre-gusano, que pensó hallar lo maravilloso en las obras, siempre enanas, de las talentudas sabandijas que por el mundo culebrean.

(1) Página 108.
(2) Página 158.

El *duc in altum* de Cristo á Pedro, señalándole el rumbo de la pesca fecunda (1), parece también el lema del Cura de Tablanca.—«Toma la altura, boga hacia el alta mar»—decía el Salvador—y «toma la altura, gatea hasta la cúspide», parodia su humilde ministro de la aldea. Mucho hay de similar entre la soledad del piélago y la soledad de los montes. En una y en otra parece incomunicado el corazón, y exento del vaho de multitud y de las saetas del escándalo; en una y en otra desaparece el soberbio *vici* de la obra del Arte, para dejar todo el campo á la soberanía de Dios, que se refleja en las maravillas naturales, no contaminadas de la humana cooperación.

Al espíritu místico le basta una celda; y en ella, con los ojos cerrados, percibe y saborea lejanías admirables, encimando los montes, y cruzando los mares, y sobreponiéndose á todo aliento de Humanidad y á todo numen de la Naturaleza... El teólogo, á solas con su pluma y sus libros, apacienta su Fé, sin hallar tierra calva ni tallo venenoso... A todo sabio le da su biblioteca, por un Crucifijo presidida, el atisbo de lo ignoto, la intuición de lo que sus plantas no pisaron, de lo que sus ojos carnales no vieron... Mas el espíritu vulgar, ese espíritu que llevamos como librea de moral inopia los obscuros comparsas (y con nosotros, muchos sedicentes primeros actores) necesita del mar y del collado, de la fingida planicie azul, que la vista no

(1) San Lucas, cap. V. vers. 4.

abarca; y de la tribuna enhiesta de los cerros, donde el verbo humano balbucea, confesándose impotente para ensalzar los atributos de Dios. El mar tranquilo, el monte augusto de soledosa cúspide, son figura de la divina serenidad; y el mar encrespado por la tormenta, y el monte recogiendo en sus concavidades la voz del trueno, multiplicándola con los ecos mil veces repercutidos de sima en sima, de cueto en cueto..; son los heraldos de la tremenda concitada ira, que puede hacer polvo, en el estallido de un segundo, el poderío de la nueva Babel. La criatura conoce instintivamente á su Hacedor en lo grande y en lo terrible, quizá porque ahí está el símbolo de aquel poder arcano que ningún cálculo ingenieril espera someter á rienda. Ya lo cantó el excelso vate:

«Conozco de tu paso las invisibles huellas
del repentino trueno en el crujiente son;
las chispas de tu carro conozco en las centellas;
tu aliento en el bramido del áspero aquilón...»

Entre los vulgares, que precisan el conjuro espiritual de lo gigantesco y panorámico, hállase nuestro protagonista. Véase cómo resume su *bachillerato en Naturaleza*, ganado en la libre aula donde era don Sabas indiscutible doctor: «Mi temperamento, en la escala de lo sensible, ni siquiera llegaba al grado de los innumerables que *para sentir el natural* necesitan verle reproducido y hermoseado en el lienzo por la fantasía del pintor y los recursos de la paleta; y, sin embargo, yo leía algo que jamás había leído en la Naturaleza,

cada vez que la contemplaba á la luz de las impresiones transmitidas por don Sabas encaramado en las cimas de los montes. Y era muy de agradecerse y hasta de admirarse por mí este milagro del pobre Cura de Tablanca; milagro que nunca habían logrado hacer conmigo ni los cuadros, ni los libros, ni los discursos» (1). El alumno ya interesado, aplicaba dócilmente á sus ojos el cristal que la mano experta de su maestro le facilitó... Nos habla de *milagro*, y esta palabra, aun desnudándola de la vestidura hiperbólica que el entusiasmo del neófito la presta, mucho envuelve de real y ponderable... Gritó el ciego: ¡milagro! al sentir que acariciaba sus ojos el primer rayo de luz bendita.

Pereda, por boca del autobiógrafo Ruíz de Bejos, dedica el capítulo XI de su obra á explicar cómo recibió el joven la *licenciatura*. Fué aquella excursión á uno de los más hermosos balcones que tenía el vasto palacio de montañas, ideada por el entusiasta Cura Peña, quizá para que Marcelo comparase entre las más bellas decoraciones teatrales y el sin igual panorama cántabro, que no había necesitado más paleta, ni otros *colores*, ni mayor estudio que la expresión de un *¡fiat!*... El matritense, á costa de ruda fatiga, encarámase á la zaga del Sacerdote, y una vez en la cumbre, acepta el consejo de reposar cerrando los ojos... Cuando su mentor lo ordena, comienza el mirar ávido, volando la tirante curiosidad, de legua en legua, hasta la faja cerúlea del

(1) Página 109.

mar que corona tamaña exposición de maravillas. El valle hermoso de los Campóes, la riscosa grandeza de los picos de Europa, la garganta del río Deva, casi toda la provincia de Santander, un trozo de la *capa parda* de Castilla y buena parte de Asturias..., son *algo* más que el Retiro, las humanas *jaulas*, el Pardo, la Puerta del Sol, la Moncloa... y Torrelodones... Aquel otro perlado mar de niebla que con su hermano azul se fundía (1), parece á nuestros madrugadores *alpinistas* el manto tutelar de la sociedad proterva, que todavía no puede sacudir la modorra, insensible á las primeras caricias del sol. Unicamente desdeñaron el embozo de vapores las aguerridas, las purificadas eminencias, destacando sus moles obscuras. El sol, ofendido, regateaba su luz á los valles y se distraía ensayando juegos de extrahumano pirotécnico sobre el manto de perlas que por su espléndida luz herido, más bien parecía «empedrado de diamantes» (2).

Las tinieblas, agradecidas, quisieron pagar el derroche de luz, replegándose modestas «á las faldas de los más altos montes» (3), para no impedir al ojo fosforescente del rubio Febo, que vengara su ayuno de curioso, tomando posesión de los valles pintorescos, de las cañadas melancólicas y de las cejijuntas espesuras...; y que trocara sus flechas de oro por los haces de plata que los ríos, bañados en su fulgor, le devol-

(1) Página 160.
(2) Página 161.
(3) Página 162.

vían... Oigamos al graduando completar mi pálida glosa: «Jamás había visto yo porción de mundo tan grande á mis pies, ni me había hallado tan cerca de su Creador, ni la contemplación de su obra me había causado tan hondas y placenteras impresiones. Atribuíalas al nuevo punto de vista, y no sin racional y juicioso fundamento. Hasta entonces sólo había observado yo la Naturaleza á la sombra de sus moles, en las angosturas de sus desfiladeros, entre el vaho de sus cañadas y en la penumbra de sus bosques, todo lo cual pesaba, hasta el extremo de anonadarle, sobre mi espíritu formado entre la refinada molicie de las grandes capitales, en cuyas maravillas se ve más el ingenio y la mano de los hombres que la omnipotencia de Dios; pero en aquel caso podía yo saborear el espectáculo en más vastas proporciones, en plena luz y sin estorbos, y sin dejar por eso de conceptuarme gusano por la fuerza del contraste de mi pequeñez con aquellas magnitudes, lo era, al cabo, de las alturas del espacio y no de los suelos cenagosos de la tierra. *Hasta entonces había necesitado el contagio de los fervores de don Sabas para leer algo en el gran libro de la Naturaleza, y en aquella ocasión le leía yo solo, de corrido y muy á gusto»* (1)... Supo entender tan bien aquel hermoso himno del Sacerdote, que ya no le pareció farfullado latín de Breviario (sino cántico sublime de todas las cosas creadas, interpretado por el hombre, soberano portavoz de la Naturaleza)

(1) Páginas 163 y 164.

su nota final: *Excelsus super omnes gentes, Dominus, et super coelos gloria ejus* (1).

Aquella hora inolvidable fué de las que siempre tienen un minuto *suyo* en todas las demás horas de la vida... Marcelo es ya *licenciado* en la ciencia de las alturas. La borla doctoral vendrá con el tiempo...

Semejante al hombre abandonado por el infortunio á sus débiles fuerzas, que trémulo de angustia contempla las grandes posiciones de la vida y las suntuosas moradas de los primates, entumeciéndose más y más en la sombra que unas y otras proyectan sobre el *arroyo*, donde el cuitado mal afirma sus pies aguardando la caridad de un techo que le cobije...; así Marcelo, pobre espiritual, mimada idiosincrasia, de pronto caído en aquel destierro, martirio de sus inclinaciones y potro de sus nostalgias, contempla despavorido las cúspides que á Tablanca ensombrecen, inmenso palacio de la Naturaleza, que otros *gozan*, mientras cierra las puertas para él. Más tarde, los graníticos gigantes amenazadores parecían encogerse y blandearse, á medida que lograba escalarlos, (2) conducido por aquel varón de misericordia, voluntario profesor en los abruptos misterios de los colosos inaccesibles. Y tanto se encogieron y ablandaron las cabezas altísimas y las rocosas entrañas de la cordillera ingente, que el trasgo de ayer se convirtió en el plácido reclinatorio de hoy; y el mie-

(1) Página 165.

(2) Página 242.

do transformóse en admiración intensa; y el anatema del hombre á la moda, en férvida plegaria de la criatura al omnipotente Creador que, por signos tales, demostraba lo incontrastable de su brazo, lo arcano de su infinita sabiduría. El hijo de Adán venció á la Naturaleza, hollando su corona con el pie aun no libre del barro de la tierra; pero lejos de entonar el canto de triunfo, con la prosopopeya y hueca voz del señorío, levanta su espíritu hasta el límite de la comprensión humana; y *más allá* vislumbra á Dios en toda su grandeza, cantándole humillado. Con esta mutación, dió Marcelo un paso adelante; mas todavía eran muchos los que faltaban por medir hasta salvar la distancia entre el imperio de su reato superfino y las insinuaciones de la vida nueva, que trabajaban por enseñorearse de su espíritu, diligentemente conmovidas merced al cuidado avizor de don Celso.

Gran cosa era la admiración que causaron en el educando las decoraciones de la *escena;* pero ¿cómo entusiasmarse y aplaudir si no le gustaban los *actores*, ni la *obra* que éstos representando venían desde antiquísimos tiempos?

Nos consta que el primero de nuestros personajes, á quien Marcelo conoció, fué Chisco. En aquel capítulo segundo de *Peñas Arriba*, que bien pudo ser titulado *El horror*, hay para el héroe, entre tanta negrura, dos notas simpáticas: una de la Naturaleza: el valle de los Campóes; otra de la Humanidad: el mozallón de Robacío. «No se explicaba mal ni dejaba de tener su la-

do interesante» nos cuenta de su espolique el maltrecho señorito. En todo el capítulo vemos salpicados los elogios á su agilidad y resistencia, (1) y quizás el mayor que de él hace durante el curso de la obra (teniendo en cuenta lo siniestro de aquel su propio marco espiritual en que el madrileño encuadra la figura) es la resurgencia del antiguo cántabro en el impertérrito mozo encarnada; resurgencia de tonos bravíos, de médula neta y piel aborigen, como si no hubieran pasado centurias sobre la agreste huesa del último rebelde á la voluntad del nombre romano (2).

Serán muy pocos los capítulos en que Marcelo no demuestre su benevolencia para con Chisco, ya pregonando su habilidad y grata marrullería (3), ya interesándose por sus amores (4). Cuando enumera á los que llama sus *reservas*, para las eventualidades del tedio invernal, Chisco aparece el primero en la lista (5); y si fuéramos á consignar todas las veces que el de la Corte le recuerda, necesitaríase un verdadero rosario de *notas*.

En el alma de Marcelo crece el interés por el cántabro redivivo bajo la apariencia de un rústico del siglo XIX; y el interés se cambia en admiración al narrar las dos epopeyas de Chisco: la epopeya *bárbara* (que así califica nuestro protagonista la

(1) Páginas 22, 25, 27, 29, 32, 35, 39 y 40.
(2) Página 38.
(3) En los de números VI y VII.
(4) En los de números VI, XVI, XXI, XXXIV y XXXIII.
(5) Página 251.

caza del oso, en que se vió tramado, aun cuando la dureza del calificativo pierda todo su valor, en lo que á Chisco atañe, mediante su infusión en los elogios á la serenidad increíble y al ojo certero del estimado *bárbaro*); y la epopeya *humanitaria*, su arrojo el día de la cellisca, poniéndose en mortal inminencia, por salvar del peligro á un *batueco* tozudo. De ambas he dicho lo necesario en otro lugar, y tengo para mí que, entre las dos, le parece á Marcelo harto más humanitaria la primera, puesto que la bravura perenne del inconmovible mocetón le valió no perecer en el mortal abrazo con que ya le amenazaba la fiera malherida. El hijo de Robacío demostró entonces que sus arrestos no eran barbarie: ágil y experimentado, cumplía con ellos, traduciéndola á lo montuno y ejecutivo, aquella sentencia: *Qui potest capere, capiat*... El oso reclamaba la puntería mortífera, el cuchillo infalible de un hombre. Y éste ¿quién había de ser?... *El que podía*... ¡Chisco!

Por todos estos antecedentes, sin duda, nos dice el de Madrid que «estaba tan hecho á él» y que «le era muy necesario en la casona» (1). Para llamarle *amigo*, tenía que añadirle, es verdad, algunos codos; para reputarle simple criado, sobraba la mutua franqueza, y había que olvidar insignes servicios. Entre *merced* y *señoría*, ó, si se quiere, entre *adarve* y *muladar*, más alto ó más bajo, era Chisco una prendida raíz de Marcelo en pleno solar de Tablanca.

---

(1) Página 520.

Facia y su hija Tona, Tanasia y su padre, Chorcos y el Tarumbo, parécenme, como ya dije más atrás, *del cuerpo de coros*. Facia, siempre anhelante y sobrecogida, interesa á Marcelo por el lado triste, que llega á semi-trágico en el curso de la novela (1); y los demás coristas provocan su curiosidad hacia lo idílico ó lo pintoresco, y le divierten ó, por lo menos, son parte á ofrecerle menor fastidio en las horas largas, muy largas, de la aldea, durante el invierno nivoso ó helado. Quizá ninguno de ellos, ni siquiera todos juntos llegan á imán, ni á raíz como Chisco; pero son medio apropiado, en su tosca sencillez y en sus rudas virtudes, para que las raíces se vigoricen y afiancen.

Cuando Marcelo, recién llegado á Tablanca, discute con Neluco sobre el alma rústica, deslizando aversiones y menosprecios, que son maduramente refutados por el entusiasta mediquín (2); antes de batirse en retirada, expone su opinión sobre los humildes montunos en la siguiente diatriba: «Están ineducados... Tienen las miseriucas y las roñas propias y peculiares de su baja condición y, además, por su ignorancia no pueden entenderse con usted.»—La necesidad, insigne doctora de las grandes mutaciones anímicas, que suelen comenzar en la mera resignación á vivir en incómodo ambiente, y acaban diputando cómodo y gustoso lo que al principio se nos antojaba inaguantable, hizo que Marcelo pusiera en

(1) Páginas 405 y 485.
(2) Página 133.

práctica el argumento de Neluco, ya citado en otro lugar: «¿Por qué ha de ser el hombre de los campos el que se eleve hasta el hombre de la ciudad, y no el hombre de la ciudad el que descienda?...» Escuchemos lo que dice el propio catecúmeno: «Al principio me era insoportable (la tertulia de don Celso) y cada tertuliano, nuevo para mí, que se presentaba en ella, me parecía más zafio y más insulso que los anteriores...; hastiábame la simplicidad de los asuntos que más les interesaban á ellos; y el bárbaro parecía yo que á nadie entendía, ni de nadie era entendido allí.» Mas «viéndome forzado á alimentar el espíritu de todo ello, llegué poco á poco á paladearlo sin repugnancia, y muy pronto acabé por encontrarlo agradable á falta de cosa mejor... Aprendí el valor castellano de los modismos locales con que se alimentaban y entretejían las conversaciones de la tertulia, y el roce obligado y continuo con ellos, me dió el conocimiento que me faltaba de las materias conversables... Ello fué que en la primera semana ya... porfiaba en serio con aquellos rústicos sobre temas de su alcance que empezaba yo á penetrar» (1). Y después nos cuenta (2) su creciente interés por el auge de la tertulia, y el juicio halagüeño que formó de los tablanqueses, «parsimoniosos en extremo y de blanda condición, sin exceptuar uno solo... Ibame pareciendo su lengua entre tanto, más dulce y cadenciosa de ritmo, cuanto más la oía *sonar*». En

(1) Página 243.
(2) Páginas 244 y 245.

una palabra: el *horror* fué soltando su presa; los montunos recobraron ante Marcelo su filiación humana.

Y no se hable de la influencia del Cura Peña en la metamórfosis de nuestro héroe, porque sería repetir en parte lo ya indicado, alargando sin necesidad estos apuntes que parecen debidos á la pluma del Marmitón, en justa vindicta de mi apresuramiento por desasirme de él; pero resulta oportuno aquí lo que se concreta, no á los efectos inmediatos de la enseñanza cántabro-alpinista, que ya se esbozaron, sino al cariño y al respeto del alumno hacia el profesor. Es interesante lo que acerca de la *sosera* del buen Sacerdote rectifica su discípulo de las cumbres. Habla de la concurrencia del Párroco al *senado* nocturno, «tan soso como la primera vez; pero á mí ya no me lo parecía, después que le había visto tan elocuente sobre los riscos de la montaña; consagrábale por eso cierta veneración, independiente de la que le debía por su investidura y por sus virtudes...» He aquí lo que fué ganando en el concepto de Marcelo el Clérigo, anodino, que participó con él de la *cena lúgubre*; aquel hombre que le pareciera una figura de último término en la escena mudable de su vida, mientras duraron las horas de purgatorio y sombra, para ir poco á poco agrandándose, y moralmente subiendo, al mismo paso que físicamento ascendía, siempre delante, por los ásperos derrumbaderos; aquel profeta que pensaba guardar en sus manos ungidas la fianza del propio vaticinio, cuando aseguró á Marcelo que «con esas ataduras (la

veneración y la simpatía del joven) había de amarrarle él á la tierra de sus mayores, y para siempre jamás» (1). En muchos pasajes del libro aparece la figura de don Sabas con hermosísimo relieve á los ojos de nuestro protagonista; pero nunca tan alta, y tan majestuosa, y tan soberanamente inspirada, como allá en la desvanecida cúspide, predicando, con una sola frase intensa, el sermón de los sermones; ofreciendo á Dios su Padre, con fervor de obseso, una confesión, cuyas notas sublimes no han podido escribirse, y entonando su *cantar de cantares*, el aria del corazón siempre mozo, á la Naturaleza, su perenne amiga, también hija del Cielo...

¿Cómo no había de querer el señorito de tierra llana, miedoso de los huraños montes; cómo no había de admirar al maestro que los tornó dóciles á su planta vacilante de bisoño, ayudándole á erguirse desde los terrores de su sombra en el valle hasta los portentos de su luz en la cumbre?

A don Sabas debió Marcelo aquella placidez relativa de su *confiteor*: «Ibame pareciendo más llevadera la visión incesante de los peñascos en mi derredor y la miserable cortedad de los horizontes no me asfixiaba» (1)... Porque no asustan los fantasmas cuyo misterio se descubrió, ni entristece al visitante la penumbra del zaguán, cuando sabe que el astro-rey baña en su mirífica lumbre la alta glorieta donde el banquete le aguarda.

(1) Página 245.

Durante la primera noche que el matritense pasó en la aldea, tuvo una pesadilla que suele repetirse mucho en los enfermos delirantes (1). Llueven inmensos bloques, se derrumban montañas... ¡qué sé yo!... Es un padecer espantoso, como que la fantasía ve aquella sucesión de peligros que se atropellan para amenazarnos, mostrándose en cada uno de ellos nuevos grados de horror... Si de pronto el cariño y la experiencia de solícito enfermero ahuyentasen los densos vapores de la alucinación; y cesaran las visiones de la apocalíptica batuda sobre el trampolín de una cabeza débil...; ¡cuán grande no sería la gratitud del calenturiento hacia la mano providente que le volviese á la realidad!... Pues de esa casta era el nexo entre don Sabas y el de la Puerta del Sol; y si me arguyeren de inexactitud será por carta de menos, ya que el Cura de Tablanca hizo más que todos los enfermeros del mundo: sepultó un terror y encendió un amor en el alma brumosa del señorito desorientado.

Cuando éste comienza á describir las primeras curvas de *la espiral* (ciertos sabios han convenido en aplicar este símbolo á la evolución), por donde le van empujando el amo de la casona y sus adláteres; nos cita con entusiasmo, y no podía menos, al médico de Tablanca; pues aun dando por admitido que no fuese Marcelo uno de esos niños góticos de ciudad, para los cuales el Cura de pueblo es un *buey mudo*, si calla (perdóneme los manes egregios del así motejado

(1) Página 72.

sol de Aquino), y un *Fray Gerundio,* cuando se atreve á despegar los labios; y en cuya opinión es el médico rural un albéitar, encubierto con la vitela del usurpado título..; doy por fijo que no pudo imaginar nuestro *dandy* el hallazgo, en aquel rinconcito, de un camarada «sincero en el más alto grado... y de buen entendimiento» (1), que le facilitó, como ya nos consta, una receta que no suele verse en todos los *vademécum* y epítomes caseros, ni en los sistemas terapéuticos de muchos sabios; ni aciertan á despacharla como es debido en todas las farmacias: bálsamo de rectitud, con unas gotitas de *ten con ten*, para librar todas las asperezas sin peligro de rasguños y erosiones.

Peñas Arriba (creo haberlo indicado) es la autobiografía de Marcelo; y como al hojear sus páginas, por muy de prisa que la operación se realice, la vemos tachonada de Nelucos (según antes la vimos empedrada de *Chiscos* y estrellada de *Sabas*, y después la veremos esmaltada gayamente de *Litucas*); en esa abundancia de laudatorias menciones, conócese la simpatía, el aprecio de ley, casi la admiración que al cortesano elegante inspira el señorito llanote de aldea. Pero, sobre todo, hay una circunstancia en Neluco que roba el interés de Marcelo... Aquel mediquillo es la personificación de la modestia; pudiera volar, y él mismo ha clavado sus alas en la sencillez rústica, que le cerca y le encanta

(1) Página 125.

(1). Haciendo un honrado balance, Marcelo es muy inferior á Neluco en eso, en alas. Si el primero ha vivido en la Corte; buena parte de su juventud anduvo el otro sobre los adoquines y el asfalto de *la ciudad*; y si el gomoso llenó los entreactos del ocio *deportivo* al ocio *danzante*, con sabrosos picoteos en cierta literatura trivial y *nerviosa*; el esculapio robaba horas al sueño para más profundas labores de la inteligencia humana... En un tribunal de mujeres, quizás hubiera vencido la hombría refinada y *en dulce*, sobre la virilidad escondida en su propia piel de león; pero ante el dictamen de hombres, de verdaderos hombres, no de bípedos alfeñiques, ganaría por unanimidad Neluco; y, sin embargo, prefirió el velón á la luz eléctrica; optó, en la disyuntiva, esquivando la urbe y prefiriendo la choza. Marcelo tuvo que preguntarse: ¿Cabe siquiera concebir á un joven, que fué testigo de la vida *en grande*, á un muchacho *que ha pisado la Universidad*; cabe figurársele impelido á los riesgos de la caza del oso, cuando no perdura en la insulsez de ir chapoteando por el barrizal de las callejas?... Y acabaría respondiendo: Es concebible, puesto que lo veo; es concebible que la raza de los *míos*, de los *cultos*, viva aquí, y aquí muera...; y no la importe un comino el pensamiento de ir volcando en la fosa, llevada en hombros de humildes, sin esas pompas de caballeriza que son, en resumen, ornato principal en los solemnes y *arrastrados* fu-

(1) Página 130.

nerales de las excelsas metrópolis... Es posible, cuando Neluco, franco *hasta lo más alto de la franqueza*, me lo asegura...; Neluco, ese hombre que es más que yo; puesto que yo, para ver *algo*, necesito que me enseñen *mucho*; y á él, para mecer su espíritu en celestes lejanías, bástale cerrar los ojos de la carne, y abrir el resorte del foco interior...

Celis no es, como Chisco, una simple raíz que el corazón de Marcelo ahinca en tierra de Tablanca... Es... *el ejemplo*, que, cuando no nos atrae de una vez hacia sí, viene á nosotros, y deja en nuestro espíritu, si no está completamente podrido, energías ocultas de venidera fecundidad.

Uno de los más grandes servicios que el mediquín lugareño prestó á su amigo, fué el conocimiento que hizo éste con el ilustre señor de la Torre de Provedaño. Saben muchos españoles que existe, allá en el dominio de los czares, un Conde famoso, el cual lleva la carga de sus años entre la alternada labor de los brazos y de la pluma; pero son muy pocos los que recuerdan á *un tal* don Angel de los Ríos, gloria de la España culta, blasón de la tierra montañesa, obscuramente fallecido en el rincón solariego de Proaño (ó Provedaño, como le rebautiza el fuerismo geográfico de nuestro insigne Pereda). Todo lo que en *Peñas arriba* de él se dice, verdadero es de toda verdad y sólo debo añadir, por mi parte, ampliando las noticias de Neluco (1), á su estupefacto compañero, que el señor de los

(1) Páginas 232 á 236.

Ríos fué condenado por la Audiencia de Santander, en pena de no haber abastecido con miel de Alcarria el arma que él creyó justa sancionadora del intangible derecho de propietario. No le fué, sin duda, posible robustecer con pruebas la eximente del artículo 8.°, número 4.°, del Código Penal y su indefensión trocó *en cabeza de turco* la frente laureada del sabio. Ausente yo de la tierruca entonces, perdí el hilo de este asunto, y no sé á cuál pena condenó la Justicia al austero señor de Proaño; sólo recuerdo que los intelectuales del país suplicaron el indulto, fundándose *plus minusve* en lo que va dicho. Pereda redactó el notabilísimo documento, é inmortalizó después al insigne *condenado* en la más hermosa de sus novelas.

El hidalgo de Provedaño es, por consiguiente, figura de la realidad; merecidísima la apología que el polanquino egregio hace de sus virtudes y de su ciencia, valiéndose de su *mandatario* Neluco; y justa y bien sentida la admiración que le consagra Marcelo, elevando su genial figura sobre todas las demás circundantes (1). El *por qué* de esta admiración nos interesa mucho. Es del mismo orden que el aprecio al mediquín; aunque más alta la vemos, y más hondas escudriñamos sus raíces.

En último caso, pudiérase argüir que el médico era joven, y tal vez no había encontrado facilidades para bogar en más amplias corrientes; pero ¿cómo decir otro tanto del solariego de *la Torre*?... Aquel lu-

(1) Página 252.

minar que «después de terminada su carrera de abogado había sido periodista en Madrid, á la manera de entonces, tan diferente de la de ahora, discutiendo y exponiendo mucho y batallando poco; gallardías de torneo más que guerra implacable de pasiones, y que había vivido largo tiempo en varias provincias de España, unas veces por gusto y otras desempeñando cargos importantes» (1), fué á obscurecerse *allí*, con el rico bagaje de sus obras (2); á momificarse entre las paredes inseguras de la torre señorial (3); quizá esperando hallar sepulcro junto á su blasón partido, bajo el montón de los escombros venerables...; y todo para encumbrar, con la fatiga de su propio cuerpo, el heno recolectado (4); para desperdiciar la semilla de bienes que prodigara su civismo en tierra estéril (5); y para «descuajaringarse y jadear», recitando en el *invernal* de la montaña, ante un concurso rústico (y con el fin misericordioso de redimir á un convecino bloqueado por la nieve y atormentado por el hambre) «medio poema del *Mio Cid*», cantando de postre todo el repertorio aldeano, desde las místicas filigranas del *Corpus*, hasta las dulces tonadas que multiplican el encanto del atardecer; y bailando, de añadidura, *á lo alto y á lo bajo*, la jota aragonesa y un zapateado, que debía ser improvisación, porque transciende á exótico todo lo de

(1) Página 212.
(2) Páginas 208 y 209.
(3) Página 227.
(4) Página 203.
(5) Página 214.

esa casta en nuestro país... ¡Rara escena en el mundo la de aquella sublime caridad, que hace bailar al hombre austero de ingente grandeza, para que resurja el mísero palurdo (tal vez uno de los muchos ingratos que amargaron su ancianidad) desde el entumecimiento de la nieve á la modorra de la estupidez ingénita!... (1) «Ese hombre insigne—dice Neluco á Marcelo—con todo su saber, con todas sus virtudes, con todos sus timbres de ilustre linaje, con todos sus sacrificios enderezados al bien y á la gloria del suelo en que ha nacido, y de la patria entera, es un mártir de su trabajo de Sísifo incansable» (2).

Marcelo que, reflexionando sobre las *cosas* del mediquín, y distrayendo su vista, entre detalle y detalle, por los del sombrío paisaje tablanqués, acaba confesando: *Aquí viven el talento y la Ciencia; aquí puede prevalecer, y muy á su comodidad, un hombre «que vió el mundo»*; tiene que encimar, sobre su extrañeza, otro asombro mayor, impuesto por la majestad del señor de los Ríos. No es ya el talento, sino el Genio quien libremente respira en la *soledad*; es el genio quien la busca para esposa, y en su compañía sepúltase augusto. Y no es la soledad de Provedaño equilibrada, blanda, tranquila, como la que impera en los dominios del patriarca tablanqués, sino un *silencio*, á ratos bucólico, entre las faenas campestres y los adorados libros; y á ve-

(1) Páginas 237 á 240.

(2) Página 236.

ces también perturbado por el *rac rac* de la carcoma y el rebullir de las víboras entre los matorrales de la erizada condición lugareña.

En los centros de la Babel urbana; en las plazas y en las calles de la *capital*, pisando injustamente sobre los otros adoquines, que debieran rebelarse y morder; en esas amplias y *suavizadas* vías..., tropezó Marcelo con la mamá que pasea, en guisa de estímulo de vendedor á tibio feriante, sus plácidos retoños; se codeó con el papá que toma por asalto á Madrid, llevando del cabestro á su barbilindo imbécil, no para que le fabriquen la mollera flamante que necesita, sino para empapelar con vistosos... y desacreditados *sobresalientes* el cacumen huero del *pollastre*...; se dió de bruces con el agílibus que busca jugosas prebendas, invocando méritos de ayuda de cámara; y con el autor que trae *in péctore*, ó en sendas cuartillas, el único microbio, que nos faltaba para morir, sin remedio de una infección de literatura; y con el farmacéutico que vocea su específico, moda contemporánea de impuesto sobre la tontería; y con el financiero de *lo infalible*, gran raja-bolsillos y derrumba-casas... Todos, sin excepción, *pregonan, vocean su obra*... Y en trueque, nuestro solitario de *la Torre* huye de esa infernal baraúnda; renuncia su comandita en la *sociedad de bombos mutuos*, y atranca con barras dobles el solariego portón, dejando, como en nuevas catacumbas, sus libros, sus *hijos*, ocultos, para que el tiempo los envuelva

en polvo (1), bajo doseles de telarañas, desnudos ante el ataque de los ratones y de la polilla, que son los *críticos naturales* de todos los tiempos.

La admiración de nuestro protagonista hacia el señor de los Ríos, era algo así como el estupor del muchachuelo débil, que parece morirse á los resquemores leves de un somero pinchazo, frente á la serenidad del hombre vigoroso y curtido, que soporta el hierro candente aplicado á la mordedura, sin otra prueba de su martirio que un instantáneo temblor de los labios... ¿Qué tendría de misterioso amuleto aquel bravío solar de Cantabria, cuando el *cenobita* de Provedaño hallaba, en sus estrechos horizontes, ideal amplitud?... ¿Qué recóndito gnomo convertía los duros peñascos en maravillas elásticas, para que luego otro *genio* ignorado apartase las cordilleras de caucho fantástico hasta donde la imaginación ordenaba?... Y Marcelo comenzó tal vez á pensar que esos magos viven dentro de nosotros; pero viven... cuando nos hacemos dignos del honor de tales huéspedes... El *señorito* continuaba observando y reteniendo, admirando... y amando, porque al hombre á quien se admira de verdad, de veras también se le ama; y si amamos al maestro, muy cerca nos vemos de abrazar sus enseñanzas. La simpatía hacia el catequista es la aguja mágica que introduce, sin notarlo, en las almas el hilo contínuo de la doctrina. Una vez adentro, la sugestión prepara la urdimbre y fabrica la

(1) Página 207.

trama; colócalas en el telar, y he aquí á la voluntad teje que teje (cállese ó grite el raciocinio)una vestidura nueva para el corazón. ¿La tendrá algún dia el de Marcelo, traído á salud por el ejemplo de Provedaño?... Ya se verá: no en vano cada página tiene un número, como para indicarnos que, á imagen suya, deben sosegadamente pasar las ideas unas tras otras.

Neluco, médico ante todo, solía aplicar á los negocios del alma un sistema parecido al que utilizaba para resolver las crisis del cuerpo, y propinó al indeciso matritense, con la visita á la heráldica torre, una regular inyección de suero antimundano. El de los Ríos era un antípoda inconmovible de la vida moderna; y en tanto que los de Panurgo atienden la llamada del pastoril cencerro, que *el espíritu de la congestión* toca y retoca, el muy letrado solariego escucha, á pesar de los pesares, la grata zampoña del ilustre fraile catedrático,

y sigue la escondida
senda por donde han ido
los pocos sabios que en el mundo han sido.

Pero la fórmula de Neluco, aun dado caso que tuviera virtud terapéutica para la dolencia cortesana, algún bacilo dejaría escapar tan orondo y campante, por ejemplo, la bacteria del *eterno femenino*. Doy como probado que el Ruíz de Bejos de la Corte penetrase bien la enjundia de aquella «figura escultural» (1) de proporciones gigantescas, que el veía erguirse majestuosa y

(1) Nota de número 169.

docente sobre la torre de Provedaño; y admito que una vez conocida la entraña patriota del gigante, la admiración trajese de cortejo el cariño al doctor, y este cariño, á su vez, aportara en dote la inclinación hacia la doctrina... ¿Sería, empero, muy fácil amarla del todo; comprender la vida rural en adusto celibato, á la manera de aquel sapiente modelo? (1). El de la Torre atesoraba gran copia de libros, y no menor arsenal en el cerebro, para escribir hasta la muerte sin agotarle; tenía lo que, si no pareciera desacato, llamaríamos embriaguez habitual *de letras;* fiebre hidrópica que está provocando siempre mayores ansias de beber, al igual (con perdón sea dicho) que en el estómago de don Pedro Nolasco *ceba llama ceba* (2). La culta embriaguez era, en el ardiente corazón del linajudo erudito, santa vacuna que le preservaba de otras embriagueces, y hasta del afán de catarlas; pero Marcelo, con sus treinta y dos años, y lo que se lee entre líneas, al repasar el capítulo primero de la novela...; ¿podría soportar en paciencia el vivir montuno, si no llenaba los huecos que aun saltan á la vista, para que su espíritu se reputara satisfecho, con el atractivo, con los efluvios de la mujer?... Líbreme Dios de conducir el análisis por derroteros torcidos, cual si estuviera contagiado de esa moderna escuela que da en la manía de revolver suciedades... Quiero discurrir partiendo de una llana hipótesis, y seguro es-

(1) Página 206.

(2) Página 65.

toy de que no se tendrá por atrevimiento la sospecha de que nuestro héroe prestaríase de muy mal norte á representar ningún papel en comedias *de hombres solos*. Para ello, necesítase una sublimidad moral que, incircunciso ó converso, no podemos esperar de un joven nutrido á la moda cortesana. Marcelo venía de un ambiente, cuyo influjo, más ó menos amortiguado, siempre ha de notarse; y por eso, comenzó á estudiar á las mujeres de Tablanca, sobre todo á las dos únicas que allí representaban *el señorío*: Lituca y Mari-Pepa.—Desde que escribe sus nombres, conócese la grata impresión que le produjeron. Lituca tenía un timbre de voz parecido á la «nota de un salterio», y era su alegre carita «de angelote de Rubens» (1). Tan «linda y donosa» la encontró que, sin motivo especial para ello, dióse á pensar maliciosamente: «¡Si serán éstos los anteojos con que mira Neluco estos lugares que tan hermosos le parecen!» (2). Y desde entonces, se le clava en los adentros el tema de suponer cautelosa inteligencia entre el mediquín y la pollita, con un afán curioso que parecía un principo de celos (3). ¿Se enamoró de sopetón el matritense?... Cualquiera lo jurara, porque Lita raya en lo maravilloso, para nuestro héroe, desde los primeros instantes. Véase la muestra: «¿De dónde sacaba aquel diablejo, que no había conocido más mundo que

(1) Página 145.
(2) Página 145.
(3) Páginas 152 y 153.

el contenido en las riberas de la mitad del Nansa, es decir, una rendijilla de pocas leguas entre dos taludes montañosos, aquellas delicadezas de tocado y de vestido, y aquellas travesuras y zalamerías que tanto la separaban del tipo común de las mozonas del valle, que de seguro habían corrido tanto mundo como ella? Yo no la quitaba ojo... Me daba gusto oírla y mirarla. Pocas veces había visto yo en mujer alguna concierto más cabal y más donoso entre la palabra y el gesto, entre la idea y el movimiento expresivo. Hasta las puntas de los pies... cantaban, á su modo, en aquella música que parecía un gorjeo.» (1).

Grave, muy grave, salió nuestro catecúmeno de su primera entrevista con Lituca: bien se advierte por las palabras copiadas. No es extraño que retuviera con tanta fidelidad el juicio de *la matrona de Robacío*, hermana de Neluco, cuando pasaba cariñosa revista á la familia del gigantón de la Castañalera, y llególe su turno á la muchacha de *los pies cantores*: «Pues ¿y Lita, Lituca? Era un serafín aquello, más que mujer. ¡Qué guapa, qué aguda, qué hacendosa! Si ella (la matrona) fuera hombre y mozo soltero, ya sabía con quién casarse, como Lita le quisiera. ¡Y no su hermano Neluco.--¡Cuántas veces se lo había dicho! ¿Para qué quieres la enjundia, hombre? ¿Qué más puedes apetecer?... Si apareáis como de molde... ¡Ah, panfrío de Satanincas!.. ¡Tochu, más que tochu! Cuando Lita iba á Robacío, era la alegría de la casa: ni cana-

(1) Página 149

rio en jaula de oro podía compararse con ella» (1). Creo que á estos simpáticos juicios debió, en gran parte, la buena señora de Robacío el poco menos grato que Marcelo de ella formara: y quizá no influía tanto, con valer mucho, el panegírico que de Lituca hizo la verbosa matrona, como aquella seguridad de que Neluco no pensaba en la niña de la Castañalera, para los fines por Marcelo supuestos; lo cual no fué obstáculo á que le siguieran rondando las dudas: «Yo no podía concebir que Lita y Neluco no se amaran; como no lo concebía tampoco la matrona locuaz de Robacío, ni lo concebiría nadie que tuviera entrañas de humanidad y vislumbres de buen gusto, y reparara un poco en aquella parejita, *única*, que parecía puesta por Dios en aquel rinconcito de la tierra para eso sólo, para amarse y para unirse» (2). Y, á renglón seguido, cuenta el *celoso* que procuraba sonsacar á Lituca, echando el tema «cincuenta veces al campo de la conversación, disfrazado de mil modos: con el piadoso fin de observar qué cara le ponía Lita... y nada, ni un gesto... ni la más insignificante señal...» (3) El *inquisidor* estaba en ascuas; y en un tris anduvo que no la preguntase á boca de jarro: «Ama usted, ó no ama á Neluco?...» Y añade: «Pero, señor, ¿por qué tenía yo tanto empeño en que se amaran? O mejor dicho ¿por qué le tenía tan grande en que quedara enseguida aquel punto bien escla-

(1) Página 178.
(2) Página 253.
(3) Página 254.

recido y deslindado?» Marcelo deja la contestación á tanto *¿por qué?* en cierta nebulosa no muy placentera. Y, algunas líneas después, confunde á la muchacha con las demás *reservas*, en el balance que practica de los elementos disponibles para contrarrestar las tristezas del invierno, y así discurre: «¿Qué había de prometerme yo de ellas para en adelante? ¿Qué auxiliares contra mi enemigo temible podía esperar de aquel lado? ¿Qué podía venir de allí de lo que más necesario me era?—¡Quién sabe!—me dije en conclusión de mis cavilaciones.—Por puntos más obscuros ha amanecido otras veces: si está de Dios que ha de venir algo, ello vendrá. Todo es cuestión de paciencia y de saber conformarse. Conque un poco de filosofía, y á esperar lo que viniere.» He aquí el lenguaje de un hombre en pleno meridiano, que hubiera dado seguramente su uniforme «de cazador de figurín» (1) y su biblioteca de escritores madrileños (2), con algo más de cuenta, por el placer de que Lita le dijese: «No señor, no he amado nunca á Neluco, y ni siquiera me pasó por la imaginación semejante cosa».

Marcelo acumula en su alma un mundo de fuerzas latentes. El cariño á Lituca le invade ya; tal vez le domina, y es más terrible su imperio por desconocido que por hondo. Bien es verdad que de estas ocultas energías se forma la cadena de la vida humana: lo actual no es muchas veces más

(1) Página 92.

(2) Página 210.

que la erupción de lo que antaño se mantenía silencioso, y lo porvenir no será tampoco más que la florescencia de los gérmenes hoy encubiertos bajo la capa terriza de nuestra vanidosa ceguedad.

Era también fuerza poderosa el influjo del patriarca; pero como su examen tiene lugar apropiado un poco más adelante, me concretaré á repetir estas palabras del protagonista que al venerable octogenario se refieren: «Después, mi tío Celso, el alma y el centro de todo cuanto le rodeaba, con su energía indomable, sus cuchufletas singularísimas, su atención siempre fija en el modo de hacerme, ya que no divertida, llevadera la vida en su casa, y los cuidados á que me obligaban el parentesco y la gratitud para velar por él con especial esmero durante el tiempo de las humedades y de los grandes fríos, en el cual, según dictamen del médico, corría su vida los mayores peligros, por la índole de la enfermedad que padecía» (1).

Nuestro héroe no tiene una frase de encono contra ninguno de los personajes que en la novela figuran: guarda para todos visible cariño; y hasta los meramente «decorativos» (2) le parecen, como ya transcribí, *de blanda condición*. En el densímetro de sus admiraciones, el señor de Provedaño es quien supo más intenso *graduar;* en la escala de sus amores, Lituca resplandece alta, muy alta, quizá esperándole... A su lado se ve á Mari-Pepa, como una profecía

(1) Páginas 254 y 255.
(2) Página 255.

de lo que Lita será; por eso, Marcelo la mira *en relación*; y yo, de mi parte, no creo necesario añadir una palabra á las que sobre la hija de don Pedro Nolasco llevo escritas; como tampoco me he detenido en la glosa de la pintoresca charla con que la matrona ultra expansiva de Robacío alegra su hospitalidad, porque ya ella lo dice; «Mari-Pepa es de sus mismos años, amiga íntima desde la niñez, casi su hermana» (1); y del capítulo XII de *Peñas arriba* se infiere que eran las dos gemelas en el modo de sentir y pensar. El novelista nos hace conocer á la hermana de Neluco para demostrarnos que abunda en el riñón de la Montaña esa casta de señoras, junto á las cuales, en Tablanca y fuera de Tablanca, la existencia del hombre que sabe comprenderlas, es *puntu menus que la gloria*, como diría Chisco (2).

Los actores, con mayor intensidad que el escenario, han sabido conquistar el alma de Marcelo; pero cuando un actor gusta, se le aplaude... y en paz... ó en guerra, porque á veces los actores son aplaudidos y la obra silbada... Precisa que Marceló *entre* en la comedia, y hasta el punto, nada menos, de aceptar la contrata de *primer actor*... No es todavía más que *un príncipe de sangre real* en el alcázar del señor de Tablanca; y lo que desea la montuna grey es que á la cabecera de don Celso, próximo á transponer las fronteras de este mundo,

---

(1) Página 172.

(2) Páginas 170 y 171.

destaque la figura y se empeñe el juramento del *príncipe de Asturias.*

La carta-introito del anciano, ya memorada, no es en apariencia más que una invitación al sobrino ausente, para que le acompañe y sostenga un poco sus ánimos en aquel veloz escape de la vida. «Creo que si tú te animaras y me dieras el regalo de tu compañía en esta casona, el vocear de la tierra me sería más llevadero... Además, tu destierro no podría durar mucho por razones que yo me sé; y por último y finiquito, con salir de él en cuanto no pudieras resistirle, estaba el cuento acabado para tí» (1). E inmediatamente le ofrece la perspectiva de la herencia, si bien protestando que no trata de encender su codicia. Es cierto que la última voluntad del patriarca, designando heredero al joven, fué dictada mucho antes de que resolviera éste su éxodo á la aldea (2); pero desconocida por el agraciado tan firme prueba de cariño *á la sangre*, ¿no podía significar el cebo aquél; no dejaba translucir el tono de la epístola entera que en la mente de don Celso agitábase otra idea más profunda, otro más abarcativo proyecto, que el simple y explicable afán de no morir en aquella soledad *acompañada*, de que habla en uno de sus párrafos? (3). ¿Encubriría de veras, en lo moral, el *higuí* de aquel ofrecimiento, una transcendencia semejante á la jurídica, para la

(1) Páginas 6 y 7.
(2) Página 280.
(3) Página 5.

condición hereditaria; de tal modo que Marcelo aceptase en lo futuro la íntegra personalidad del testador con su patriarcado á cuestas? Sea lo que fuere, nuestro señorito hace su equipaje, después de una correspondencia en que él pertinazmente se resistía, y el viejo, con sus ansias febriles, apremiaba; y llega al cántabro rincón en la catadura de atormentado y despavorido que ya sabemos. «Todo lo comprendí y todo lo sentí—dice, al escrutar en Chisco la castiza veta de los aborígenes—menos que pudiera vivir entre tales vericuetos y tan esquivas soledades un hombre de mi educación, de mis sentimientos y de mis hábitos» (1). Hé aquí la más expresiva nota del *salterio* que Marcelo dedica al trono que la ley de la estirpe le brindaba.

Difícil era convencer al agobiado señorito de que allí, en aquel valle de Tablanca, esperábale una misión augusta que llenar, y no para un día, ni para un mes. Hacíase necesario *convertirle*, apelando á todos los *misioneros* del país. En el de sus mayores no tanto le aguarda la pesada obra caritativa del *agonizante*, ni la herencia de bienes y derechos que su tio medio le prometiera, como la *investidura* que el anciano dejaría huérfana en el momento, vecino por desgracia, de acudir al juicio de Dios y al *vocear* de la tierra. Esto lo saben Neluco, el Cura y todos los tablanqueses, y cuantos habitan en la comarca; y los unos y los otros, cual obedeciendo á un conjuro, se echan la escopeta de sus convicciones

(1) Página 39.

á la cara, y apuntan al mundano, para matar la urbanísima fiera que lleva en el corazón. Tiene que morir el hombre *viejo*, para que el hombre *renovado* nazca y viva.

La primera homilía que en la novela se relata, fué de humildísimo predicador: el Tarumbo. «La luz y la alegría de la casona—cuenta el héroe que le dijo aquel desarreglado arreglador de lo ajeno—fenecerá *mañana ó el otru*, con el pobre don Celso, que ya había estado á punto de morir. Y en feneciendo este último Ruiz de Bejos, y en cerrándose la casona ó pasando á dueños desconocidos, ¿qué sería de Tablanca, ni qué vivir el suyo, sin aquel arrimo, tan viejo en el valle como el mismo río que le atravesaba?... Si yo (Marcelo) tomase apego á aquella tierra, qué mejor dueño para la casona, ni más pomposo señor para el valle entero cuando don Celso faltara?» (1) Por estas sencillas frases del Tarumbo comienza la *vocación del gentil*. La casona era el amparo del valle; pero don Celso, alma de aquélla, viviría muy poco, y precisábase que otro, *el más llamado*, recogiese, con la herencia de bienes, la herencia de cargas...; el patronato, la tutela del manso y escondido villorrio montañés.

Separóse Marcelo del tragi-cómico altruista, para entrar en la casa de Neluco Celis... ¡Qué sermón, Dios eterno, el que allí le espetaron!... La letra, en substancia, era la misma del Tarumbo; pero la *solfa* en que Neluco la cantó, fué de lo su-

(1) Página 118.

perfino. Desde las magnificencias del escenario, hasta el sabio método de convivir entre los rudos actores, ni una tilde se echaba de ver. La forma clara, el tono vibrante en que panegiriza la solidaridad de la casona con todo el pueblo, y la obra de defensa del patriarcado frente á los conatos irruptores de la podredumbre *central*, y contra las asechanzas del saurio caciquismo *de arriba*, y del caciquismo silvestre de los ya pervertidos aledaños; y sobre todo, la tesis de Pereda, y quizá la noble utopia de todo cántabro amante de su patria...; engrandecen la figura de Neluco á los ojos del catecúmeno, el cual recibe aquella perdigonada de razones en la propia *tetilla*, como se ve por las siguientes palabras que concretan su impresión: «Lo cierto es que si el simpático mediquillo no estaba en lo justo en cuanto afirmaba, debía de estarlo, y que causándome cierto rubor hásta las tentaciones de contradecirle en asertos tan honrados y tan hermosos, díme, desde luego, si no por convencido, por puesto en camino de convencerme muy pronto» (1).

Entra Marcelo con Neluco en casa del Marmitón y á las primeras de cambio, recibe de la movida y pintoresca charla de Mari-Pepa el tercer sinapismo. Así lo relata el sermoneado: «Echó sobre mí todo el cuestionario de rúbrica...: si me gustaba la tierra aquélla; que cómo había tardado tanto tiempo en ir á conocerla y á tomarla buena ley, porque era mucha la falta que

(1) Página 139.

yo hacía allí en muriéndose mi tío» (1). Y á Mari-Pepa se asocia Lituca para rematar la suerte... «¡Ay, cómo se alegrarían ellas, y todos los allí presentes, y los vecinos del valle de punta á cabo, y hasta las estrellitas del cielo de que viera yo las cosas como podían y debían de verse! Porque el pobre don Celso estaba ya para poco, y en acabándose él... En fin, lo de costumbre...» Y *costumbre* era, según lo que el protagonista indica sobre idénticas opiniones emitidas por cuantas personas habían hecho en Tablanca conversación con él (2); lo cual demuestra que si fué el Tarumbo primer misionero del patriarcado *en la novela*, otros se le adelantaron con parecida sonata.

La propia matrona de Robacío larga su correspondiente arenga, encareciendo «la lástima que sería que no tomase (Marcelo) al valle la buena ley que él se merecía, porque muerto don Celso, que por muerto había que darle ya, Tablanca se quedaba sin padre y sin sombra de amparo. Y si supiera lo que venían valiendo otras como ella desde tiempos muy remotos! Para saberlo así era preciso ver lo que pasaba en otros lugares que no la tenían... Allí no había unión ni paz... Esto no pasaba en Tablanca...; daba gusto aquella hermandad de unos con otros, y aquel Ayuntamiento sin deudas, y aquel vecindario sin hambre y bien vestido; pero toda esta ventura acabaría con don Celso, si (el joven) no

(1) Página 148.

(2) Página 150.

se animaba á recoger los frenos que él soltaría de sus manos al pasar á vida mejor.»

Y he aquí el fruto que sacó la parladora y sesuda misionera, especificado por el propio Ruíz de Bejos; «Lo singular de esta tesis, tan manoseada por unos y otros, era para mí la solemnidad y hondura del sentimiento con que me la exponían en todas partes. La misma hermana de Neluco, tan jocosa y tan chancera en sus descosidos discursos, se formalizó hasta conmoverse al exponérmela. Y este era el lado por donde más me llamaba la atención aquel tema, que iba, por lo demás, degenerando en manía» (1). Las últimas palabras, relacionadas con todo el párrafo de que son coronamiento, demuestran que hizo crisis en el héroe de *Peñas arriba* su nostalgia metropolitana, con tendencia patente á la salud. Tacha de maniáticos á todos los que predicaban de lo mismo; es decir, protesta contra la medicina, porque no regala, sino que mortifica, su paladar; mas, conociendo la eficacia del remedio, le toma poco á poco. Habla, sí, de manía, como inculpación al *espejo*, que reproduce su cortesana lividez; como anatema al *crisol*, que le echa en cara la baja ley de su oro brillante; pero encuentra *hermoso y hondamente sentido* cuanto le dicen los supuestos maniáticos.

Todas las crisis llevan en sí un estado de violencia, palmaria ó escondida, pero inevitable; violencia que va creciendo hasta el período álgido; y este período señálase,

(1) Página 175.

en los grandes sacudimientos del alma, por una característica: el galopar diabólico de la *tentación*, que viene á enardecer y nutrir las fuerzas del Mal sitiador contra las energías del Bien, plaza eternamente sitiada. Para nuestro indeciso protagonista fué día de tentación aquel en que platicara con la matrona de Robacío. En él luchaba su modo de ser, toda su existencia de treinta y dos años, contra aquellos avances de la catequesis que trataba de convertirle á los apacibles encantos de la vida lugareña. El hilo conductor de la hidalguía logró introducir calladamente en lo arcano del alma los nuevos sentimientos, burlando al centinela de los hábitos, cuya tardía protesta el diablo aprovechó, para pulsar en el corazón del vacilante señorito la tecla de sus añoranzas. Cabalmente había pasado Marcelo por Robacío al dirigirse, en plena tentación, hacia el camino real, siguiendo aquella vez, so pretexto de curiosidad, el rumbo que le marcaba su deseo. Contemplando la carretera hizo un melancólico paralelo, hermano de aquel otro que trazara entre el desolado Puerto y la campiña feraz de los Campóes: «Se va por ahí á la vida y á la libertad de las planicies soleadas, al bullicio de las ciudades, á las damas elegantes y á los hombres bien vestidos, á la conversación culta y amena, á los salones alfombrados, al libro, al teatro, al periódico, al Casino, al Ateneo... ¡mientras que por aquí...» Dice que volvió entonces los ojos al sendero de la montaña, y veía una loma, y luego otra más alta, y después otra mayor, y así sucesivamente

formando escala disforme de alturas brumosas y tétricas, entre dos de cuyos peldaños se ocultaba el sepulcro «en que por un mal entendido sentimiento filantrópico había *resuelto* enterrarse vivo.» (1) Y es milagro que no se le ocurrió comparar el ingente anfiteatro de montañas, con las siete carreras de dientes de un prematuro antecristo, que venía á devorar las pseudovirtudes y otras *plataformas* cortesanas... Mirando al camino real de nuevo, afirma que sintió el vértigo *de escaparse por allí;* pero no lo hizo, tornando al lugar, fuera ya de aquel peligro que pasó «en pocos momentos»; y añade: «no sin dejarme huellas mortificantes en el espíritu» (2).

Súpolo Neluco, debió juzgarlo síntoma grave, y para combatirle, idea el viaje á Provedaño. Durante la jornada, conoce el catecúmeno los antiguos lares de sus alicaídos parientes los Gómez de Pomar; y en los materiales quebrantos y en los borrones morales de la expresiva página de piedra, estudia la primera lección de aquel día: el triste espectáculo de las grandezas de ayer, hundidas para siempre, cuando la ausencia, el desbarajuste ó el escándalo de la vida manchan, en una sola progenie, las páginas brillantes en diez siglos escritas. «Como aquella casa—pensaría Marcelo—como aquella casa de los necios hidalgos, vendida *por un pellejo de vino..,* estará la solariega de mi nombre, antes de una generación, si el anciano que en ella va á morir

(1) Página 108.
(2) Páginas 179 y 180.

no encuentra digno émulo de su ministerio y de sus virtudes...» ¿No habría algo de esto en la explosión de ira que sintiera contra aquellos sus deudos, imitadores de Esaú?... Tal vez Neluco lo escudriñara, mientras seguían los dos su ruta, buscando al insigne antípoda de la *nobleza* que prevaricó...

¡Cuán bienhechora para nuestro héroe la torre de Provedaño, término de su viaje!... No solamente le da su fortuna ocasión para estimar la valía del solariego, como hemos visto en no remotas páginas, sino que allí el *tema* de sus misioneros adquiere relieve; y de lo *maniático*, pasa á lo corriente, y á lo admirable, y á lo santo, en labios de aquel hombre que tan soberbiamente predicaba con el ejemplo. La obra del patriarca tablanqués (el tema famoso) es en Provedaño enaltecida. «No sabe Tablanca lo que pierde con él—dice el entusiasta señor de la Torre—ni lo sabrán los valles circunvecinos.» (1) Y luego, afirmando contra el de la Corte la puntería de su fino arcabuz, le obsequió con este disparo: «¡Qué lástima que todo esto junto (el lastre mundano) sea un obstáculo, *aunque no invencible*, para que la labor de don Celso en Tablanca tenga en usted un apasionado continuador! Porque si usted no lo es ¿quién va á serlo ya?» Marcelo escapó al tiro con un reticente ¿quién sabe? *medio en broma*» (2); pero también exclama: ¡«Que atinado, qué elo-

(1) Páginas 212 á 214.
(2) Páginas 215 á 217.

cuente y qué *hondo* estuvo en este particular aquel caballero!»

¿Perduran en el matritense reliquias de la vida anterior, demandándole su antiguo culto? No cabe dudarlo, aunque en su lucha con la catequesis rural vayan perdiendo terreno. La batalla continúa, mas el solitario de Provedaño ha obtenido de Marcelo plena reverencia para la misión aclimatadora, que ya no es despectivamente calificada por el educando. Y, de otra parte, la exégesis de la organización antigua, hecha por el docto señor ante los dos visitantes, y su paralelo con el «mal nuevo», que ha matado prácticamente la autonomía municipal (1), revelan un estudio profundo y una mirada de águila, y el catecúmeno «le oyó embelesado y le aplaudió de muy buena gana». Todos estos comentarios del protagonista demuestran que también por el lado de la *tesis* acumulábanse ocultas energías, movimientos silenciosos que esperaban su hora para enardecerse y dar el grito de revolución... ó de evolución, como se quiera llamar, porque, al fin, las revoluciones son casi siempre el último paso, ya en lo externo, visible y estrepitoso, de pausadas evoluciones que en lo interior se deslizaron.

La visita á Provedaño fué el último viaje de Marcelo por entonces. Ya en su anciano tío se dejaba sentir la crudeza de la temperatura, y desde aquel punto y hora el espíritu, acorde con la fatiga del cuerpo que se descomponía, comenzó á destilar

(1) Página 212.

vaticinios del género patético. La muerte avanzaba, y el heredero que el patriarca tuviera por *único*, para sus caudales y para su obra meritísima, guardaba un silencio de esfinge. Urgía descubrir el misterio, y el octogenario requirió la sonda perspicaz de sus ojuelos adivinos y de su maña famosa, para saber á cuantas brazas de la superficie latía el apego del ínclito pariente al solar de sus mayores, y á la institución que en éste viviera por centurias y centurias. «Si á mí me quedara—decíale—uno solo de los hijos que Dios me fué dando, la muerte de su padre no sería propiamente muerte, porque en casos como éste, y bien lo sabes tú, la vida de los que se van retoña en los que se quedan para algo más que llorarlos y rezar por ellos: es un eslabón trabado á otro eslabón... vamos, una cadena que nunca se rompe ni se acaba.» Piensa en los pobres aldeanos, que viven del calor tradicional que la casona les presta, «como sangre de la nuestra sangre y carne del nuestro propio cuerpo», y vaticina que, al dejarlos él, acabarán «por irse desparramando como polluelos sin la madre, y robados al fin, uno á uno, por el milano que no duerme... Créeme, Marcelo, importa mucho más que la vida de su tío, lo que ha de irse con ella al otro mundo, si Dios no lo remedia...» (1). El de Madrid no da chispas: ni quiere apesadumbrar al anciano, ni puede ser hipócrita. Quédase reflexionando tristemente: «Para llegar á tales extremos de franqueza un hombre de su tem-

(1) Página 262.

ple ¿cuál no sería el peso de su tribulación? Y ¿cuál la magnitud de mi disgusto y de mi pena al considerar que yo poseía el remedio de la más grande de las suyas, y, sin embargo, me resistía á ofrecérsele? ¿Era honrada esta conducta mía? ¿Estaba obligado yo á aceptar compromisos imposibles de cumplir? *¿Estaba bien demostrada esta imposibilidad*? ¿Cabía, en la duda, el recurso de prometer, á reserva de cumplir hasta donde se pudiera?...» (1). Y la contestación afirmativa á esta última pregunta es la fórmula á que el joven echa mano para confortar á don Celso, cuando le repita sus transparentes insinuaciones. «Si con este ofrecimiento se curaba (el anciano) de sus angustias mortales, ¿qué mayor satisfacción para mí? Si andando el tiempo resultaba que no llegaban mis fuerzas tan allá como mis buenos propósitos, ¿qué culpa tendría yo de ello?» (2).

Y aquel hombre que, por no ser perjuro, satisfacíase con no reputar en absoluto *imposible* (oyendo todavía la dengosa protesta del Marcelo cortesano) lo que garantizaban hacedero las fuertes raíces del espíritu en la patria bendita de los suyos...; aquel hombre que dejara en las vecinas cúspides las nieblas del terror á la Naturaleza *grande*, á la Naturaleza emperatriz, para engalanarse con la ejecutoria de artista, que nunca soñó, refrendada por el viejo don Sabas...; el vacuo gomoso que gustara en Provedaño las primicias de la admiración, y

(1) Páginas 263 y 264.

(2) Página 267.

viera en Lituca el foco de luz maravillosa, jamás apercibida, que desgarra las nubes del misterio, y aviva y enlaza los efectos yacentes...; caritativo é hidalgo jura ante el solio rústico su cargo y dignidad de *príncipe de Asturias* con estas solemnísimas palabras: «Me comprometo en ese triste y desgraciado caso (la muerte del patriarca) que Dios aleje de nosotros tan allá como yo deseo, á poner de mi parte cuanto quepa en las fuerzas de mi decidida voluntad para proseguir la obra benéfica de usted aquí, y desde luego le empeño mi palabra de que la cadena, por de pronto, no ha de romperse por el eslabón que yo represento en ella» (1). Quien así habla es un hijo, pues alto filial sacrificio acaba de ofrecer... Fúndense el octogenario y su heredero en fortísimo abrazo; y después el patriarca descubre su cabeza ante un Crucifijo, augusto notario del juramento sublime... «Yo —añade nuestro protagonista—por respeto á lo que debía estarse tratando en aquella escena sin palabras, me descubrí también» (2).

¿Sin palabras?... Los aires no las recogieron, mas el corazón las iba destilando, y aceptándolas Dios, como aroma de suavidad no profanado por la inmundicia de labios carnales:

Nunc dimittis servum tuum, Dómine, in pace... quia viderunt óculi mei salutare tuum.

---

(1) Página 273.

(2) Página 274.



ÚLTIMA JORNADA

LA FLOR DE CHARNEY

El noble arranque de Marcelo produjo en el espíritu de su tío una reacción súbita; pero sin que de tal beneficio participara mucho el cuerpo, ya indefectiblemente condenado al frío de la tumba. Presto la enfermedad recobra su imperio en aquella naturaleza minada por la carcoma de los años; y llegó el momento de anunciar Neluco al *príncipe* sucesor, que el anciano *rey* sería muy pronto súbdito del reino inmortal (1). El patriarca, impuesto de su fin cercano, por claras señales que delataban el triste advenimiento de la Muerte, pidió á la Religión el confortante para el alma, ya que el médico de la carne abandonaba su cabecera, vencido y desalentado.

La escena del Viático, que narra el *maes-*

(1) Página 409.

tro, es magnífica, de una realidad y de un cristianismo absolutos. Otra solamente de ese género recuerdo que me haya impresionado más en el curso de mis deshilvanadas lecturas: aquel hermoso grupo de la Marquesa de Villasis, Mónica y Diógenes moribundo; aquellos clamores del arrepentido que pregonaba su indignidad al son de los golpes con que tundía su pecho: «¡A mí!... ¡¡A mí!!...» Los autores impíos, cuando pretenden subir á esas alturas, quédanse en el peldaño del Arte, es decir, se asimilan con mayor ó menor fortuna lo que han dado en llamar *artístico*, si es que no amagan una mueca burlona; mas carecen de luz en aquello que nunca fué atribuído al patrimonio de las inspiraciones humanas. Observan y describen lo *decorativo* del cortejo religioso; pero ¿cómo han de comprender ni vislumbrar siquiera, la misericordia infinita de un Dios que hasta el hombre desciende; hasta el hombre apestado, hasta el hombre leproso, de cuya infecta miseria el prójimo huye; ni penetrar la Fe honda y la esperanza inefable que aletean inmunes de la podredumbre carnal, misioneras del saludo de celeste bienvenida que la Eternidad adelanta?

Los escritores católicos, por su parte, atentos solamente al misticismo de la augusta escena, prescinden, con cierta comodidad, del elemento *humano*, de las púas y asperezas de nuestra condición, limitándose á presentar una pulida superficie; algo así como riguroso calco de lo que indica

(1) Páginas 433 á 437.

cualquier manual donde la materia se trate. Parece que los asistentes no dejan el libro de ritos un solo momento, cual si esperasen al fotógrafo alevoso con su *instantánea*, y recelaran que los sorprendiese fuera de la actitud ceremonial. Esas pinturas no convencen... Lo que *adentro* llega y para siempre nos avasalla, es la viva realidad que hizo llorar á Marcelo y á Neluco (1); aquella grandeza sin afeites del Sacerdote compungido y del enfermo jadeante que alternan rezando los versículos del *Miserere*, y, después confunden las ternuras del mutuo adiós en aquel diálogo singularísimo, que en las alturas místicas empieza, para expirar en el abrazo convulsivo de los dos hermanos que ya no se verán sobre la tierra (1). Y allí, sin haberse retirado aún el Sumo Testigo (como si ungiese con su presencia visible la futura dignidad de Marcelo ante los consternados tablanqueses), dicta el moribundo esta página de oro: «Si lloráis porque perdéis lo que he sido, Dios vos lo pague en la medida del consuelo que me dáis con ello; pero si vos duele mi muerte por la falta que he de haceros, mal llorado, porque aunque me voy, aquí vos dejo quien hará mis veces, y hasta con ventaja para vosotros.» Y después, señalando á Marcelo, continuó: «Este es; de la mi sangre neta, y amo ya y señor de esta casa. De vosotros depende desde hoy, que sea, no lo que yo he sido, que bien poco fué ello, sino todo lo que debí de ser. Para él todo vuestro respeto y vuestra lealtad de hombres honrados

(1) Página 438.

y agradecidos, y para mí... que pidáis á Dios de vez en cuando por el buen paradero de esta alma á punto ya de subir á juicio en su divina presencia» (1) «Respondiéronle—dice el héroe—con gemidos y lágrimas aquellas buenas gentes;» apropiada jura, en aquel momento, de reverencia al nuevo *señor* aceptado y á la sencilla *Constitución* que se acababa de promulgar.

En la misma noche murió don Celso entre el dolor de Tablanca entera; «desapareció del mundo, para siempre..., un hombre que había sido, hasta aquel día, el patriarca, el señor, el rey indiscutible é indiscutido de todo el valle» (2) Y comenzaron para el joven sucesor las obligaciones del compromiso que adquiriera, refrendado junto al lecho de agonía de su anciano pariente. Al disponerse á sustituirle en lo fundamental, comenzaba por heredarle en lo que pudiera llamarse aparato externo del patriarcado. Sólo él podía sentarse en el *trono* de la cocina, «ejercitando—dice—un derecho á la vez que cumplía con un deber en opinión de aquellos rústicos que me habían jurado, en el fondo de sus corazones, obediencia y lealtad, cuando mi tío, ya moribundo, *me alzó sobre el pavés* al borde de su lecho y delante de la Hostia consagrada» (3).—Mas, á pesar de su rústico cetro y del heredado prestigio, temblaba de inquietud pensando en la soledad futura: he aquí el *motivo* de sus instancias á la familia del

(1) Página 439.
(2) Página 454.
(3) Página 457.

Marmitón para que no le abandonase en los primeros días que siguieron á la muerte del antiguo señor de la casona. (1) Llegó el de los funerales, y el novelista congrega en el solar tablanqués al cogollito de los mantenedores de su tesis: los dos nobles señores de Provedaño y de Coteruco: el de los Ríos y don Ramón Pérez de la Llosía. Fueron allí para honrar al muerto, haciendo un caluroso panegírico de su obra; y para felicitar al *vivo* por sus buenos propósitos en favor de la aldea que, con su patrocinio, ya no quedaba huérfana. El solemne tributo á la memoria de don Celso, evidenciado en aquellas exequias (2), á las que concurrieron los más distinguidos personajes del contorno, y algunos de pueblos lejanos, hubo de hacer notable mella en el ánimo del converso, acentuando *la interior satisfacción* que, por entonces y hasta un poco después, vemos algo intercadente, á causa del gomoso de antaño, que ya se ve *en capilla* y no quiere morir. Los ímpetus de huída que le acosaron en aquel su crítico viaje al camino real, se convierten, á ratos, en obsesión: y turbando su conciencia, empiezan á forcejear, la una contra la otra, dos ideas antagónicas, si bien á un criterio poco escrupuloso le parecerían dos simples facetas de un mismo diamante negro. La catequesis de Tablanca, *el sabor de la tierruca*, fué ganando, es verdad, altura en el corazón del señorito de la Corte, y aunque latente, era una gran fuerza, quizá decisiva en el

(1) Página 453.

(2) Páginas 470 á 480.

porvenir, así que sus energías en caos vislumbraran una luz y escucharan un conjuro que las moviera á reconocerse y ordenarse; pero al prometer el neófito «que la cadena familiar en la aldea no se rompería por el eslabón que él representaba», deslizó la condicional «hasta donde pudiera.» Quedaba, pues, árbitro pará señalar *el poder ó no poder*, y de aquí la batalla interior de los dos pensamientos contrarios... El uno parecía reflejar la salud de la conciencia: «He prometido llegar hasta donde pudiera; luego debo sacrificarme en aras de ese deber...» Y el otro era la maña capciosa de la resabiada voluntad: «Puesto que soy el único discernidor para trazar la separatoria entre el poder y el no poder, *fallo que no puedo*, y... ¡tomo el olivo!..» Mas, contra este segundo término, harto placentero á sus nostalgias, rebelábase la caballerosidad nativa con toda su corte *latente*, y lograba, por último, serenar aquel espíritu en grave crisis, trayendo á la memoria, para que no volviese la efervescencia, todos los sermones de la gran *misión* y, de un modo especial, la maravillosa *plática* del señor de Provedaño.

El grito de la sangre, la convicción y el altruísmo eran factores que laboraban en el alma de Marcelo por la causa de la aldea; pero la cadena de años transcurridos en plena infusión cortesana, tiraba de él con excesiva tenacidad hacia los portentos de la española metrópoli. ¿Qué desenlace pudiera tener aquella lucha entre combatientes sañudos y harto poderosos? El de sentido común, el que se le ocurriría al mismo Pe-

pazos: aumentar los vínculos nacientes con uno de tal monta que anulase todas las contrarias energías. Precisaba encontrar ese nuevo ligamen «hasta el punto cuando menos, de que dejase la casona de ser cárcel para él» (1). Marcelo—Charney busca, por fin, *su flor*... Y, arrebujada en circunloquios, deja ver el nuevo señor de Tablanca la silueta de Lituca... (2) La emoción latente comienza á dibujarse en la superficie.

Marcelo estaba enamorado, sin darse cuenta, del tesoro de la Castañalera. Después de todo, sin darnos cuenta se ceban en nosotros, cual en el protagonista, las dolencias mortales de una y otra casta... Para sentir, como él sentía, nada menos que el *cantar* de aquellos diminutos pies; para figurársela semejante á «la paloma que volvía al Arca, anunciando que había cesado ya la ira de Dios» (3), se necesitaba la fiebre de un enamoramiento *grave*. Y no decía todo esto Marcelo al día siguiente de apuntar en su alma la idea de que Lituca pudiera ser el hada liberadora de aquel atranco, no: desde mucho antes daba en tamañas fantasías; y también mucho antes formuló el siguiente juicio, de tal modo expresivo y entusiasta, que con algo menos se aventurarían al riesgo de un colmado serón de *calabazas* los fogosos donceles de nuestra época; «Todas las mujeres que yo llevaba tratadas en el mundo, con más ó

(1) Página 492.
(2) Página 493.
(3) Página 293.

menos intimidad, como formadas en el mismo plantel y educadas con los mismos fines... me habían dado en definitiva una suma de semejanzas morales que llegó á parecerse á la monotonía... Pero el caso de Lita... ¡era tan diferente de los otros casos! Por de pronto, yo encontraba á su lado una complacencia, una delectación muy extraña y enteramente nueva para mí» (1) —Comparándola después con Mari-Pepa y con la matrona de Robacío, sigue dándole al incensario: «Tenía más afinaciones, más delicadezas de sentido, y un alcance de vista en las honduras de las cosas, aunque tratadas medio en chanza y á la ligera, que solamente le concebía yo en las inteligencias muy cultivadas» (2). ¿No parece raro, con éstos y otros detalles por el libro esparcidos, que tardara Marcelo tantos días en balbucir la bíblica pregunta: *¿Quién es ésta?*

El mismo tema de *Lituca* y *el mediquillo*, todavía candente después de fallecer el patriarca (3), y el afán de inquirir, según el Padre Astete, los «sitios por donde había andado (la chica), ocupaciones que había tenido, ¿qué eran si no el escozor de los celos y la gatuna mirada con que siempre los hombres pretendemos escudriñar lo arcano de aquellos seres que deseamos *para nosotros?*... Mas llegado Ruiz de Bejos «á la mitad del camino de la vida», que dijo el poeta sublime de *Beatriz*, resentíase de

(1) Páginas 295 y 296.
(2) Página 297.
(3) Páginas 504 y 505.

esa indecisión, producto mezclado de fatiga y experiencia, que hace pararse á los célibes ante el umbral del matrimonio, tal vez por miedo á los sapos y culebras que desde el exterior atisban, ó quizá porque ya es tarde para someter la voluntad (tan largos años campante sin vallas ni riendas por los cuetos múltiples de la juventud) al freno de obligaciones que no admiten *quita* ni *espera*. He aquí la causa de su estupor cuando Neluco le mostraba el plan sanatorio; la raíz que había de ahincarle en la patria de abolengo; el *objeto* que le faltaba para tomar la ruta del calvario patriarcal y silvestre con ansias placenteras; en una palabra: *la flor de Charney* que instintivamente anhelaba el *proscripto*, no contento señor, sino encajonada víctima, entre peñascos de la Naturaleza y negruras del pensamiento (1). Al meditar sobre la última fórmula del *hipócrates*, su amigo, todavía quiere hacerse la ilusión de que Lituca no le importa un bledo; y sin embargo para explicar aquel rebullir hacia los impacientes labios de la duda celosa que tan en lo íntimo tenía, ocúrresele dar por motivo de su abrumadora curiosidad, «que le interesaba mucho *el caso*» (2). Ese *interés* le lleva á la vorágine, á la sala del Marmitón... Debió correrse un tantico en sus inquisiciones, á juzgar por el cuidado que muestra en ocultarnos los detalles de su entrevista con *el caso*, digo, con Lita, y tuvo que huir á es-

(1) Página 504.
(2) Página 508.

cape «barruntando que iba á cometer allí alguna majadería gorda... Me maravillaba —continúa—del desarrollo que había alcanzado aquel arrechucho mío; y de lo cercano que me había puesto de cometer una ligereza impropia, no ya de un hombre maduro, sino de un colegial inexperto» (1). No obstante, véase la enmienda, que mal pudiera servirle de coraza para no dejarse arrastrar por sus vértigos de majadería gorda y sus arrechuchos: «Era (Lituca) de lo más mono y hechicero..., lista, sensible y buena..., hacendosa y hábil. Gran barro, indudablemente, para formar una compañera á su gusto, un Adán como yo, en un paraíso de la catadura de Tablanca» (2). Bien se ve que no le faltó un ápice para igualar á la *doncella*-celestina que embaucaba á la esposa del *Curioso impertinente*, con aquel célebre panegírico de su amante, donde no quedaba sin cooperación letra alguna del alfabeto.

Llegó un día crítico en que el galán, cada vez más inclinado á Lituca, pero sobradamente parsimonioso en dar libertad á los bien definidos afectos, resolvió hacer un alto en su camino, y después un aparente movimiento de retrocesión hacia los menos vivos matices de la simple amistad, «economizando mucho las insinuaciones *de otra casta*, y usándolas únicamente para conservar *arrimados los fuegos*» (3). Inauguró con brío de neófito la vida modesta y

(1) Páginas 512 y 513.
(2) Página 513
(3) Página 515.

laboriosa del señor lugareño, acrecentando la estima de los tablanqueses á su nuevo patrono, y pretendiendo arraigar en la tierra y en los corazones, mientras llegaba la hora misericordiosa en que Tablanca lograse penetrar del todo en el suyo. Quiso hacer la última prueba de su noviciado y ponderar «con exactitud la resistencia que quedaba á los vínculos que aun le unían á la vida pasada, y compararla con la de los que iban amarrándole á la nueva», y buscó el único crisol posible para aquel oro dudoso, *el contraste*, realizando un viaje á Madrid (1).

Ya en la Corte, pudo apreciar las ventajas y desventajas de uno y otro cuadro. Allí tenía el acicate de sus añejas costumbres que le impulsaban á la vida *de sociedad*; pero le faltaba oxígeno para sus pulmones, y en la línea recta de los urbanos cánones arquitectónicos encontró monotonía, cansancio, acordándose «de las curvas ondulantes y graciosas de la Naturaleza», que tan atrás dejara. Por otra parte, siempre que «se veía envuelto en el oleaje del mar de transeuntes ó de espectadores», hacía memoria de aquellos picantes argumentos de Neluco, sobre el triste papel de comparsas que aguarda, en el gran sainete de las metrópolis, á los muchísimos que pudieran conseguir otro de primer actor, mediante el solo esfuerzo de reprimir el afán de novedades y buscar la calma en la vida sin entrantes ni salientes, más resignada y más pura, de los solares de ori-

(1) Páginas 524 y siguientes.

gen. El balance se hizo y nos da el saldo Marcelo en las siguientes palabras: «Ello fué que, sin meterme en grandes filosofías, salí triunfante de la prueba *con poquísimo esfuerzo de mi voluntad»* (1).

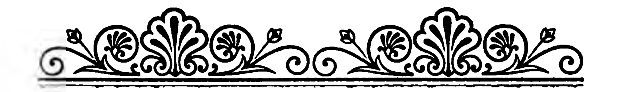
Y el hombre de la Corte volvióse á los campos, á la vida serrana «que le había transformado, de cortesano muelle, insensible y descuidado, en hombre activo, diligente y útil» (2). En la sociedad bullidora del *centro* hallaba tan sólo una placentera ficción; y la patriarcal sencillez de la aldea le ofrecía, en cambio, la realidad de un *objeto*, que antes no tuvo en su elegante vegetar de invernadero. La flor del recluso Charney, mirificamente convertida en virgen aldeana, excita su curiosidad, enciende sus amores, le llama con la atracción de todos los imanes juntos; y, desde entonces, la cárcel no es cárcel, los montes opresores no asombran; ni la luz solar ha de buscarse por cima de las cumbres, puesto que ya en el valle otro sol naciente brinda con sus reflejos inefables, que no tendrán más ocaso que el ocaso de la tumba. Los encumbrados montes diríase que se apartan mágicamente á los ojos de aquel alma redimida, para encuadrar la visión paradisíaca del jardín de los jardines, único digno, al exaltado juicio del amante, de ostentar, como gala insigne, la *flor* núbil, Lituca, imán de su esperanza... Ya no son las enhiestas cúspides el temeroso parapeto del ínfimo villorrio, sino el trono

(1) Página 528.
(2) Página 542.

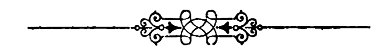
agreste de aquella niña que lleva en su poder la magnitud moral y las infinitas armonías de todo un mundo glorioso.

Marcelo, rey, da á Tablanca «reina indígena». Lituca sube al solio de la vieja casona... Lleva en la diestra su trofeo de Dalila contemporánea: una melena impregnada de cosmético... La crónica de su reinado, nos la da el feliz marido en estas líneas, prez de la catequesis rústica, broche diamantino de la novela de oro: «Han pasado algunos, bastantes años, desde que ocurrieron estos sucesos hasta la fecha en que los conmemoro en los apuntes que preceden, con el único fin de distraer la nostalgia de aquel bendito rincón de la tierra, del que me apartan, por muy contados meses, urgencias que me imponen este costoso sacrificio. Porque tan cabal, tan intensa, tan continua ha sido mi felicidad en ese tiempo, que á veces me espantan los temores de que no haya sido mi gratitud tan grande como el beneficio recibido, y un día me hiera la justicia de Dios en lo que más amo, para recordarme lo que le debo».





PEÑAS ARRIBA Y LA TESIS



Acaba ya mi pesada labor y recelo que antes habrá dado fin la paciencia del que leyere; mas, en descargo mío, he de repetir aquella frase de una célebre carta: «No te escribo con mayor brevedad *porque tengo muchas ocupaciones*»; siquiera corra peligro de que me confundan, arguyendo lo que observó cierto crítico á los amigos de un autor silbado, cuya obra defendían achacando sus muchos lunares á premuras del tiempo: «¡Hubiera tardado más!...»

Ocioso me parece dedicar largos párrafos al valer de *Peñas arriba*... Mi opinión sobre *lo principal*, créola envuelta en los farragosos comentarios que anteceden. Unicamente pudiera añadir, y no con falta de razón, que el *maestro* ha coronado su fama. Neta *vis* montañesa en el diálogo, y

justeza de tonos obscuros en los soliloquios del héroe...; marca de fábrica regional en los tipos, cada uno de los cuales nos fué alguna vez conocido en la feria de A, en el mercado de F, ó en la romería de H, quizás en su propia heredad, *sallando* alubias ó *despuntando* maíces; riqueza de color en las escenas, de todas las cuales, en estos pobres apuntes van notas diseminadas... He aquí al prodigioso autor de siempre; pero... ¿acaso en su himno de las cúspides no vemos algo más?... Sí; á través de sus páginas, descúbrese una característica, en la que grabó su augusto sello la inspiración genial... Escribir un libro en el que la mitad de los capítulos se dedican á narrar sombrías caminatas por senderos ásperos y desolados, con el alma del héroe sumida en penumbras harto más lúgubres que las de la Naturaleza, y esto sin provocar el hastío del lector, antes bien, excitando su admiración y encadenando su curiosidad, es obra tan grande como la de producir las místicas opulencias del órgano catedralicio tocando la zampoña de un pastor.

Al estudiar la joya del gran orfebre polanquino, viene á las mientes aquella novela de Walter Scott, *Rob-Roy*, en que se relata la odisea de Francis Osbaldistone, desde el paterno escritorio de Londres, donde las novelerías tirábanle más que el cálculo mercantil, hasta el castillo familiar, allá en Escocia. Fué, como nuestro protagonista, á recibir los aires de abolengo entre aquel monumento de la pasividad, que se llamaba sir Hildebrando; los aulli-

dos de sus montaraces cachorros y las perfidias del único *intelectual* que allí naciera: Rasleigh. Conoció en el palacio de sus mayores á miss Diana Vernón, hermosa, de autónoma condición y muy letrada; pero, con toda su autonomía y todas sus letras, dejóse conquistar por Francis y por la vida de ciudad; al paso que nuestra cándida Lita, de tan corta lectura y de tan dócil carácter (1), supo ganar á Marcelo para sí y para Tablanca, Francis se dió un simple *chapuzón* de aldea; Ruíz de Bejos sigue bañándose, cada vez más á gusto, en las ondas tranquilas.

Dos partes abarca la tesis de Pereda, como ya se dijo. En dirección á la primera desenlaza el argumento de *Peñas arriba*: Marcelo se dispone á trabajar *en la máquina que halló funcionando;* é inspiradas en la segunda están algunas de sus reflexiones finales: «Bendiga Dios el intento para que le quepa á este mi rejuvenecido hogar la gloria de haber puesto la primera piedra en ese monumento de regeneración en que cree y confiesa, con el entusiasmo de un apóstol, Neluco Celis» (2). Pero apunta después la duda: tal vez «andando los días resulte todo esto música celestial»; y esa desconfianza, más bien anotada como remilgo cortesano, que á fuer de sospecha que abrigue nuestro eximio autor, es sin embargo, en la Montaña un canon de sentido común... Enhorabuena que Tablanca patriarcal, no infestada, pueda sostener el tesoro de su

(1) Páginas 299 y 300.
(2) Página 542.

constitución, mediante el ingerto de un vástago robusto en el árbol de la casona; mas... ¿quién esperará de nuestra progenie, con el delirio centralizador en auge, con el prurito de novedades, con la querencia de refinamientos que aturde y enloquece á los dos vulgos, al vulgo *notorio* y al vulgo *encopetado*...; quién esperará, no ya sólo que nuevos Marcelos se vuelvan los forros del alma, para reducirse al calmoso vivir de la aldea, sino el más estupendo milagro de que los hombres de hoy remeden la empresa gigante del señor de Provedaño, á hurto de su eterna desesperanza, persiguiendo el colmo de ingertar su madurez, no en el árbol caduco, no en el árbol que agoniza, sino en las tablas estériles del féretro donde yace la osamenta de una gran raza?

En los pueblecillos huérfanos, sin duda porque abolieron la ley paterna, ¿cómo implantarla otra vez?... ¡Hermosa ilusión la de Neluco Celis; utopia encantadora la de Pereda, que hace confiar á don Román Pérez de la Llosía en que su amado Coteruco vuelva al redil, y caminar impávido al de los Ríos por entre las ortigas de Provedaño, y decir á Neluco tales cosas... Tornará don Román á Coteruco, persistirá el de *la Torre* en su martirizado camino (1), profetizará el mediquín tablanqués, bañando su lengua en almíbares de amor cántabro...; pero los pueblos, chicos ó grandes,

(1) Ya murió, como se dijo, el señor de Provedaño, y claro está que la hipótesis parte de que algún noble soñador le sustituya en su labor tremenda.

que husmeen alguna vez el tufillo acre de las brisas nuevas...; los rústicos, que ya son *fuente sellada del sufragio*, en aras de una ley que así lo reconoce, colmando la injusticia y la vergüenza de otorgar á su caletre obscuro y á su tergiversado criterio el fuero de *opinión*, es decir, la usurpada prerrogativa que solamente á la ciencia y al prestigio corresponde...; esos... no quieren ya *casonas*, ni patriarcas. La potestad curadora de aquéllas, á los pies del tabernero cayó hecha polvo, entre derrames amílicos; y el blando cetro del antiguo *señor* es hoy nudoso látigo en las sucias manazas del cacique... Los viejos salones, en pajares se ven convertidos, y la mente del labriego también está... llena *de paja*... —Cabe apagar el fuego que se inicia; pero al monte de llamas ¿quién le puso barreras?

Jamás abarcará la tesis del *maestro*, en la realidad, otros horizontes que los explorados en Tablanca por su anhelo inquisidor y patriota... Frente á sus términos absolutos, esta inducción se levanta: *No todo está muerto, no todo hiede á podre en Dinamarca. Oculta por las cenizas de la indiferencia general, una chispa de fuego sagrado se advierte... ¡Arriba los corazones, hombres de buena voluntad: agítense vuestros pechos: venga sobre la brasa, milagrosamente viva, el soplo de vuestros multiplicados alientos!...*

Y quede siquiera un Tablanca en el solar montañés, como perenne recordatorio, como dechado de salud que afrente á la raza desertora; quede, sí, en las alturas cántabras, á la manera que sobre las olas del

mar se destaca el erguido mástil, fúnebre *memento* del naufragio, póstuma gala del buque perdido.



ÍNDICE





Fe de erratas

Página	Línea	Dice	Debe decir
16	11	fuese	fuése
19	37	fúnebre	fúnebres
24	28	aguarda los ecos del *claimore*	aguza los filos del *claimor*
48	15	patronato	patrono
109	21	si fuí á	si fuí osado á
130	5	de la	de esa
132	17	«¡Pique, pique, atrás!»	«¡Pique, pique, y tierra atrás!»
134	32	praderías	praderas
139	18	horas de llanto	horas de espanto
172	3	encubierto	mal encubierto
187	27	*entre*	*éntre*



Precio: DOS PESETAS

